Cosmopolis

Madrid, Junio 1930

Precio: 1 peseta



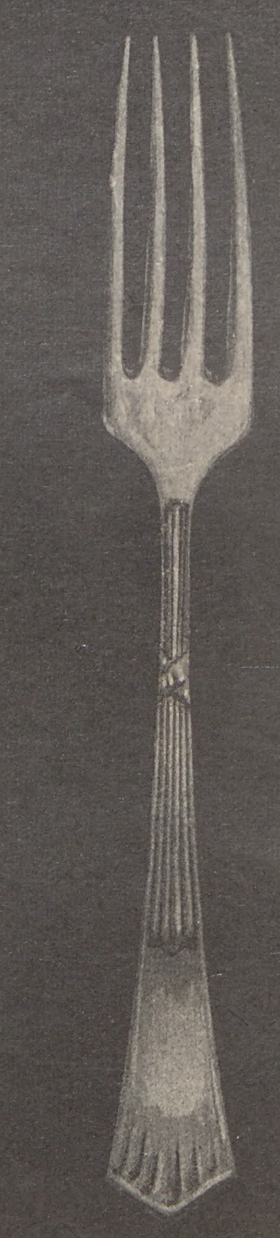
VIUDA É HIJOS DE EMILIO MENESES (S en C)

FÁBRICA NACIONAL DE ORFEBRERIA RELIGIOSA.

CUBIERTOS Y ORFEBRERIA GENERAL DE MESA



Nº1820 CUCHARA Y TENEDOR MODELO CONCHA TAMAÑO MESA... PTAS 13,50





CASA FUNDADA EN 1840.

ÚNICO DESPACHO EN MADRID

PLAZA DE CANALEJAS Nº 4.

FÁBRICA, CALLES DE DON RAMON DE LA CRUZ
Y NÚÑEZ DE BALBOA

CASAS EN

BARCELONA, FERNANDO VII 19. SEVILLA, SIERPES 8.
BILBAO, BIDEBARRIETA, 12, Y VALENCIA, PAZ 5.

APARTADO DE CORREOS 186. MADRID.

PED-125775

Cosmópolis

Revista mensual ilustrada

Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 4 JUNIO 1930 NUM. 30

En Barcelona: Ronda de la Universidad, 1, Librería Barcelona.—En Sevilla: Campana (junto a Sierpes), Librería Fe.—En Cartagena: Isaac Peral, 14, Librería Fe.—En Buenos Aires: Florida, 251

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España, Portugal y América: Un año, 12 pesetas; un semestre, 7 pesetas.—Francia y Alemania: Un año, 20 pesetas; un semestre, 11 pesetas.—Demás países: Un año, 30 pesetas; un semestre, 17 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Príncipe de Vergara, 42 y 44

Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis"

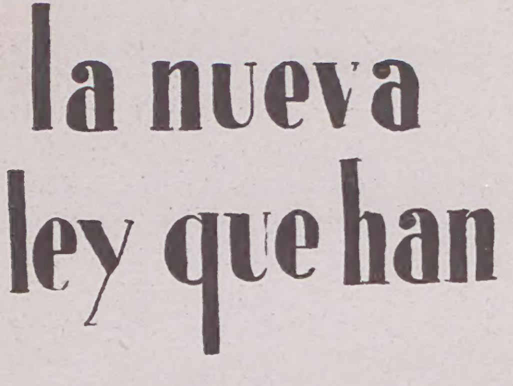
DELEGACION EN MADRID:

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento



CLAIRE WINDSOR

La bellísima estrella de la Metro Goldwyn-Mayer, que tan gran triunfo ha obtenido en su último film «La isla de los placeres».



la nueva ley que han de hacer las mujeres

Demetrio.

CREEN ustedes sinceramente que a ninguno de nosotros, ni hombres ni mujeres, nos ha convenido la atmósfera de estufa caliente en que nos han criado? ¿Cuánto han tenido que sufrir el hombre y la mujer de hoy, una vez lanzados a la propia vida, para adaptarse a un mundo que tan poco se pareció al hogar, teniendo no sólo que aprender con esfuerzo lo que el hogar no les enseñara, sino que olvidar con dolor la mayor parte de lo que les había enseñado? No, no; el cariño de padres a hijos, como el del esposo a la esposa, ha de perder para ennoblecerse y purificarse el mezquino sello de "amor a la propiedad" que hoy les caracteriza. El hombre—varón o hembra—ha de ver en su hijo su continuación, no su identidad. Cierto es la proporción de su vida, pero en un porvenir al cual no pueden convenir ni las leyes, ni los ideales, ni las armas, ni siquiera las formas de virtud que a él le sirvieron. Los entusiasmos nuevos inquietan y aun escandalizan al padre fatigado. El cansancio del padre corrompe muchas veces y destruye la voluntad del hijo con el veneno del escepticismo. No es buena, no es sana, no es moral la cohabitación del joven con el viejo. Y el hogar, que la impone, imponiendo al mismo tiempo las mil mal domadas rebeldías, las hipócritas componendas, las malhumoradas sumisiones o las protestas violentas, las transgresiones a la ley absurda que los hijos cometen en complicidad no pocas veces con la madre—y de que el padre finge piadosamente no enterarse—, el malhumorado tedio de las hijas, sus inevitables escapadas hacia la vida, que por hacerse, no a la sana y plena luz de la verdad, sino en la malsana penumbra de un semi-pecado, de limpias y gloriosas, triunfo de la juventud que debieran ser, se truecan en inquietas, morbosas, enervantes semi-corrupciones...

Toda esa lamentable comedia, torcedora de la voluntad, ese conglomerado de sacrificios perfectamente innecesarios y absolutamente inútiles por parte de unos y otros, no hacen precisamente del hogar, tal y como está actualmente organizado, el semillero y plantel de virtudes, el nido tibio, el oasis, el puerto seguro que nuestro optimismo oficial y rutinario pretenden que sea. Para que la relación familiar sea realmente higiénica (tanto en lo material como en lo espiritual), es preciso que sea superior en calidad al ambiente exterior, pero no hostil a él. En los tiempos en que el planeta era casi inhabitable, la caverna del troglodita pudo considerarse como un oasis; en las épocas en que la vida exterior era un tejido de incomodidades y la seguridad personal un mito, en que el más corto viaje era una arriesgada aventura, en que la higiene y la comodidad públicas no existían ni en sueños, pudo realmente considerarse la organización privada del domicilio familiar como nido tibio, proporcionador de materiales halagos y blanduras insuperables. En los días, aún no remotos, en que la moral social era noción desconocida, y el problema de la solidaridad humana estaba, no sin plantear, sino sin sospechar siquiera, el hogar bien pudo ser, y lo era en realidad, el campo de cultivo de las virtudes individuales, únicas que exigía la vida... Mas hoy, como la vida ha evolucionado rápidamente y el hogar sigue cristalizado en sus viejas formas, los términos de la relación han cambiado. La casa es mucho más incómoda que el mundo exterior, y la vida exige una serie de fuerzas y virtudes que la envejecida ética familiar no sólo no crea, sino contraría, coacciona, tuerce y amputa. Por lo tanto, el hogar no realiza ni su fin material de asilo y refugio, ni su misión moral de escuela de recto y cuerdo vivir. Y, como consecuencia, es ineludible su rapidísima modificación.

Y esta modificación ¿quién ha de hacerla? He dicho: "La nueva ley que han de hacer las mujeres..." Y con ello he querido decir: Este es el sentido del feminisno. Esta es la tarea que a la mujer incumbe y la responsabilidad que ha de poner sobre sus hombros. Modificar, organizar, sanear, moralizar las relaciones humanas fundamentales. Cuidar de la vida, en una palabra. Ellas y nosotros somos dos géneros en una especie, con lo cual la Naturaleza manifiesta bien a las claras que hay dos tareas diferentes que realizar para que la especie siga existiendo. *Dos tareas,* fíjense ustedes, *no dos derechos:* el que los hombres debamos realizar unos trabajos y las mujeres otros, conducentes todos al mismo fin, y, por lo tanto, iguales en importancia, no significa que uno de los dos géneros deba ni pueda considerarse superior al otro ni recabar para sí el privilegio de ejercer tiranías ni coacciones de ninguna índole. Hoy las mujeres recaban con agresividad bien comprensible el ingreso a todos los campos de actividad masculina, pero es porque sólo en el ejercicio de las profesiones tenidas por propias del varón encuentran la posibilidad de igualarse en derecho con él y de arrebatarle el cetro que tan injusta e injustificadamente usurpa. Pero una vez que el deber masculino y el deber femenino logran en su perfecto cumplimiento la misma apreciación de dignidad y análoga recompensa de provecho y de derecho, de libertad y de soberanía, no habrá miedo de que hembras ni varones vayan, no a reclamar, ni a desear siquiera el ejercicio de actividades, oficios, profesiones para las cuales no les capacite y designe su naturaleza... Como no habrá temor el día en que el trabajo, sea el que sea, ennoblezca y compense por su perfección y no por su naturaleza, de que el hombre que sirva para labrador quiera ser empleado de Ministerio, o que el que ha nacido para maquinista pretenda ser doctor en Filosofía. Cuando dé tanta honra, tanto provecho y tanta libertad ser hembra perfecta como ser varón cabal, no desertarán las madres las cunas, como hoy lo hacen obligadas por la necesidad y la injusticia, para ir como abogados a defender pleitos injustos... o como bestias de carga a empujar vagonetas de carbón en las minas.

Todo trabajo es noble, si es perfecto; toda tarea es santa, si se cumple bien; todo ser humano es rey de sí mismo y siervo de la especie, es decir, de la humanidad, pero sólo de la humanidad. Y es mi opinión que cuando trabajemos como iguales y como iguales poseamos el mundo, a los hombres nos incumbirán casi todos los trabajos de producción de medios materiales para la vida; a las mujeres todos los de conservación y perfeccionamiento de la vida misma, y a unos y a otros por igual las tareas del entendimiento: la ciencia, el arte, la filosofía. Los hijos serán de ellas, porque la vida es de ellas, y los hombres siempre seremos un poco sus criaturas, y las dejaremos legislar en paz en lo que a todos nos atañe y para todos ha de servir. Y de sus cerebros osados y al mismo tiempo conservadores, de sus fantasías tan prácticas saldrá la nueva organización familiar que, respetando la libertad, imponga la salud de cuerpo y alma.

G. MARTINEZ SIERRA.

Mansiones aristocráticas

LOS PALACIOS HISTÓRICOS

LA RESIDENCIA CORTESANA DE LOS DUQUES DE VILLAHERMOSA



Frontis central de la fachada del palacio de Villahermosa, recayente al jardín, por el que tiene la entrada principal.

NADA más evocador y sugerente que las nobles mansiones señoriales.

A cada hora que pasa, estos viejos palacios de la antigua nobleza adquieren un sabor más depurado y penetrante. Poco a poco, con paso menos vivo que el que resuena en la calle, estas mansiones van adquiriendo un carácter singular, transformándose, más que por su propia evolución, que apenas podríamos descubrir en ellos, por la violencia del contraste entre su quietud y la vida nerviosa que los envuelve.

De puertas afuera, la ciudad se convulsiona en una constante pirueta llena de violencias transformadoras. De verjas adentro, la vida se remansa, se adormece. Es como un lago alimentado por fuentes interiores, cuyas aguas, dulces y quietas, reflejan inmutables el azul sereno y el verde jugoso. Cielo y bosque. Y entre los dos, el oro de la piedra. La vieja mansión. Sin cambios violentos. La diferencia, en la gama, en la intensidad de la luz, en el reflejo del agua.

En la calle, la inquietud de cada instante va dejando en el arroyo todo lo que no le sirve y puede estorbar, en cambio, la rapidez vertiginosa de la marcha. Nuestro tiempo aprovecha, gastándolo, cuanto le es útil. Lo demás lo destruye. Dejará obras, máquinas, realidades, que vivirán mientras lo sean; pero de él no quedará ni una reliquia, ni una gloria romántica, ni un jirón perfumado.

En los viejos palacios, en cambio, la vida de «antes» late todavía, y los años los van convirtiendo en dulces museos, más atrayentes cuanto más cálidos, más vivos, con vida intensa de ayer. Gracias a ellos, podemos los hombres de hoy contemplar, saboreándola, una imagen, palpitante aún, de la vida que fué, quizá no más amable ni más justa, pero sí más recogida y serena; en la que las obras de los hombres contaban más que ellos mismos, que así podían dedicarse por entero a una labor paciente y tensa, hija de un esfuerzo meditado y constante; esas obras de maravilla que consumían toda la vida de un artífice que moría feliz en viéndola acabada, porque no trabajaba para él y por su medro, sino para los demás y por la gloria.

En el espejo fiel de estos viejos palacios, cuyos moradores de hoy apenas viven sus horas, desparramadas por todos los horizontes nuevos, se reflejan con toda su verdad, apenas velada por la neblina del tiempo, las glorias que amasaron nuestra historia de pueblo generoso, de raza fecunda, que fué sembrando su potencialidad arrolladora por todos los caminos del mundo.

Y es grato contemplar la imagen del espejo. Y es grato el espejo también.

Ese espejo que son estas mansiones hidalgas, como el palacio de Villahermosa, en el que todo nos habla de las glorias de ayer.

* * *

De noble traza neoclásica—cantería y ladrillo agramilado—, el palacio de Villahermosa dibuja toda la parte baja de la manzana que comprende la plaza de las Cortes, el paseo del Prado y la calle de Zorrilla, sobre la que recae el jardín que le da acceso, y cuyos *parterres* se extendían antes hasta ocupar parte de los terrenos en que hoy se levanta, pesadamente, nuestro Banco nacional.

Para construirlo, D. Juan Pablo de Aragón Azlor, undécimo duque de Villahermosa, adquirió estos terrenos en el siglo XVIII, ocupados entonces por el caserón del abate italiano Pico de la Mirándola; pero la idea hubo de ser realizada por su esposa, doña María Manuela Pignatelli, a causa de haber fallecido D. Juan Pablo en 1790.

El palacio data, pues, de las postrimerías del siglo XVIII, en que comenzó su construcción, colocándose, con toda ceremonia y pompa, la primera piedra de la capilla, que había de ser como el corazón de la futura casa señorial, cuyos planos y proyectos trazó el arquitecto Aguado, discípulo de Villanueva. El edificio se terminó en 1806, fecha que ostenta el enta-

Los palacios históricos

blamento toscano que sostiene el balcón central de la fachada recayente a la plaza de las Cortes.

Al mencionar la cual fachada, que, según muchos, debió de ser en el proyecto la principal del edificio, bueno será que contribuyamos a destruir, pues oportunidad nos brinda este momento, la falsa leyenda lanzada a tal propósito por eruditos de más imaginación que enjundia, sobre extremo tan interesante.

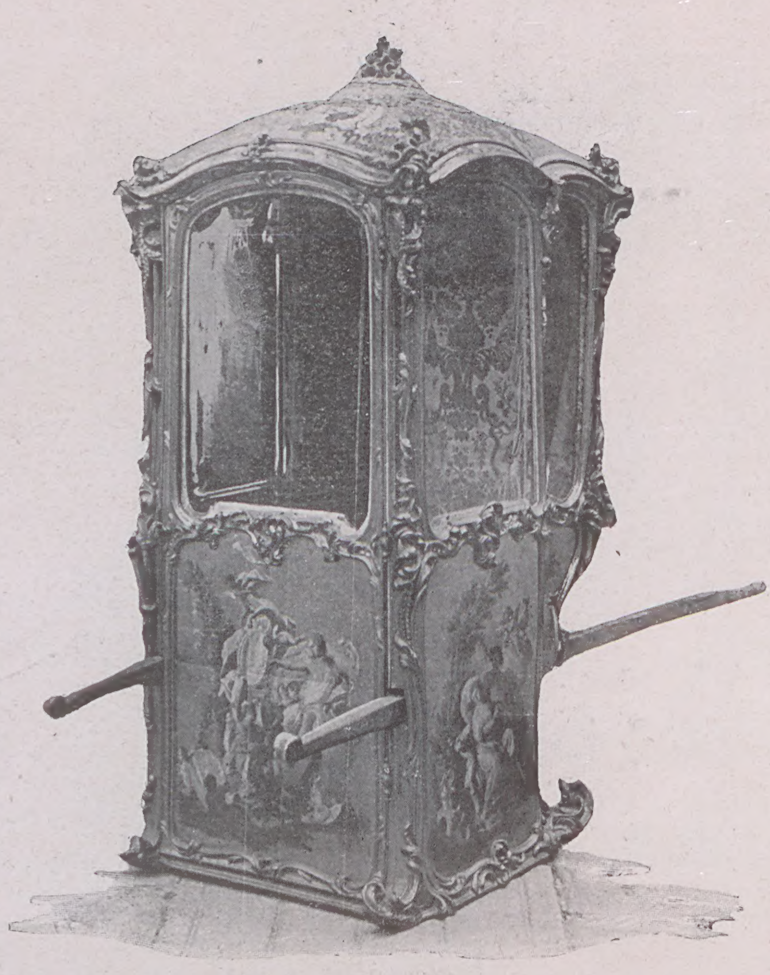
Según tales historiadores, cómodamente creídos hasta hoy, la fachada principal estaba proyectada sobre la plaza de las Cortes, en cuyo frontis había de ir colocado, por tanto, el escudo de los Villahermosa; razón por la cual no pudo hacerse tal cosa, a causa de tener enfrente el palacio de Medinaceli, cuyas orgullosas armas no toleraban la vecindad de otra ninguna.

Enteca erudición la de quienes tal patraña propalaron.

Frente al palacio de Villahermosa, por la plaza de las Cortes, no se alzó nunca el de Medinaceli, sino el de Lerma, cuya fachada ostentaba las armas de los Sandoval y de los Rojas, cosa en verdad bien distinta, pues, pese a su reconocida hidalguía, por nadie puesta en duda, ni la banda de los Sandoval, ni las cinco estrellas azules de los Rojas, pudieron nunca medirse con las armas de los Villahermosa; cuanto menos imponerse a ellas obligándolas a retirarse.

Es más: ni aun cuando el palacio frontero al de Villahermosa, por dicha parte, hubiera sido el de Medinaceli, hubiese logrado con facilidad cosa tan fuera de toda razón y justicia.

La casa de Medinaceli es bien sabido que desciende del primogénito del rey don Alfonso X *el Sabio*, quien casó con la hermana del rey San Luis de Francia, fundador de la casa de la Cerda. Esta razón de primogenitura sostiene el mejor derecho de los Medinaceli a ostentar las armas de Castilla, frente a las cuales tal vez no puedan ponerse otras; pero sí las de Aragón, reino tan soberano como el de Castilla, y cuyas armas son las que ostenta la casa de Villahermosa, fundada por el infante D. Alonso, primer duque de tal título, hijo del monarca D. Juan II de Aragón y hermano de D. Fernando *el Católico*, juntándose así en los duques de Villahermosa, con el escudete de cinco segures y siete flechas de los Azlor, el castillo y el león y las barras aragonesas del conde soberano de Ribagorza.



Bellísima litera estilo Regencia, principios del siglo XVIII, decorada con notables pinturas que avaloran el célebre «vernis» Martín, que constituye una de las joyas del palacio de Villahermosa.

No; la fachada principal del palacio de Villahermosa es, y fué siempre, la recayente al jardín, por esa razón colocado allí. Bastaría, para convencerse, visitarlo y contemplar la soberbia escalera de dos ramas que da acceso, por esta parte, a la planta principal del edificio, para comprender que nunca pudo ser de otra manera.

* * *

Nosotros lo hemos recorrido guiados por exquisita cortesanía del actual poseedor, el Excmo. Sr. D. José de Aragón y Azlor, en quien se reúnen hoy los ducados de Luna, de Villahermosa y de Granada de Ega, y cuya gentileza no dejó a nuestra insaciable curiosidad resquicio por el que mostrarse.

Ninguna excursión tan interesante para nuestros ojos ávidos como esta que, a través del tiempo y de la Historia, hemos realizado al recorrer este palacio, lleno de joyas inestimables y de recuerdos gloriosos.

En el mismo zaguán o entrada, del que arranca la rica escalinata de madera tallada que lleva a los pisos superiores, sale ya al paso del visitante el Arte y la Historia, estrechamente unidos, y de los cuales es elocuente muestra la delicada litera, fina obra representativa de un arte bien acabado: el del siglo XVIII, que, colocada sobre roja tarima, puede admirarse a la derecha de la entrada.

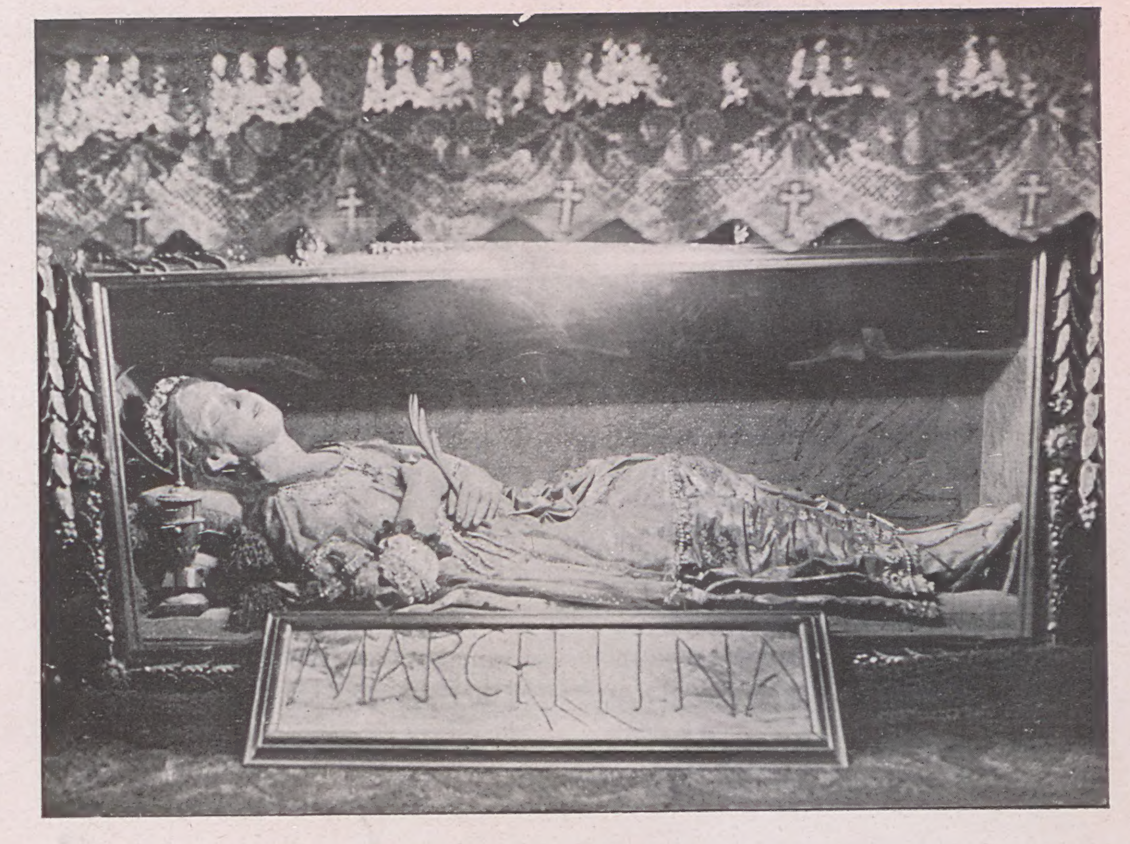


Ala izquierda del palacio de Villahermosa, visto desde el jardín.

Los cuadros, que ocupan casi por entero los dilatados muros, son asimismo parte bien interesante de la rica colección de lienzos que guarda la casa.

Todos ellos son retratos de la noble genealogía que comienza con el rey D. Juan II de Aragón, al que sigue su hijo D. Alonso, primer duque y conde de Ribagorza, pálido, barbado y vestido de negro, con la mano en la espada con que peleó a favor de su hermano el Rey Católico contra los moros de Granada, donde murió, y su hijo, D. Juan de Aragón, duque de Luna y castellán de Amposta, personaje singular que guerreó, como su padre, en Granada y fué virrey de Cataluña

Los palacios históricos



Cuerpo incorrupto de Santa Marcelina, tal como fué hallado en las catacumbas de Roma y donado a la casa de Villahermosa, en cuya capilla puede admirarse actualmente.

y de Nápoles, casando con la ricahembra de Aragón doña María López de Gurrea, con la que figura en la galería.

Sígueles D. Alonso Felipe de Gurrea y Aragón, conde de Ribagorza, cuyo rostro revela la entereza aragonesa de que dió pruebas en las Cortes de Monzón. Junto a este retrato se ven los dos de las esposas de D. Alonso: doña Isabel de Cardona y doña Ana Sarmiento de Ulloa.

Fruto del tercer matrimonio fué el más interesante de estos personajes, D. Martín de Gurrea y Aragón, en quien de nuevo se juntan el condado de Ribagorza y el ducado de Villahermosa, quien peleó valientemente en San Quintín; se distinguió en Flandes y asistió en Bruselas a los funerales del emperador, llevando la espada real para retirarse después a su palacio de Pedrola, donde coleccionó las monedas, esculturas y objetos antiguos que había reunido, describiéndolas eruditamente en su *Discurso de medallas y antigüedades*.

Los retratos terminan con los de su esposa, doña Luisa de Borja, hermana del marqués de Lombay, y los de dos de sus hijos: el primogénito, D. Juan, y doña Ana, vizcondesa que fué de Ebol.

La rica colección se extiende luego por todos los salones del palacio, que vamos recorriendo minuciosamente a partir del suntuoso salón grande, verde y oro, de la planta principal.

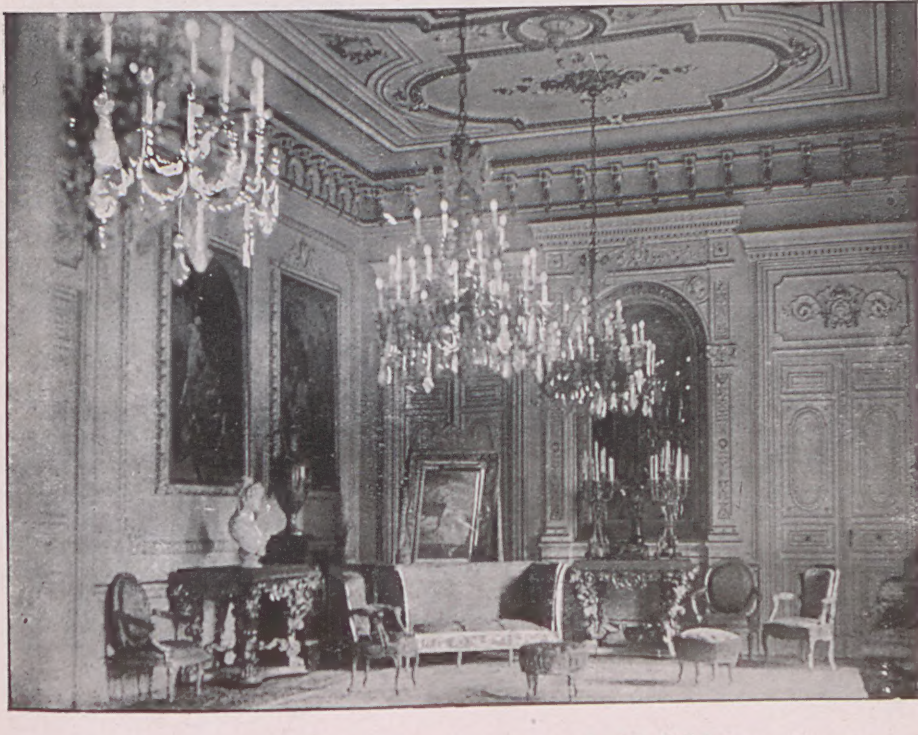
Contiguo a él, en un gabinete, se ha formado hoy, gracias al buen gusto que preside en la casa, como un pequeño museo, en el que se ha reunido una preciosa colección de cuadros, en el que hay obras de pintores italianos, flamencos y españoles. Un *San Sebastián*, atribuído a Perugino; una *Virgen con el Niño*, de Francia; La *Anunciación*, del Veronés; una *Cabeza de hombre*, de Tintoreto; un *San Bruno*, de Maratta, y dos bocetos de una *Anunciación* y un *Peregrino*, pintados por Juan Bautista Tiépolo.

De los primitivos flamencos hay una *Crucifixión*, en el estilo de Van-der-Veyden, y de Mengs un retrato de la duquesa de Medinaceli, hermana de la de Villahermosa, doña Manuela Pignatelli.

Los cuadros españoles, descontando los retratos de D. Diego del Corral y su mujer, obra de Velázquez, que la duquesa, condesa de Guaqui, donó al Museo del Prado, comienzan con el retrato del padre de D. Diego del Corral, firmado por Pantoja de la Cruz. De Murillo hay dos cabezas: del Nazareno y la Dolorosa; de Claudio Coello, una *Sacra Familia*, y de Antolínez, una *Concepción*.

Por último, son de notar los tres Goyas magníficos, verdadera gala de la colección: *Un baile de máscaras;* el boceto de *La derrota de los mamelucos*, cuadro existente en el Museo del Prado, y un hermoso retrato del canónigo D. Ramón Pignatelli.

Todo ello sin contar con los cuadros modernos, cuyo catálogo sería demasiado ardua tarea para hecha en este lugar. Entre ellos, sólo destacaremos el retrato de la condesa de Bureta, debido al pincel detallista y polícromo de Marcelino de Unceta, y la galería que, representando a todos los duques que han sido de Villahermosa, corre a lo largo de los muros del soberbio despacho de la planta baja, que, junto con la biblioteca, muy rica en libros de Historia y buenas obras clásicas, son los lugares preferidos por el duque actual, lector insaciable y de recogido espíritu, en el que parecen sumarse, acendradas por el tiempo, todas las virtudes de su raza.


Un ángulo del gran salón verde y oro del palacio ducal de Villahermosa.

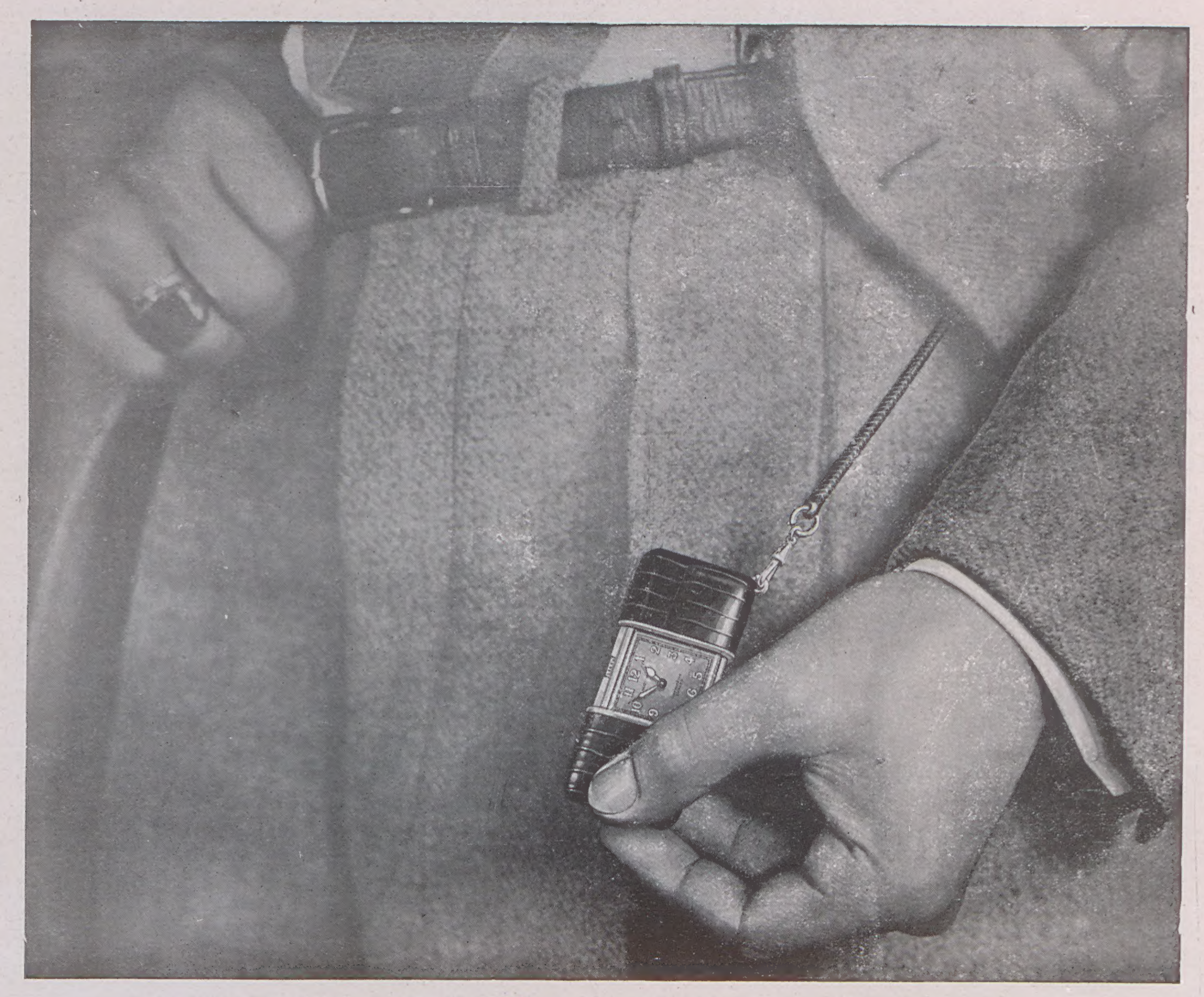
Aun con ser tanto lo visto y admirado, tendría que ser parte primordial de este somero relato lo referente a la capilla del palacio, quizá lo más rico de él en valores espirituales.

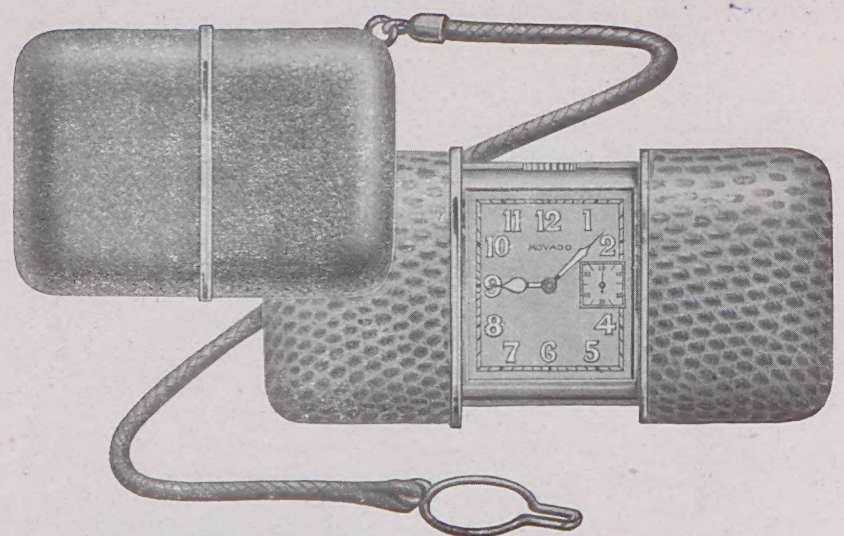
Tantas son las maravillas que se reúnen en este severo recinto, que su trascendental importancia nos mueve a dedicarle, sólo a ella, una próxima información debidamente detallada. Por hoy, consignemos tan sólo, como tesoros salientes de ella, el cuerpo incorrupto de Santa Marcelina, tal como fué hallado en la catacumba Priscila, de Roma, sobre cuya urna está colocado el altar de la capilla.

Figura en dicho altar un hermoso cuadro de Maella, representando el Nacimiento de Jesús, y en su tesoro se guarda, como algo de valor en verdad inestimable, un riquísimo *Lignum crucis;* los bastones de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier, hermano que fué de la «santa duquesa»; dos esquirlas de los cráneos de San Pedro y San Pablo; una espina de la corona del Redentor, y un trozo de la columna de la flagelación.

Tales son, muy someramente detallados, los tesoros que guarda el palacio de Villahermosa, y que, gracias a la bondad sin tasa de D. José de Aragón y Azlor, desfilaron ante nuestros ojos durante esta visita, de la que guardaremos de por vida un recuerdo imborrable.

J. RAFAEL BALAGUER

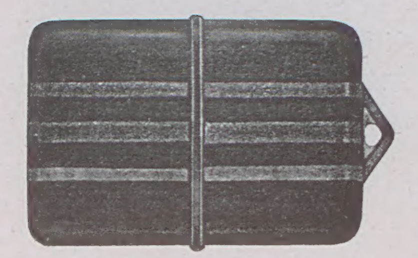




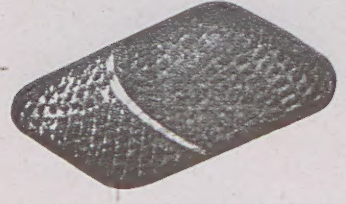
ermeto MASTER

ermeto
MOVADO

EL MOVIMIENTO DEL RELOJ *ermeto,* DE UNA PRECISION PERFECTA, AL ABRIGO DE LOS CHOQUES, DEL POLVO Y DE LA HUMEDAD; ES EL RELOJ IDEAL DEL HOMBRE Y DE LA MUJER DEL SIGLO XX, DEPORTIVO, ELEGANTE Y PRACTICO.



ermeto NORMAL



ermeto BABY

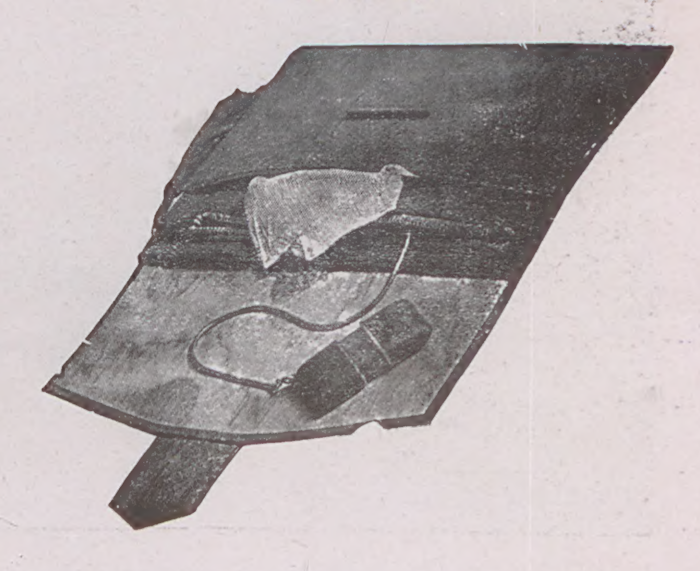
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES JOYERIAS Y ESTABLECIMIENTOS ESPECIALIZADOS EN RELOJES FINOS

AGENCIA GENERAL:

HERMÉTICA, S. A.

Galería del Comercio, 55

LAUSANA (SUIZA)





Ana María Miniaty (Fot. Foto color)



LA PASION DE JAVIER ROSALES

NOVELA INEDITA

DE

MANUEL BUENO

*

JAVIER se despertó aquella mañana, como de costumbre, entre ocho y nueve, y alargando a tientas una de las manos hacia el velador de cabecera, llamó con el timbre al criado. La prontitud con que se presentó éste autorizaba a suponer que había estado de plantón del otro lado de la puerta. Tras un saludo, que no obtuvo respuesta, el asistente se apresuró a hacer lo de todos los días: descorrer los cortinones, abrir las maderas del balcón y presentar en una bandeja el correo y los periódicos. Javier los tomó con perezoso gesto, y después de bostezar varias veces preguntó qué tiempo hacía fuera. Aquella elemental información meteorológica era una de las tantas rutinas a que obedecía el señor al desperezarse, delante de su criado.

—Está el día claro, pero frío. El señor hará bien poniéndose un gabán recio—contestó el asistente sin moverse.

—Bueno; tráeme el desayuno. Dime, ¿han traído alguna carta especial, a la mano?

—Nada, mi comandante. Lo que hay en la bandeja. Para la señora hubo un recado de palabra, que ella recibió en persona...

Javier hizo una mueca de indiferencia, y abriendo un periódico se puso a leerlo, sin gran atención. La lectura de *El Imparcial* era otra de sus costumbres inveteradas; pero como su memoria no retenía sino muy fragmentariamente lo que leía, nunca estaba al corriente de nada importante, a menos de que le fuese comunicado por la vía oral. Todo el caudal de sus conocimientos sobre problemas de la vida pública y sobre personas y cosas lo adquiría en la Peña, merced a la locuacidad de sus compañeros de tertulia, de quienes, naturalmente, se fiaba, pues les suponía enterados de todo lo que sucedía en el mundo. Ese método de instruirse es muy usual en España, donde la apatía intelectual de la gente está compensada por la afición a oír lo que se dice y se murmura en las conversaciones. Nos equivocaríamos, sin embargo, si creyésemos que Javier era lo que vulgarmente se llama un hombre arrimado a la cola. Su espíritu no carecía de finura, ni su persona de distinción. Lo que le pasaba era que prefería los juicios hechos a tener que formarlos él, enterándose previamente de las cuestiones y de los casos que los motivaban, y como en su profesión no tenía necesidad de dar a su pensamiento matices originales, iba trampeando intelectualmente en sociedad, sin hacer mal papel en ninguna parte.

El criado reapareció poco después con una fuente de fruta fresca y una taza de café, que componían el desayuno de su amo.

—Oye, Elías: mientras me como estas uvas, léeme la sección de espectáculos de *El Imparcial*. Busca, ante todo, el teatro de Eslava...

—Perdone vuecencia, mi comandante; pero no sé si voy a dar con lo que me pide vuecencia... Yo ando mal de escuela...—y el rostro cetrino del asistente adquirió, al pronunciar aquellas palabras, dramática seriedad.

—¡Pero, hombre, por Dios! No te pido que me leas el artículo de fondo, que acá, entre paréntesis, no me interesa... Busca por ahí, por la penúltima plana..., el teatro de Eslava...

Providencialmente, y más por intuición que como resultado del examen del periódico, los ojos del asistente dieron con el anuncio de aquel teatro, puesto aquel día, por excepción, en lugar preferente.

—¡Mi comandante, aquí está el teatro de Eslava!

—Bien; dime qué dice...

—Beneficio de la eminente actriz doña Margarita Vela, con la comedia en tres actos, de don Jacinto Benavente, *Rosas de otoño*.... ¿Está bien así, mi comandante?

—Perfecto; no lo habría leído mejor un ateneísta... ¡Qué extraño es que no hayan traído la butaca para mí! ¿Quieres ver si hay algo de Eslava entre esas cartas?

El criado las hizo desfilar entre sus manos lentamente, fijándose en los sobrescritos.

—No ha venido nada de Eslava, mi comandante.

Javier apuró, sin aparente emoción, la taza de café, y despidiendo al criado recobró la posición horizontal, la más cómoda, en los perezosos, para pensar. En el marco de su recuerdo surgió la imagen de aquella mujer, a la que tanto había amado y por la cual lo había comprometido todo: hacienda, carrera y hogar. ¡Margarita Vela! A no ser por ella, sus relaciones conyugales serían en aquel momento lo que son normalmente en los matrimonios que se han querido mucho, sin que la disonancia de los caracteres perturbase demasiado la paz interior de la casa: una afectuosa camaradería, defendida de las tentaciones de fuera por el mutuo respeto de los esposos. Eso, en lo privado. En su carrera habría podido ir lejos. Todo le permitía esperar lo que otros compañeros habían logrado; era valeroso, inteligente, dentro de su arte, y de una gran ambición. En su tertulia de la Peña había generales de una promoción posterior a la suya. ¿Por qué se rezagó en la carrera de las armas? Por lo mismo que había quebrantado gravemente su fortuna: por no apartarse de Margarita, por serla grato, por servir todos sus caprichos, por ver a diario su rostro y sentir, con la frecuencia posible, el vaho de su cuerpo. Cuando se conocieron, en el teatro de Lara, Margarita era una de las mujeres más atrayentes de Madrid. Alta, espigada de talle, el cabello entre negro y castaño, la piel del rostro ambarina, la nariz un poco respingada y los ojos de un verde ópalo, graciosa de decires y de un garbo incomparable en el andar, aquella criatura le dominó desde el minuto en que le fué presentada. Él era, en aquel tiempo, capitán ayudante del gobernador militar de Valencia, cargo que le convenía para vigilar sus fincas arroceras y sus naranjales de Chelva. Conocía a la actriz de larga fecha y la había aplaudido en varias provincias, pero nunca se sintió tan impresionado

La pasión de Javier Rosales

por su belleza como una noche que llegó a Madrid con licencia. Julio Vallejo, el crítico dramático, y él habían comido juntos aquel día en Los Italianos. Eran amigos de siempre, y de una intimidad sin reservas, como ocurre cuando dos hombres están persuadidos, por un largo trato, de que, aun siendo de aficiones diferentes, adolecen de los mismos defectos. Esa solidaridad de lo negativo de nuestro carácter es tan fuerte, que suple, en las relaciones amistosas, a las analogías sentimentales. El que tiene nuestras cualidades positivas nos parece un rival, y el que ostenta nuestros defectos, un hermano. Luego, la diversidad de los oficios hace posible el acuerdo espiritual entre los hombres, porque como luchan en campos distintos no se estorban sus ambiciones. Un militar puede admirar a un literato, y viceversa; pero es raro que un artista no crea que dando su plena aprobación a la obra de un congénere suyo no se desprende de algo que le es personal. Julio y Javier se llevaban bien, porque al hablar de asuntos vitales, como el amor, el placer y la ambición, sus ideas no disentían, y al discurrir sobre sus profesiones, el uno oía al otro con la inalterable deferencia con que asentimos a todo aquello que no conocemos o conocemos muy superficialmente.

Acabada la cena, Javier dejó a su amigo.

—¿Por qué no te vienes un rato a Romea? Canta Raquel, y a mí me gusta mucho...

—Esta noche no puedo, porque tengo que ir a Lara. Hay un estreno de Vital Aza, y no puedo faltar. Lo que podías hacer es venirte conmigo. ¿Qué más te da un teatro que otro? Tengo dos butacas...

La clave del destino puede estar en un episodio fortuito y sin importancia de la vida. Si Javier, que había hecho intención de ir a Romea porque le atraía más el canto que la comedia, no se hubiese rendido al ruego de su amigo, que le ponderaba el programa de Lara como más interesante, sus probabilidades de ser presentado a Margarita Vela hubiesen sido muy inciertas; pero tuvo la condescendencia de ceder, más por no separarse de su amigo que por convicción, y aquella noche se produjo el acontecimiento que debía consumir lo mejor de su juventud y torcer el rumbo de su espíritu. Entraron juntos en el teatro, ya un poco adelantada la representación, y al ocupar su butaca, en una de las primeras filas, Javier sintió un no sé qué de misterioso que le solicitaba desde el escenario. Alzó la mirada, y sus ojos, vagamente turbados, se encontraron con los de la primera actriz clavados en él. ¿Fué de parte del militar una alucinación o el efecto de una corriente magnética? La aurora de un gran amor, de uno de esos amores que desplazan el eje de nuestra personalidad, haciéndonos superiores a todos los obstáculos que se oponen a su expansión, el hombre imagina que todas las circunstancias que han concurrido a la explosión de su amor son de un orden sobrenatural. Su primer error consiste en creer que Dios ha puesto en su camino a una mujer que no puede ser de nadie más que de él, y que todos los elementos del Universo han cooperado a ese fin. Luego, andando el tiempo, cuando ha conocido a fondo las humildes realidades sensuales de la pasión, advierte, si no es tonto perdido, que ni aquella mujer ha venido a la tierra con la misión providencial de hacerle feliz, ni la potencia misteriosa que rige lo creado ha tenido arte ni parte en su vulgar aventura. Todo ha sido un cambio de simpatías, que la obstinación masculina transforma en amor, pero que, sin la tenacidad del hombre, pudo quedar reducida al pasajero contacto visual o verbal de dos seres que nada demuestra que hayan nacido el uno para el otro. Las mujeres, si son algo inteligentes, se prestan a la superchería de considerarse predestinadas a un hombre determinado, porque esa ficción confiere al amor un prestigio especial; pero, allá en su fuero interno, convienen consigo mismas en que las ha gustado hoy Juan como ayer las gustó Pedro y anteayer las hizo gracia Wenceslao. Es el hombre, sobre todo si su fantasía está influída por la literatura, el que exorna la atracción sexual con el follaje de su jardín romántico. Sin ser muy leído, Javier había pasado muy joven su sarampión poético, enfermedad leve que deja siempre huellas en el espíritu. Aquella mirada, tal vez casual, de la actriz, y lo expresiva que estuvo ella con él en la presentación hecha durante uno de los entreactos por Julio, conmovieron al capitán tan profundamente, que al recobrar su asiento en la sala, su atención se eclipsó por completo. Al salir, finalizado el espectáculo, preguntó a su amigo, con la mayor naturalidad:

—Dime: ¿y cómo ha concluído la obra?

El crítico se le quedó mirando, entre divertido y estupefacto.

—Pero ¿dónde tenías la cabeza?... ¡Ah! ¡Ya! Te ha flechado la actriz. Te advierto, para tu gobierno, que es peligrosa...

—Y casada, según tengo entendido.

—Eso sería lo de menos, porque el pobre Gavira es la menor cantidad posible de marido. Los deslices de Margarita no pueden tener consecuencias dramáticas. Es un hombre apacible y resignado, que no ha matado a nadie más que haciendo el *Tenorio* en algún teatro de quinto orden... Aparte eso, es un hombre excelente, que se deshace en cortesías con todo el mundo. A mí me es muy simpático...

—¿Has dicho que ha tenido deslices?... A ver, hombre; cuenta. Eso me interesa...

El escritor se paró en firme, sorprendido de aquella ingenuidad. Iban a pie, por una de las aceras de la calle de San Onofre, hacia la Puerta del Sol, precedidos y escoltados por la gente que acababa de salir de Lara.

—Pero si lo sabe todo Madrid, mi querido Javier... Margarita es una mujer encantadora y una actriz de grandes facultades, que no ha conseguido disciplinar con el estudio; pero ignora el pudor. Para ella, el darse a un hombre de su gusto es tan natural como para otras, más equilibradas, el poner el puchero a la lumbre... ¡Qué quieres! Es cuestión de temperamento.

Javier, al oír aquellas revelaciones, sintió un poco de angustia. A otro hombre francamente libertino le hubiesen parecido la mejor preparación para atreverse; pero él, siendo un sensual, no comprendía el amor sin la intervención del sentimiento. La satisfacción del simple deseo no le hubiera satisfecho en aquel caso. Julio adivinó la inquietud de su amigo al través de su silencio, y tuvo miedo de verlo metido en una aventura que para otro más frío habría sido inofensiva.

—¿Quieres un consejo?

—A ver. Venga...

Los dos amigos se detuvieron, para aislarse un poco de la gente que caminaba por la misma acera, en lo alto de la calle de la Montera. La noche, primaveral, convidaba al vagabundeo a la intemperie, bajo la claridad misteriosa de los astros, cómplices, tal vez, de nuestras perturbaciones pasionales.

—¡Javier! Esa mujer no es para ti... Tú eres un hombre muy inteligente y muy entero de carácter... Te sobra caballerosidad para andar por la vida, pero careces de malicia para tratar con ciertas hembras del fuste de Margarita Vela... Es muy probable que ella te encuentre de su agrado... La gustan los tipos como tú, altos, morenos y fornidos. Los favoritos que la he conocido se te parecían. Además, tú, de uniforme, estás como para que te rifen en un serrallo... Pero, en las lides del amor, tu táctica y tu estrategia no pueden servirte de nada... Si yo supiera que eres hombre de limitarte a la aventura de paso, que se reduce... a lo consabido, te diría: ¡adelante con los faroles! Desgraciadamente tú eres un sentimental de los que tienen la lágrima a flor de párpado... Yo te he visto llorar en Novedades viendo un drama de Leopoldo Cano... Y eso no lo hacías por simpatía profesional, sino porque aquello te llegaba al alma...

—Es guapísima y tiene un no sé qué...

—Convenido; no está mal de tipo... Esos ojos verdes, siempre ojerosos, encienden al que los ve de cerca por primera vez... Pero no tiene ese no sé qué..., te lo aseguro. Ese no sé qué, que es la trampa en que caen los imaginativos un poco sentimentales, lo pones tú... Ella es, intelectualmente, una muda... —De momento Javier pareció reaccionar a la exhortación de su amigo. El pasado galante de la actriz la hacía desmerecer a sus ojos. Él la hubiera querido, si no enteramente pura, porque eso no se puede pedir a la mujer más que entre los quince y los veinte años y en un medio social libre de promiscuidades sexuales, respetada, por lo menos, del comentario, generalmente malévolo, de las gentes. Aquella reputación de pecadora que acababa de revelarle su amigo enfrió su entusiasmo.

La pasión de Javier Rosales

Todavía anduvieron juntos un rato, sin decirse nada, como si cada uno de ellos se hubiera replegado repentinamente al foso de su espíritu, y al llegar a la Puerta del Sol se separaron. Julio se dirigió a la redacción de su periódico, que estaba en la calle de Carretas, y Javier tomó, como de costumbre en aquellas horas nocturnas, el rumbo de la Peña. El círculo se animaba después de los teatros, pues el español es nocherniego y prefiere para su recreo la charla con los amigos al placer, un poco anodino, de hablar con la mujer, modelo de virtudes domésticas si se quiere, pero sin amenidad para distraer al hombre. Allí encontró a los de siempre: compañeros de armas, rentistas y señoritos de su propio nivel intelectual, con los cuales pasaba el rato mientras despachaba una taza de chocolate con picatostes, conversando sobre asuntos de milicia, mujeres y cosas del día. El español de la clase media necesita esa válvula de desahogo intelectual que le facilita el casino para hacerse tolerable en casa. Si no la tuviese, como es impotente para encauzar su actividad interior hacia el silencio, aturdiría a la mujer con sus disertaciones sobre hechos y problemas que de ordinario suele conocer muy superficialmente.

Pero Javier no tenía ganas aquella noche de departir con los asiduos de su tertulia. Su pensamiento, pese a la rociada que había echado su amigo sobre su naciente amor, continuaba prendido del recuerdo de la actriz. Lo sano en aquellas circunstancias habría sido precisamente hundirse en la atmósfera de vulgaridad espiritual que es un casino. Los cuentos verdes del teniente coronel Zapata; los colmos, que entonces estaban de moda, de Germán Valenzuela; los chismes un poco viperinos con que animaba la tertulia el conde de Rasilla, y las historias cinegéticas de Luis Espinel, le hubieran ayudado a digerir el chocolate; pero, sin saber por qué, aquella noche no estaba de humor para oír a sus contertulios habituales. «¿Y si me fuese un rato al Suizo? Que el chocolate sea mejor o peor que en la Peña, es lo de menos. Lo interesante para mí es estar solo»—se dijo al poner los pies en el zaguán del Círculo.

Aquel café, que las exigencias de la urbanización han hecho desaparecer con la demolición del edificio en que estaba instalado, tenía dos salones contiguos: uno, muy extenso, de traza irregular, visitado por una clientela exclusivamente masculina, y otro, menos espacioso, en forma de cuadrilátero, que admitía parroquianos de los dos sexos. La gente los diferenciaba llamando al uno café y al otro pastelería; pero aquella diferencia era más aparente que real, pues en los dos salones se servían los mismos artículos de comer y de beber. Lo que distinguía a la pastelería del café era la calidad social y el movimiento de los visitantes, pues mientras el café estaba lleno de gente de todos los pelajes a cualquier hora del día, en el salón pequeño no se veía casi a nadie más que al atardecer y por la noche después de los teatros. Entonces la desanimación del café contrastaba con el entrar y salir de la clientela en la pastelería; clientela bien vestida en la que solía predominar el señorío femenino. ¿Por qué en vez de entrar en el café se decidió Javier a abrir la mampara de cristales que incomunicaba la pastelería de la calle? Los hechos más insignificantes, en los cuales no reparamos más que cuando sus consecuencias no tienen ya remedio, adquieren más tarde, al reconstruir la época de nuestra vida en que fuimos felices o desgraciados, un valor expresivo que nos obliga a ver en ellos las piedras con que el destino nos señaló la ruta que debíamos seguir. Todo lo decisivo e irremediable de nuestra existencia va precedido de esas nimiedades. El desistir de escuchar a una cupletista porque un amigo nos ha impuesto amablemente el compromiso de acompañarle a otro espectáculo; el entrar en una pastelería cuando pensábamos meternos en un café, son hechos tan triviales que nadie les concede importancia. Y, sin embargo, de esas ondulaciones de nuestra voluntad, a las que nos prestamos sin el menor remordimiento, depende a veces nuestro porvenir. Por ir a Lara en lugar de ocupar la butaca, que ya había comprado, en Romea, y por entrar más tarde en la pastelería cuando su intención primera era meterse en el café, Javier Rosales torció el curso de su vida; rompió su hogar conyugal, malbarató su hacienda y se quedó en comandante pudiendo haber llegado a general, como tantos otros de su promoción, que no le aventajaban en aptitudes militares ni en arrojo para afrontar las balas. ¿Qué voces interiores o qué fuerzas extrañas a nosotros determinan esos cambios de nuestros propósitos iniciales? ¿Somos juguetes de un poder que está dentro de nosotros y que disfraza su tiranía con las inofensivas apariencias de lo insignificante, o nos dejamos dominar, insensiblemente, por una fatalidad que nos lleva, sin sobresaltos alarmantes, a nuestra perdición? Nadie lo sabe, porque nadie conoce el mecanismo espiritual de la vida ni los elementos invisibles que deciden de nuestros actos más simples.

Entrar en la pastelería suiza con la atención dispersa del que no busca a una persona determinada en un sitio que él no frecuentaba y ver a la actriz fué para Javier obra de segundos. Y no es eso lo más curioso, sino que en aquel momento la mirada de Margarita, pendiente de los que entraban, dió de lleno en los ojos del militar, que se turbó al sentirla, como si estuviese cargada de un flúido. En otras circunstancias quizá se hubiese repuesto de la emoción, pero allí, en aquel vasto salón alumbrado profusamente, ocupado casi enteramente por señoras de buen tono, su energía desfalleció, y sin darse cuenta de lo que hacía, como si obedeciese a una orden imperiosa, transmitida por el aire, enderezó sus pasos automáticamente hacia el grupo en que estaba la actriz. El espejo del fondo del salón le devolvió su propia imagen y entonces pudo ver que su rostro estaba pálido y risueño, como cuando se arrostra un peligro y se quiere disimular el miedo.

—¡Venga para acá, Rosales! ¿Dónde se mete que no se le ve hace un siglo?

La que tan amablemente le acogía era la vieja marquesa Rivaclara, de lo más linajudo de nuestra aristocracia, cliente habitual de la pastelería y una de sus consumidoras más voraces y menos aprensivas, pues a la hora de pagar lo servido sentía una tan penosa vacilación que cualquiera que estuviese allí presente, aunque fuera una persona recién presentada, se apresuraba a aliviarla de aquella aflicción liquidando con el camarero. En sus verdes años y aun en la madurez se había divertido tanto que la diversidad de sus aventuras amorosas se reflejaban en los tipos y en las fisonomías de su dilatada prole. El menos sagaz habría podido explorar en el pasado de la ilustre dama precisando sus amantes y las épocas de sus devaneos sólo con fijar la atención en la heterogénea descendencia de aquellos extravíos. La buena sociedad de Madrid no ignoraba aquellas culpables expansiones de la marquesa; pero, como era rica y estaba emparentada con lo mejor de la aristocracia, el honor de la familia servía de fianza a la averiada reputación de aquella señora. Viuda, hacía ya muchos años, de un militar que pidió ser destinado a Cuba por no poder sufrirla, soportó aquella desgracia y la tragedia de perder a un hijo varón en un accidente de caza, sin que su apetito se resintiese ni su sueño se turbase con la más ligera pesadilla. Alta y opulenta de carnes, sus anchuras y su rostro de rasgos regulares, con el peinado en rodete, la daban una cierta semejanza con la Cibeles. Vestía, adrede, con arreglo a una moda antañosa, más por el prurito de parecer personal que por desentenderse modestamente de las frivolidades suntuarias del día; iba siempre cargada de joyas, procedentes, según los bien informados de su historia, de la liberalidad de sus amantes. Sórdida, a pesar de sus cuantiosas rentas, tenía fama de aprovechada y de divertirse a ufo, hábito desvergonzado que acabó por prevenir a la gente de su clase contra ella. Correntona por desamor del hogar, como suelen serlo las libertinas aun en la vejez, por aquello de que se debe seguir el compás, dejábase ver en todo festejo público en compañía de sus dos hijas, dignos brotes, por su precoz depravación de costumbres, de aquel árbol podrido.

—¡Cuente, cuente, Rosales!—dijo la marquesa abriendo en una dilatada sonrisa la boca, que descubría sus dientes grandes y amarillos y sus encías exangües.

Javier, más dueño de sí en aquel ambiente de confianza, tomó asiento frente a la actriz, la cual lo miraba con la expresión de malicia que ponen las mujeres en sus ojos cuando han presentido el efecto que causan en el hombre.

—Me asomé por ver si estaba mi hermana Carmen por aquí—dijo por disimular su timidez buscando un pretexto que justificase su presencia en la pastelería.

—¡Cómo! Pero si a Carmencita no se la ve nunca de noche en nin-

La pasión de Javier Rosales

guna parte—contestó una de las hijas de la marquesa.

Rosales estuvo a punto de decir: ¡si lo sabré yo, que conozco sus costumbres recogidas y su despego del tráfago mundano!, pero se reprimió. Vástago de una gran familia granadina, Javier se movía, sin embargo, en aquella atmósfera con cierto encogimiento, no por cortedad de carácter, sino porque a él le gustaba más la sencillez que el protocolo de la clase social a que pertenecía. Cuando servía en un regimiento en Madrid, las horas que no destinaba a sus obligaciones del cuartel se le iban entre la Peña y los teatros. Su matrimonio no influyó para nada en su manera de vivir, de bohemio elegante que se divierte más en la calle que en sociedad. Su mujer, una hermosa gaditana que le aportó una dote muy importante, no conseguía de él que la acompañase ni a las visitas. Era un temperamento independiente que no aceptaba otra disciplina que la de su oficio y era porque tenía su fundamento moral en el patriotismo.

—¿Ha estado usted en Lara esta noche, supongo?...—preguntó la marquesa...

—¿Y dónde podía estar yo que no fuera ese teatro, siendo la noche del beneficio de Margarita?—exclamó él con cierta vehemencia.

—Gracias. Es usted muy amable...—expuso la actriz sonriendo. Y el centelleo de sus ojos verdes dió en el rostro de Javier como la luz de un faro.

—La obra no me ha gustado tanto como otras de Benavente. No tiene chistes...

A ese reparo de una de las niñas de la marquesa opuso la actriz un ligero cabeceo que ni asentía ni negaba.

—A mí, en cambio, me ha gustado mucho—afirmó Rosales con aplomo.

—Se ve que es de don Jacinto..., ¿verdad? Tiene la garra...

Las palabras de la marquesa encontraron sin dificultad la aprobación del militar, que era, efectivamente, un admirador del insigne dramaturgo.

—Yo estoy encantada, porque la ha escrito expresamente para mí...

—No me extraña. Él la llama a usted su actriz...—añadió Rosales.

—Es cierto. Yo lo quiero mucho—concluyó la actriz sin dejar de envolver a Javier en la onda luminosa de sus ojos.

La conversación derivó luego a temas mundanos que no requieren el menor espíritu crítico y que dominan siempre las mujeres. Se habló de modas y de bodas recién concertadas, de aventuras sospechadas y de matrimonios desavenidos, de la mala situación económica de familias conocidas y de viajes al extranjero; de todo, en fin, lo que compone la crónica diaria de las gentes ricas y ociosas, dispuestas a gastar con más prodigalidad la tontería que el ingenio. La marquesa pidió una tercera ensaimada para acabar el chocolate y una de sus hijas se opuso a que se la sirviesen.

—Luego te quejas de que no puedes dormir, mamá.

—Eso me sucede cuando tomo el chocolate con mojicón. Se conoce que se esponja en el estómago...

—Y las ensaimadas también... No sé cómo te gusta esa grasilla que tienen.

La vieja, como toda mujer ducha en cosas de amor, no tardó en recelar la simpatía que se tenían el militar y la actriz. La que anduvo de moza en aventuras clandestinas se refugia, en cuanto las canas y las arrugas la ponen fuera de juego, en el celestineo. De cortesana se transforma en alcahueta. Es lo corriente, a menos de que Dios la toque en el corazón, y en ese caso busca en la devoción el rescate de su vida pasada.

La de Rivaclara, que no había acabado todavía de romper con el diablo, iba menos a la iglesia que a los teatros, y prefería ayudar los amores que ya no podía compartir a ponerse bien con el cielo. Su basta sensualidad encontraba un placer inconfesable mediando, sin el menor escrúpulo, en todo enredo de tapadillo del que tuviese conocimiento por las confidencias de cualquiera de los protagonistas. «¿Qué haría yo por esta pareja?»—se preguntó para sus adentros, mientras gulusmeaba sin disimulo lo que se consumía en las mesas próximas. Y sonrió beatamente, mostrando su dentadura caballina, amarilla como las fichas de dominó muy usadas.

—¿Va usted a estar mucho tiempo en Madrid, Rosales?...

La pregunta puso a Javier en la perplejidad. Realmente había venido con una licencia de quince días de su general y no tenía el menor proyecto de extralimitarla; pero su naciente amor podía torcer y modificar sus planes.

—No lo sé, marquesa... Eso dependerá de como vayan mis cosas.

Y sus ojos se posaron osadamente en el rostro de Margarita, que desvió los suyos impenetrables. En los primeros contactos amorosos, las mujeres más propicias a ceder aparentan lo contrario, sin exagerar la resistencia, para que, sin parecer fáciles a la tentación, no se desanime el que las corteja. Es una estrategia elemental que no engaña más que a los hombres muy inexpertos en la materia. Javier, que pertenecía a la inmensa legión de los que interpretan torcidamente los gestos femeninos, dedujo de aquella fría desviación de los ojos de la actriz el fracaso de sus pretensiones sentimentales y se puso un poco sombrío.

—Todo le saldrá a usted bien, Rosales... No desconfíe usted de su suerte...—dijo la vieja con malicia—. ¿No le parece a usted, Margarita?

La actriz, haciéndose de nuevas, contestó: —Según lo que se proponga este señor—y sonrió con estudiada coquetería.

Entretanto el salón recibía un nuevo contingente de damas y caballeros que venían del teatro Real. Los espejos se empañaban con el vaho de los alientos y con el humo de los cigarros, y como el local no era muy grande, el ruido de las conversaciones obligaba a la gente a levantar la voz para hacerse oír.



—Mamá. Es la una y media—expuso una de las niñas de la marquesa—. El médico te ha recomendado que no te acuestes muy tarde...

—Sí, hija mía, ya nos vamos—y la señora se puso a contemplar, según hacía a menudo, los diez dedos de sus manos gordas y bien cuidadas adornadas de sortijas.

—¡Qué agradable es trasnochar en Madrid!—dijo Rosales.

—Yo adoro la noche—añadió la actriz—. Nunca he vivido más que de noche... De día, en casa, se cierra todo para vivir con luz artificial. Así me hago la ilusión de que no ha amanecido todavía...

—Entonces vamos a hacer una cosa. Nos vamos todos en un coche a casa... Allí toman ustedes algo, y luego, cuando sientan ganas de irse, les lleva Arturo...

—¿Quién es Arturo?—preguntó Javier, seducido por aquel plan.

—¡Quién ha de ser! El cochero...

Margarita asintió sonriendo y Rosales se sintió feliz. Iba a tener una coyuntura de hablar a solas con la actriz.

—Digo, a menos de que tengan ustedes prisa por recogerse—añadió la marquesa con intención—. En ese caso, los dejaremos antes en sus casas.

—¡Por Dios, marquesa! ¡No faltaba más! Yo quiero ser el último en la retirada...

—Nada de retiradas, capitán—dijo la vieja—. Eso nunca.

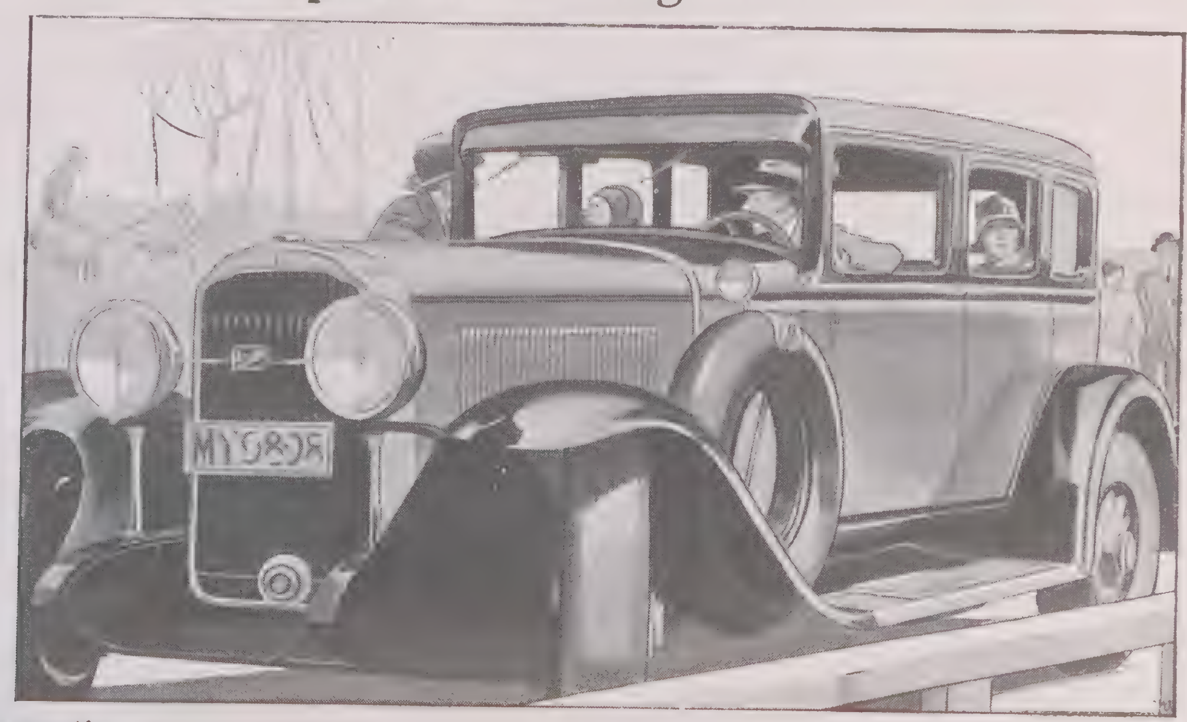
Rosales llamó al camarero, pagó, y el grupo se puso en marcha, repartiendo entre las mesas vecinas sonrisas y saludos.

* * *

Javier, acostado todavía, revivió aquella escena, que databa de cinco años atrás, como si hubiera transcurrido el día anterior. El alba de un amor deja en el espíritu una luz que tarda mucho en extinguirse, y como el recuerdo opera sobre imágenes nos es fácil reconstruir en unos minutos de concentración interior una gran extensión del pasado. A la mente de Javier vinieron de la lejanía del tiempo aquellas escenas y otras más gratas todavía en las cuales se precisaban su primera conversación con la actriz en el coche de la Rivaclara, de regreso a su casa; la primera cita amorosa en un pisito bajo que él alquiló ex profeso en la calle de Covarrubias; las largas sesiones de voluptuosidad en que ardían los cuerpos sin que se confundieran las almas. Margarita, como casi todas las mujeres de temperamento fogoso, era de las que se prestan sin darse por entero. Sus cartas, de una pobreza expresiva, rara en plena pasión, desconcertaban a Javier. El, en cambio, reflejaba su exaltación con la pluma, y cuando su vocabulario le parecía pálido para dar la medida de su amor, reproducía versos de Bécquer y Espronceda, que suplían con su arrebato sentimental

Buick

Por su aspecto distinguido, por su magnífico rendimiento, el Buick es el elegido por las personas exigentes



Aun entre los coches más costosos el Buick es siempre un coche distinguido. En la carretera es rápido, cómodo, silencioso

En las reuniones elegantes, como en la carretera, es el tipo de los seis cilindros de lujo

Si hace sus viajes en el Buick sabrá usted lo que es viajar con comodidad.
Lo mismo en las cuestas que en terreno llano el Buick sostiene una media de 70 a 75 kilómetros por hora y si es necesario habrá alcanzado los 120 con toda facilidad. ¿Ha comprobado usted cómo funciona su motor de válvulas en cabeza, de fama mundial? Desde hace veintiséis años que General Motors construye este coche, los ingenieros de la casa Buick han dedicado todos sus esfuerzos y sus trabajos a mejorarlo haciendo de él el más moderno de los seis cilindros. Compruébelo por sí mismo conduciéndolo.

Los últimos modelos Buick tienen nueva elegancia y una comodidad insuperable. Cuanto depende de Fisher, conocido como el carrocero de gusto inimitable, ha sido puesto a contribución en las nuevas carrocerías. Líneas rectas, alargadas y bajas —combinando perfectamente con el colorido—, le dan un aspecto moderno y airoso. El interior está acabado con todo cuidado y con todos aquellos detalles que exigen las personas de gusto más refinado.

Vea usted los diferentes modelos en el salón de cualquier concesionario. Después de conducir el que más le guste lo hará suyo. G. M. P. (Sección de Créditos) tiene establecido un sistema para facilitar el pago.

BUICK

Fabricado por General Motors

General Motors Peninsular, S. A., Madrid

La pasión de Javier Rosales

el lirismo que a él le faltaba. En sus intimidades secretas la avidez sensual de Margarita lo dejaba exhausto y su vanidad de hombre sufría presintiéndola insatisfecha de sus caricias. Insidiosamente ,y por una sugestión de la carne, en la que no intervenía la palabra, ella lo fué llevando poco a poco a todos los artificios de la voluptuosidad que exige para su pleno contento la erotomanía. Javier notaba que aquella mujer no se le sometía más que en la alcoba. Fuera de las expansiones lascivas mostrábase caprichosa, fría y distraída, como si su amante le fuese extraño. Aquella particularidad del temperamento de Margarita le desconcertaba. «¿Qué clase de mujer es ésta que no se enternece más que al desfallecer en la sensación?»—se preguntaba. A otro más avisado que él en cosas de amor, aquella particularidad le hubiera asustado; pero Javier la amaba con el corazón y con los sentidos y creía que la violencia de la sensación es una prueba de cariño. Él ignoraba que la frecuencia y la prontitud del orgasmo son manifestaciones morbosas de fondo neurósico sin la menor relación con el sentimiento, y que las mujeres sujetas a esos arrebatos de la carne suelen ser de alma fría.

Sus citas amorosas, que al principio eran bisemanales, pues la actriz parecía subordinarlas a ciertas precauciones dictadas por el repeto de sí misma y por el temor de ser murmurada en la vecindad, se sucedieron luego de un día al otro, y como ella solía presentarse a lo mejor sin previo aviso en el nido, Javier tuvo que instalarse casi de un modo permanente en la calle de Covarrubias.

—¡Perdóname, rico, pero tienes que hacerte cargo de que yo no puedo ser puntual!... Nuestros amores dependen de mi trabajo... Hoy, por ejemplo, he venido antes que otros días aprovechando una interrupción del ensayo. Los autores se han llevado el segundo acto de la obra para retocarlo...

Javier sonreía y callaba, prestándose en aquel caso y en todos a los caprichos de Margarita. Esta disponía de todo su tiempo. Aquel amor trastornó su existencia. Primeramente pidió su traslado a Madrid, y no habiendo vacante en la guarnición, consiguió que lo destinasen al ministerio. Aquella pasión tan absorbente no tardó en repercutir, con sus efectos, en su propio hogar. Su mujer, advertida desde mucho atrás de lo que sucedía, le abrumaba con las recriminaciones más soeces. Era una andaluza muy guapa, de extracción social poco distinguida y de carácter vehemente, que en los momentos de exaltación no consultaba el diccionario de la Academia Española para desahogarse en palabras.

—Ya sé que esa zorra te está dejando en los huesos... Todo Madrid se hace lenguas de lo que te cuesta... Iba a decir de lo que nos cuesta, porque con lo tuyo apenas bastaría para surtirla el ropero...

—Mujer, no digas tonterías... Yo soy un admirador de esa artista y nada más.

La esposa desdeñada, con el rostro encendido de cólera y el gesto amenazador, precisaba entonces la fecha de las relaciones, el lugar de las citas y la joyería de donde procedían los regalos que Javier había hecho a su querida, y sus afirmaciones tenían un acento tal de convicción que el marido, abrumado por el cúmulo de las pruebas acusatorias, acababa por callarse. Aquellas rociadas conyugales se hicieron tan frecuentes que Javier decidió, por evitarlas, comer fuera de casa. Del ministerio se iba a la Peña y del círculo al teatro, y allá, a altas horas de la noche, entraba sigilosamente en su hogar, encerrándose con llave en su cuarto. La desavenencia de los esposos tuvo como primer resultado un cambio en la servidumbre. La señora despidió al asistente de su marido por creerle cómplice de sus trapacerías amorosas, y el marido se desquitó poniendo a la doncella de su mujer en la calle. El escándalo social se reveló en una forma que nadie pudo prever. Las amistades femeninas del matrimonio acudieron a consolar a la abandonada señora. Todas las tardes, a la hora del crepúsculo, recibía ésta varias visitas de señoras, que acudían con aires de pésame, como si se tratase de hacerla llevadera su viudez. En la penumbra del gabinete se hablaba de todo, con aparente olvido de la tragicomedia conyugal que estaba ocurriendo en aquella casa; pero era raro que alguna de aquellas señoras no trajese un chisme nuevo con que atormentar a la rozagante andaluza. La oficiosidad de las cotillas mantenía a la pobre dama en un estado de constante irritación.

Un día se presentó entre los visitantes un primo suyo, militar también, que estaba de paso en Madrid, y con quien ella había coqueteado en la adolescencia. Llamábase Gustavo Sedeño, y era tan feo como gracioso por sus decires. La señora de Rosales encontró en su conversación un paliativo de su desventura, y como él era atrevido y de pocos escrúpulos de parentesco, los primos reanudaron aquel lejano coqueteo, sin que la conciencia de ella se alarmase. Javier, noticioso de la llegada de Sedeño, no sólo no dió importancia a la asiduidad de sus visitas, sino que veía con gusto que alguien de la familia distraía a su mujer. La idea del adulterio, la verdad sea dicha, no le pasó por la mente. Absorto en su amor, que era, como toda pasión del alma y de la piel, un ir y venir del placer al sufrimiento, sólo pensaba en Margarita, la cual le había dado ya más de un disgusto, a causa de su frivolidad y de su desaprensión con los hombres. Una noche estuvo a punto de entrar violentamente en una platea de Lara, porque un muchacho tenía dos gemelos clavados en la actriz, que correspondía a aquel asedio visual con alguna que otra ojeada de complacencia. En el entreacto él se quejó amargamente, y con alguna brusquedad, de aquella coquetería, y obtuvo como respuesta estas palabras: «Mira, Javier: si vas a molestarte porque un admirador de mi persona o de mi arte me clave los gemelos, es mejor que no vengas al teatro. Así, tú estarás más tranquilo y yo menos cohibida... ¿No te parece?»

Y le volvió la espalda. Aquella respuesta, un poco sarcástica, le produjo tal malestar, que se marchó a la calle sin esperar a que acabase la representación. Su fantasía, como ocurre en los celos, infería de los más ligeros indicios las pruebas más grandes contra la fidelidad de su querida. Se comparaba físicamente con el muchacho del palco que había estado comiéndose con los ojos a la actriz, y le reconocía siempre una forma cualquiera de superioridad, en años o en figura, en elegancia o en expresión. «¿No estarán de acuerdo a mis espaldas?» La insaciable lascivia de Margarita daba pábulo a todas sus sospechas. «¿Será que no la basta conmigo? ¿Quién es ese mozo? Yo no lo he visto nunca. Parece rico, por las trazas.» Cada vez que alguien miraba a la actriz con cierta insistencia, él procuraba saber quién era; y si conseguía averiguarlo, sorprendía en la primera cita a su querida con preguntas capciosas sobre sus relaciones con aquel hombre. Ella, que era de un impudor magnífico, soltaba el trapo a reír, sin negar ni afirmar nada. El, desesperado, decía: «¡Júrame por tu madre que no conoces a ese hombre!...» Entonces ella, presintiendo que los juramentos podrían serle necesarios para salir de otras situaciones falsas más graves, contestaba: «Jurar, no, porque yo no juro más que cuando vale la pena; pero te respondo de que no sé quién es la persona a que te refieres.»

Viéndola desnuda y sentada al borde de la cama, él no tenía ya arrestos para seguir mortificándola con sus ambigüedades verbales. La cogía en brazos y juntos se sumergían en la deliciosa vorágine de la sensación. Margarita gustaba de aquel deleite con los ojos cerrados, y él entretanto se enardecía con el aroma de su piel, besándola furiosamente en el cuello y en el pestorejo. Por largas y apasionadas que fuesen aquellas sesiones de amor, ella no parecía sentir fatiga. Bostezaba un rato y luego se dormía, con la atención ausente. Javier la miraba con avidez, queriendo leer en sus ojos, llenos de enigmas, y no conseguía ver en ellos más que el fulgor moribundo de las voluptuosidades recién gustadas. El silencio espiritual de aquella mujer le hacía sufrir.

—Tú no me quieres, Margarita, como yo a ti... A mí se me conoce el amor en los ojos, y yo no me encuentro nunca en los tuyos.

La actriz no sabía qué contestar a aquel reproche.

—Yo te quiero todo lo que puedo querer... No soy capaz de más...

—No oigo la voz de tu corazón, mi vida...; de ese corazón que es mi paraíso...

—Tú sabes bien que me gustas, Javier... Me gustaste desde el primer momento...

Y al decírselo, el verde opalino de sus ojos tenía el desmayo de la voluptuosidad satisfecha.

Aquellas palabras no le llenaban a Javier. El verbo gustar trascendía demasiado a sensaciones de la piel. El amor en él era más hondo y más



La pasión de Javier Rosales

ambicioso. Cerca de ella se sentía feliz, como si su sola presencia impusiera silencio a todas sus preocupaciones. Su gran ilusión hubiera sido disponer de Margarita enteramente, sacarla del teatro y llevársela a vivir con él. Un día se lo propuso.

—¿Sabes lo que he pensado?

—Algún desatino. Veamos.

—Pues que tú dejes el teatro. Yo pediré el retiro, y con mis rentas y lo que me dé el Estado, nos vamos a pasar el resto de nuestra vida a un rincón cualquiera, donde no nos conozca nadie... Yo lo abandono todo por ti...

La actriz se echó a reír con una vehemencia tal, que él se quedó confuso, como si le acabasen de sorprender en una situación ridícula.

—Pero ¡hombre! ¡Qué cosas se te ocurren!... ¿Y mi madre? ¿Y mi marido? Porque no olvides que yo no soy dueña de mis actos... Mi marido...

—Tu marido es un Juan Lanas...

—¡Alto ahí, Javier! No te permito que maltrates a Paco... La culpa de lo que pasa entre los dos es mía y sólo mía—y su rostro, encendido de indignación, y sus frases, nerviosas, parecían descubrir los síntomas del remordimiento.

—Perdona, mujer... A veces no sé lo que me digo...

—Y ahora que hablamos de mi marido, tengo que darte una noticia...

—¿Y es...?—preguntó Javier, ocultando su turbación.

—Que volvemos a reunirnos otra vez... Es voluntad de mamá, que lo quiere mucho y teme, con razón, que la separación, si dura mucho, me desacredite en el público...

Él guardó silencio. Aquella reconciliación le parecía el anuncio de peligros que no acertaba a precisar. No conocía a Gavira más que por referencias; pero le habían asegurado que estaba muy enamorado de su mujer, y que en diferentes ocasiones la había ofrecido el perdón, con tal de que ella se aviniese a seguirle.

—Entonces ya no tendrás en adelante la misma libertad que ahora...—expuso por sondearla.

—¡Ah, claro! Pero, en fin, Paco no ha sido nunca un tirano...



Las campanas de la iglesia próxima interrumpieron la conversación de los amantes, y él, como era supersticioso, vió en aquellos tañidos un augurio funesto.

* * *

«¡Cómo se me viene todo lo vivido en estos últimos cuatro años a la memoria!»— se dijo Javier, sin decidirse a abandonar el lecho. En ese tiempo se le habían acabado la salud, la paciencia y la paz del hogar. ¿Cómo había podido resistir a tantos reveses del espíritu? Él mismo admiraba su resistencia. La entrada del asistente en la alcoba cortó el hilo de sus recuerdos.

—¿Qué pasa, Elías?...

—Que como son ya las once pasadas, venía a ver si puedo preparar el baño del señor...

—¿Quién hay en casa?...—preguntó Javier.

—Nadie... La señora no ha vuelto aún... Salió muy temprano, de mantilla...

Javier, emperezado por sus achaques, no tenía ganas de levantarse. Sentíase flojo de cuerpo y triste de ánimo. Al retorno de Mondariz le ocurría siempre lo mismo. Las aguas le sentaban bien; el azúcar desaparecía de la orina y el apetito renacía; pero él, sin saber por qué, sentía una gran fatiga...

—¿Me dijiste que no hace frío en la calle?...

—Frío, no; pero ahora, cuando fuí al correo, hacía un poco de viento. El señor hará bien poniéndose un traje fuerte...

Ya había hecho voluntad de quedarse en la cama todo el día, cuando se acordó de que Margarita celebraba aquella noche su beneficio, y él no quería dejar de saludarla. Sus relaciones con la actriz, sin estar rotas, habían entrado en ese período de languidez sentimental que sigue a una gran pasión. Sus entrevistas, muy espaciadas de una a otra, transcurrían en una intimidad afectuosa, interrumpida por algún que otro beso, sin que se produjese, más que de tarde en tarde, la conjunción exasperada de los cuerpos que provoca la impaciencia sexual. Él la sentía, a su lado, fría y distante, como si su espíritu se hubiera quedado en otra parte. Un día, en pleno frenesí de la imaginación caldeada por el recuerdo de las antiguas caricias, quiso poseerla, y no pudo. Su desesperación fué entonces tan grande, que la idea del suicidio cruzó por su mente.

—Tengo el sistema nervioso hecho polvo—dijo enjugándose el sudor, que le bañaba el rostro...

—Sí, Javier... Tú no estás bien de salud... Pero no te asustes... Ya pasará...

Y la actriz, sin abandonar el lecho, encendió un cigarrillo. Él, derribado en un butacón, contemplaba con desesperado embeleso aquel cuerpo, que aun después de poseído seguía atrayéndole, como si por arte de maleficio su perfume le persiguiese a distancia. En la penumbra de la alcoba, la luz escarlata de la lámpara vertía sobre la desnudez de Margarita un resplandor dorado, que daba alternativamente a sus carnes la coloración del alabastro y la palidez del marfil.

—Esto que me pasa no es normal... A mi edad, el hombre no claudica así, y menos si está, como yo estoy, locamente enamorado... Debe ser un efecto pasajero de las aguas.

La actriz fumaba en silencio, como si la protesta de su amante no encontrase eco en su corazón. De pronto se incorporó y dijo:

—Los Quintero me han leído una comedia, en la que tengo un papel enorme... Ya verás qué maravilla...

—Sí. Esos muchachos tienen la gracia por arrobas... ¿Y cómo se llama la obra?...

—No tiene título aún... Voy a tener un éxito loco—añadió saltando de la cama con elegante agilidad.

Mientras se vestía, él, pensativo y ceñudo, la contemplaba en silencio. Jamás la había sentido tan lejos de él. «Esta mujer—se dijo—se me va. No sé si empieza a ser de otro; pero lo cierto es que me da una dolorosa impresión de despego que ni siquiera se toma la molestia de disimular. ¿Qué hacer para recobrarla?» Al salir del nido, corrió a casa del médico.

—Doctor, voy a contarle a usted lo que me ha sucedido... No sé si sabe usted que estoy muy enamorado.

—Lo sé y adivino lo que va usted a decirme—contestó el médico sonriendo, y sus ojos, escondidos detrás de los lentes, acentuaron la reticencia de sus palabras. Era un hombre de elevada estatura, ya muy maduro, de rostro afable y enteramente afeitado, del que sobresalían una nariz grande y corva y una boca proporcionada, por sus dimensiones, a la nariz, con la dentadura empedrada de puntos de oro. Se quitó los lentes y empezó a hacerlos girar por el puente entre los dedos de su mano derecha.

—Mi querido comandante... No olvide usted que un diabético no puede permitirse excesos amorosos...

—¿Excesos ha dicho usted?... Pero si vivo como un anacoreta...

—A veces ni siquiera es válido el enfermo para el uso de sus facultades...

—Y esto, mi querido doctor, ¿no tiene remedio? Déme usted algo que me devuelva la energía... ¡Por Dios y por todos los santos!...

El médico lo miró un rato, y su fisonomía se hizo impenetrable. ¿Qué pensaba? A decir verdad, su atención no estaba en aquel momento pendiente de aquel pobre sujeto que imploraba un afrodisíaco para seguir afrontando las exigencias de una venus insaciable, sino en otra parte. Tenía gravemente enfermo a un amigo suyo de la infancia, y le preocupaba la gravedad de su situación. Por deferir al ruego de Javier, escribió a receta de un específico, en el que entraban, en proporciones desiguales, un arsenical, un poco de fósforo y una dosis mínima de estricnina.

—Esto le levantará a usted las fuerzas; pero, mi buen amigo, nada de abusos...

Al quedarse a solas, el médico se dijo: «Eso no le va a servir para nada.»

Las relaciones entre los cónyuges, disipada la aspereza de los primeros tiempos de sus disentimientos, se habían hecho más tolerables. Todo se usa y se gasta en el mundo, hasta el rencor que sobreviene en pos de ciertas ofensas que en un principio nos quitaron el sueño. El espíritu, como el cuerpo, se cansa si se le obliga a permanecer en una sola postura. Dos seres que se aman o se aborrecen acaban por pactar, sin decírselo,

La pasión de Javier Rosales

un armisticio sobre la base de un afecto sin pleamares tempestuosas o de una indiferencia sin groserías. El amor y el odio agotan sus medios de acción, y entonces, insensiblemente, se llega a la suspensión de las hostilidades. Esas aparentes reconciliaciones no suelen ser la obra exclusiva del tiempo. Este no es sino un coadyuvante. Lo que ocurre es que las personas desavenidas dejan de estarlo porque cada una de ellas ha encontrado su compensación fuera del hogar. ¿Sabía Javier que su mujer y Sedeño habían pasado, de los simples escarceos verbales, a intimidades más profundas? A ratos, la sospecha afloraba a su espíritu como un relámpago; pero no hacía presa en él induciéndole a la interrogación. La mentalidad de un marido es menos alarmadiza que la de un amante, y eso por una razón de lógica. Mientras el amante sabe que su placer está en el aire, pues no tiene otra garantía que la voluntad femenina, muy voluble de ordinario, el marido se figura que, reposando su egoísmo conyugal sobre los cimientos que le han dado la religión y la ley, es inconmovible. Todo el que ha sido amante antes que marido conoce la fragilidad de esa ilusión, porque como han pasado por sus brazos varias mujeres casadas, al contraer matrimonio él sigue conservando una confianza mediocre en la resistencia femenina a la tentación. Por desdicha suya, tenía poco de Don Juan. A parecerse al Burlador, las frecuentes ausencias de su mujer de Madrid y, sobre todo, el cambio de su carácter de algún tiempo a aquella parte, le habrían escamado. La mujer que ha nacido con temperamento de aventurera improvisa la táctica defensiva propia de cada caso. Si está casada con un mundano, gran conocedor de las debilidades femeninas, se finge celosa y trata a su marido a la baqueta. Es un medio de desarmar sus recelos. La señora de Rosales, que estaba todavía en el bachillerato del adulterio, no hilaba muy delgado en la materia. Su nueva actitud con su marido, que éste atribuía torpemente a la resignación, no era sino la reacción ingenua de un ser que ha recobrado el buen humor y la sonrisa, porque siente de nuevo el contento de vivir. Su primo, sin gustarla mucho, la divertía con sus ingeniosidades y sus cuentos subidos de color, y como se sentía profundamente sola, un día tuvo un momento de abandono y cedió. Luego cooperaron en su caída sus resentimientos conyugales y la curiosidad de lo desconocido. La infidelidad no se inició en Madrid, sino en una finca de campo de la provincia de Cádiz. El pudor de la señora impuso como condición que el hogar no se manchase con el delito. Ese escrúpulo, puramente geográfico, es bastante frecuente en las mujeres de la clase media. Creen que el pecado de campo es menos grave que el de la ciudad.

Lo curioso fué que en cuanto Javier notó aquel cambio en el humor de su mujer, al verla tan amable y condescendiente con él, empezó a sentir el remordimiento con más intensidad. Al designarla fuera de casa, no omitía nunca el adjetivo de santa. ¿Se daba cuenta ella de lo irónico de la situación? Como las mujeres no piensan más que cuando las es absolutamente preciso, y el simple hecho de adoptar la posición horizontal en compañía de un extraño no las obliga al menor esfuerzo de inteligencia, la dama no parecía preocupada por las cavilaciones de su marido. Lo cuidaba sin exagerar el mimo; se desentendía de su vida exterior, y de cuando en cuando tomaba el tren de Andalucía, pretextando que los aires de campo la sentaban mejor que en Madrid. El primo, de acuerdo con ella, no aportaba por la casa sino muy de tarde en tarde, y siempre a horas en que estuviese Javier. En la mesa, los esposos departían afectuosamente sobre todos los temas, sin que surgiese entre ellos el menor desacuerdo.

—Este año las aguas de Mondariz te han probado mejor que el primer año... Tienes mejor cara...

—Sí. Pero estoy muy flojo. Este maldito azúcar me trae de cabeza...

—Y el médico ¿qué dice? Porque supongo que esa debilidad será pasajera... A tus años, todo tiene remedio.

—Ya conoces a los médicos. Dicen lo que quieren para tranquilizarnos; tiran de papel y pluma, recetan, y hasta otra...

—Yo, en tu caso, iría a un especialista... ¿Por qué no pides hora a Castillo? Dicen que es un as para esas cosas... Al padre de Carmencita Soriano lo ha puesto nuevo...

Por la primera vez desde hacía mucho tiempo, Javier miró a su mujer con atención, encontrándola más bella que antes. Había adelgazado y se peinaba de otro modo. Sus ojos negros parecían más grandes, y su tez, de un ámbar más transparente. Había en su aliño personal, aparte la fidelidad a la moda, un no sé qué de exagerado que responde siempre en las mujeres maduras al prurito de parecer más jóvenes. Ella se hizo la desentendida de aquella curiosidad de su marido.

—¿Sabes una cosa?...

—Tú dirás—respondió ella con una vaga sonrisa.

—Te va a sorprender lo que vas a oír, no porque tenga nada de particular, sino porque sale de mis labios...

—No comprendo... En fin, di lo que quieras...

—Que te encuentro más guapa que nunca...

—¡Acabáramos! ¡Qué galante!—y su sonrisa bordeó la ironía.

—Bien sabe Dios que no hay en ese homenaje ninguna intención. He dicho lo que siento... Estás guapísima... No me extrañaría que te saliese por ahí algún pretendiente—añadió sin malicia.

Ella sintió que su rostro enrojecía, no por la emoción que pudiera causarla el requiebro conyugal, sino por temor a que hubiese una reticencia en aquellas palabras. Como era de esperar, Javier interpretó aquel rubor equivocadamente, suponiéndolo provocado por el pudor.

—Perdóname... No he querido ofenderte... Es una broma...

Al quedarse a solas, la dama experimentó una vaga inquietud. La novedad de que su marido la encontrase más guapa que antes, ¿implicaría el deseo de reanudar las relaciones íntimas, interrumpidas desde hacía años? Esa perspectiva amorosa repugnaba a su alma y a su cuerpo. Hay mujeres que soportan mejor el rompimiento que la duplicidad, lo que prueba que aun dentro del adulterio la degradación tiene matices. Ser de un hombre, aunque no sea su marido, las parece menos grave como pecado que pertenecer a dos. En general, claro está que todas juran a su amante que no tienen nada que ver con el marido. Es una superchería que la vanidad del amante admite como moneda de buena ley.

«¡Sería terrible—pensó—que a Javier le diese ahora el naipe por venir a mi alcoba! ¿Cómo hacer para prevenir el peligro? Lo mejor será que ahora me finja enferma y que dentro de unos días me marche a Andalucía...

Javier, consumido por su enfermedad, pensaba en todo menos en volver al redil conyugal. La atracción de la piel de Margarita era todavía para él demasiado viva para que sus deseos tomasen una orientación sexual distinta.

Pertenecía la actriz a una peligrosa casta de mujeres que no se hacen dueñas del hombre más que en la alcoba. Su cuerpo, al estremecerse por la sensación, despide un flúido especial que sigue operando a distancia sobre la medula del hombre como un afrodisíaco. El placer que dan no se parece a ningún otro de la misma naturaleza. Es algo morboso que no tiene nada que ver con el fin reproductor de la especie. Es una voluptuosidad que empieza en los ojos, pasa al olfato, se comunica a la piel y desencadena un temblor nervioso que, al extinguirse, nos deja una euforia deliciosa. Promover esa sensación es un privilegio del que abusan, sin darse cuenta, las mujeres que lo tienen. Si tropiezan con un hombre de sensualidad estragada, este hombre está perdido. Su sumisión a los caprichos y su transigencia con las debilidades de la mujer es absoluta. Lentamente su esclavitud lo va degradando hasta convertirlo en un pingo. Hay que ser muy fuerte para sacudir ese yugo, y cuando no basta el revulsivo de la dignidad ofendida para salvarnos, conviene poner la mayor distancia posible entre la mujer y nuestro deseo. Así y todo, la lucha por la liberación es terrible. La piel tiene una memoria más duradera de lo que creemos, y siente la nostalgia de ciertos aromas y de ciertos contactos que la electrizaban.

En el fondo, esa disposición temperamental es, en el hombre y en la mujer, puro vicio. Son seres que nacieron ya depravados, como si en su sangre ardiese la lava de todas las lujurias ancestrales. El amor es un sentimiento que rara vez coexiste con esas febriles lascivias. Al materializarse no abdica de su nobleza. Entre una mujer y un hombre que se aman, la sensación es el episodio menos importante de sus intimidades. Les basta, para estar satisfechos, con mirarse en silencio y con que la breve presión de las manos les haga sentir que se pertenecen. En todo amor de mujer hay un no sé qué de maternal que lo preserva de envilecerse. Si carece de ese matiz protector, es pura lujuria; y en ese caso deja de ser flor del hogar, para transformarse en planta de mancebía.

Margarita no era una dama ni una esposa, aunque pasase por lo uno

La pasión de Javier Rosales

y por lo otro, según las convenciones sociales: era una cortesana que honestaba su vicio con una real aptitud artística. Tampoco se puede asegurar que tuviese talento, ni siquiera que fuese inteligente. En escena, desde que se veía de cara al público, aquella mujer de espíritu vulgar, que no había entrado nunca en sí misma, reproducía con pasmosa fidelidad lo que hay de peor y de mejor en la sensibilidad femenina. Podría ser hoy una colegiala con todas las ingenuidades de la adolescencia; mañana, una señorita pudorosa, y pasado, una madre rebosante de ternura. Lo más desconcertante de su temperamento era que al interpretar un tipo cualquiera de mujer casquivana o perversa, su habilidad brillaba con menos fulgor. Las cortesanas de teatro no le iban a la medida. ¿Por qué? Es un enigma psicológico que se podría descifrar con ingenio, pero sin darnos la plena impresión de la certidumbre...

* * *

Aquella noche Javier comió en la Peña, y desde el Círculo se fué en coche al teatro. El frío le asustaba. Él, tan resistente a todas las temperaturas cuando se sentía bien de salud, adquirió, con la enfermedad, una predisposición al frío y al calor, que le llenaba el pensamiento de aprensiones. En el verano temía la congestión, y en el invierno la pulmonía. Al apearse frente al teatro, sintió que una mano amiga le tocaba en un hombro. Era Julio.

—¡Dichosos los ojos! Yo te hacía fuera de Madrid... ¿Cuándo has venido?

El militar y el escritor se abrazaron.

—Llevo aquí ya unos días. Sólo que apenas salgo de casa... ¿Y tu gente?...

—Todos buenos... Es decir, todos menos Luisito..., que está con bronquitis... Donde hay tanto niño, no es extraño...

—Pero... ¿no es cosa de cuidado?...

—Lo supongo. González Alvarez ha dicho que no nos alarmemos...

Y el crítico se quedó un momento pensativo, como si desconfiase del diagnóstico médico. Era un hombre sencillo y bondadoso, que no vivía más que para su hogar. De menguada estatura y sin ningún atractivo físico, esas deficiencias estaban compensadas por un ingenio inagotable, matizado de humorismo, que le hacía grato en todas partes. Flaco, rubio y lampiño, su persona desmentía su edad, pues a los cuarenta años muy corridos parecía un muchacho. En las redacciones de los periódicos se le quería mucho, porque, siendo inteligente, no era petulante; y en los cafés en que había tertulias literarias se disputaban el placer de oír sus graciosas, y en general inofensivas, ocurrencias. Su matrimonio era la única página romántica de su vida. Se había casado con una muchacha de la aristocracia madrileña, contra la voluntad de los padres de la novia, y como éstos, exagerando la hostilidad al candidato, hubieran puesto centenares de kilómetros entre los enamorados, Julio se informó del paradero de su novia y la raptó en toda regla, fugándose con ella a Suiza. Legitimado el traspié, la familia de la muchacha no sólo perdonó, sino que acabó por ofrecer hospitalidad a los recién casados. El ingenio de Julio y su bondadoso carácter obraron aquel milagro, que él solía comentar entre sus íntimos, en presencia de sus suegros.

—Te encuentro bien, Javierito... Tienes buen semblante...

Rosales hizo un vago gesto que ni asentía ni negaba.

—Y ¿qué..., cómo van las cosas?... Eso... ¿sigue?...—preguntó el escritor.

Javier se quedó perplejo. Habían entrado ya en el vestíbulo del teatro, lleno de gente, y a los pocos minutos los dos hombres se vieron rodeados de amigos. Era imposible hablar libremente en aquellas circunstancias. La atmósfera, enturbiada por el humo de los fumadores y el rumor de las conversaciones, fatigaban a Javier. De buena gana se habría marchado.

—Dime: ¿conservas siempre tu butaca, o vas al palco de la Peña?

—No lo sé, la verdad. Probaré a ver dónde me encuentro menos mal...

Sonaron los timbres repetidas veces, y todo el mundo se precipitó a entrar en la sala. Los dos amigos se quedaron solos junto al guardarropa.

—Oye, Julito: me has hecho hace un instante una pregunta que me preocupa...

—No le des importancia...

—No, no... Perdóname. ¿Qué se dice por ahí de mis relaciones con Margarita?...

El rostro del escritor experimentó una de esas contracciones fugaces, casi imperceptibles, con que disimulamos un estado de espíritu.

—Chico... La verdad... Yo no he oído nada... A Margarita no la he visto hace un siglo... La última vez, en el Español, la noche del beneficio de la Asociación de la Prensa...

—¡Bah! Como que estaba yo allí... ¿Y después, durante mi ausencia de Madrid, no se ha dicho nada?... Vamos, Julito, sé franco...

El crítico denegó con la cabeza, y sus ojos resistieron sin turbarse la mirada escrutadora de su amigo.

—Verás por qué te lo pregunto. En las tres semanas que estuve en Mondariz, sólo recibí dos cartas de Margarita, y luego, en los meses que he pasado en Chipiona, apenas me ha escrito.

—Te supongo enterado de la reconciliación conyugal... Como no sea eso...

—Eso debe ser—añadió Javier, con el vehemente deseo de todo enamorado de explicarse satisfactoriamente lo que le duele.

—Y tú ¿qué? ¿Estás en el mismo grado de chaladura?... Porque esas cosas pasan... La pasión tiene tres períodos: ansiedad por conquistar a la mujer; contento de poseerla, y luego, poco a poco, fatiga... Es lo corriente...

—Eso no va conmigo. A otro que no fueses tú no se lo confesaría... Pero te juro que la adoro como el primer día... Es una insensatez, ya lo sé... ¡Qué quieres! Cada uno es como Dios le hizo...

Julio quiso cortar una conversación que le era penosa, pues estaba al cabo de la calle respecto a la nueva aventura de la actriz; y como su deber profesional le llamaba desde la sala, se despidió de su amigo, conviniendo con él en volverse a ver luego. Javier, con pocas ganas de afrontar el espectáculo, encendió un cigarrillo y se puso a pasear por el pasillo de los palcos. Sentíase solo y triste. Aun en los seres poco acostumbrados a la introspección, la enfermedad suscita a veces una extraordinaria lucidez para el análisis de sus propios sentimientos. Lo que en plena salud apenas preocupa, adquiere entonces una gran importancia. Tiempo atrás, cuando sus energías estaban intactas, a Javier no se le habría ocurrido entrar en sí mismo. Toda su actividad espiritual era, por decirlo así, centrífuga. El oleaje de sus emociones dependía exclusivamente de las mareas de su amor. Pero ahora había que contar con un elocuente perturbador que, al influir sobre su salud, alteraba sus estados de ánimo. Lo peor de la enfermedad no es lo que nos invalida para el goce normal de las cosas, sino lo que deforma y oscurece las perspectivas de nuestro espíritu. Un cuerpo enfermo es como un piano cuyas teclas no dan las notas precisas. Unos meses antes, Javier estaba tan solo como ahora, porque el destino de toda persona inteligente es el aislamiento interior; pero entonces su bienestar físico lo empujaba a vivir desenfrenadamente, y cuando se vive el minuto actual sin precauciones ni regateos, la sensación gustada no proyecta sombras en el ánimo. Nadie que está satisfecho se interroga. En cuanto entramos en nosotros mismos, es porque se ha roto el equilibrio que nos mantenía al nivel de la vida corriente, y eso no se produce más que en momentos de depresión. Las naturalezas fuertes, habituadas a la conquista de lo que las atrae, no pierden el tiempo en interrogarse. Si alguna vez filosofan, es en la senectud, cuando la decadencia de sus energías retrae al hombre de la acción.

—¿Qué haces aquí tan solo, Javierito?...

Era el recién llegado un oficial de Artillería muy amigo de Rosales, abonado como éste a uno de los proscenios.

—Estaba acabando de fumarme un pitillo... ¿Cómo estás, Pepe?...

—Anda, vamos. Entra, hombre... Margarita va a tener un exitazo...

Los dos amigos entraron en el palco sin hacerse notar. Al asomarse al público, Javier experimentó una profunda emoción. Sin haber visto aún a Margarita, sentía su voz; aquella voz tan suya, mezcla de canto y de arrullo, que le era tan familiar. Iba mediado el acto, y la actriz estaba refiriendo a una hermana suya, dentro de la ficción artística, cómo había conocido al hombre de quien se había enamorado. Javier dirigió al escenario una mirada de ansiedad, que, naturalmente, no fué recogida por Margarita, absorta en su papel. En la semioscuridad de la sala, el silencio del público era como una atmósfera ideal que ponía en comunicación el talento de la artista con la sensibilidad colectiva. Al verla contemplada con embeleso por tanta gente, Javier pensó que, de todos aquellos espectadores que la oían con el aliento contenido, más de uno podía estar prendado de la mujer. ¿Por qué no? Al poco rato apareció en escena Gavira, que representaba un papel episódico en la obra. Su presencia no dijo nada a Rosales. Aquel pobre hombre, que conllevaba resignadamente una responsabilidad conyugal de la que se reía todo el mundo, no le había inspirado celos nunca. Algunas veces Javier llegó a admitir que su nominal rivalidad pudiera convertirse en una alianza. Estando, por su carácter de marido, cerca de Margarita, podría guardarla, evitando que la actriz cayera en las tentaciones que se ofrecen siempre a una mujer bella y solicitada. A ser menos candoroso, hubiera previsto que la astucia de una mujer esquiva y burla todas las precauciones maritales, y que, como





LOS NUEVOS MODELOS
6 CILINDROS

RENAULT 1930

MONASIX y VIVASIX
(SERIE)

MONASTELLA y VIVASTELLA
(GRAN LUJO)

representan la perfección en automovilismo.

S. A. E. de Automóviles RENAULT
MADRID

MADRID . . . Dirección, Oficinas y Depósito: Av. P. Toros, 7 y 9.
Salón Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.

SUCURSALES
SEVILLA: Martín Villa, 8 (en la Campana).
GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40.
VIGO: Velázquez Moreno, 14.

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

VENTAS A CREDITO EN LARGOS PLAZOS

Sin duda alguna ...

Tito Schipa es uno de los tenores que más rápidamente han sabido captarse la admiración y el aplauso entusiasta de los públicos de Europa.

Su voz maravillosa, de admirable timbre y penetrante encanto, se amolda igualmente a un «role» de ópera o a una sencilla canción... Y en ambas domina su estilo impecable, personalísimo y brillante.

Un repertorio extenso y selecto

Entre los principales fragmentos de óperas cantados por Tito Schipa se destacan «Il Barbieri di Siviglia», «Mignon», «Lakmé», «Rigoletto» y «Manon», una de sus mejores creaciones y acaso en la que pone más de relieve la fineza de su estilo. En las canciones «El Gaucho», «Luna castellana», «Angela mía», «Princesita» y otras muchas, Schipa hace gala igualmente de sus extraordinarias facultades.

El repertorio de este aplaudido artista —exclusivo de «La Voz de su Amo»— está impresionado en discos de esta marca; óigalos usted y vea cómo la perfecta reproducción de cualquiera de ellos permite apreciar en todo su valor la exquisita interpretación del artista.

Pida en una agencia «La Voz de su Amo» una audición de los discos que prefiera de Tito Schipa, Chaliapine, Galli-Curci, Fleta y otros de los que figuran como exclusivos en «La Voz de su Amo».



EL CELEBRE TENOR

Tito Schipa

cantará para usted sus mas bellas canciones...



Algunos discos de Tito Schipa

Manon (Massenet)— «*Chiudo gli occhi*» (Il sogno)—I Pagliacci (Leoncavallo). Serenata d'Arlecchino.—DA-875

La Bohème (Puccini)—«*Sono andati*»—«*Oh Dio, Mimi*» (Acto IV) I y II partes. (Con Lucrecia Bori)—DB-912

«Princesita», Canción. — «Emigrantes», Granadinas.—DA-834

«Mi viejo amor»—«Rosalinda», Canciones.—DA-957

«*A la orilla de un palmar*»—«*Quiéreme mucho*», Canciones.—DA-876



...«tal la nostra vita fia, se tu lo voui, ¡o Manon!.....»

"LA VOZ DE SU AMO"

COMPAÑIA DEL GRAMÓFONO, S. A. E. URGEL, 234, BARCELONA—PÍ Y MARGALL, 1, MADRID

La pasión de Javier Rosales

ella quiera, no hay muros bastante recios ni cadenas bastante sólidas para aprisionarla. En una transición escénica, los ojos de la actriz convergieron al palco en que estaba Javier, y éste se hizo la ilusión de que aquella mirada había ido intencionadamente a él. No era verdad. Margarita, poseída por la obra, no veía nada extraño a su papel. Su influencia sobre el público debíase precisamente a aquel poder de concentración que contrastaba con el frívolo mariposeo de su carácter en la vida corriente.

Concluído el acto, el público aplaudió largamente, llamando al autor, que no se presentó porque no estaba en el teatro. Desde el patio de butacas Julio hizo una seña a su amigo, invitándole a subir al saloncillo. Javier asintió con un gesto, y poco después se dirigían juntos al cuarto de la actriz. En la escalera, invadida por la gente, Rosales sufrió un corto vahido. Fué como si su conciencia se incomunicase con el mundo exterior. Su amigo le sostuvo por un brazo para que no se cayera.

—Chico, no sé lo que me ha pasado... De pronto me ha parecido que se me interrumpía la vida...

—Eso es de la digestión. Además, el teatro está tan caldeado que echa bombas...

—No me había pasado eso nunca...

—No te preocupe, hombre. Ya pasó...

Para entrar en el cuarto de Margarita hubo que hacer turno. Desde fuera los dos amigos vieron las canastillas de flores amontonadas sobre los muebles. Las rosas de té que había mandado Javier en un vaso de porcelana de Sajonia, reflejaban su interesante palidez en el espejo del gabinete, que tenía los bordes llenos de tarjetas de los admiradores. En cuanto cedió el ir y venir de los visitantes, los dos amigos se presentaron en el cuarto, pero la artista se había eclipsado para mudarse de ropa. En el gabinete vieron a un señor, que les hizo una reverencia, sin levantarse de su asiento. Era un joven rubio, muy elegante, desconocido para ellos.

—¡No tenemos suerte, Margot!—exclamó el crítico en alta voz.

—¡Hola, Julio! Ya le echaba yo a usted de menos... ¿Quién viene con usted?...

El escritor vaciló antes de dar el nombre de su acompañante. Javier, muy conmovido, sonreía.

—A ver... ¡Adivine usted!

Tras un silencio, la actriz dejó oír su voz adorable:

—¡No caigo!

—Soy yo, Margarita... Javier Rosales...

—¡Pero, hombre, qué grata sorpresa!... Yo le hacía a usted en Andalucía... ¿Cuándo ha venido usted?

Y sin aguardar la respuesta de Javier, irrumpió en el gabinete. Estaba aún a medio vestir, y se había echado un kimono encima. Les había alargado las dos manos para que se las besasen sus amigos, cuando de pronto las retiró, como si le urgiese hacer la presentación del joven que estaba allí.

—El señor duque de Varesse. Los señores Vallejo y Rosales, dos viejos y buenos amigos—dijo sonriendo. Y sus ojos, encendidos de satisfacción, se posaron en el muchacho. Este se irguió en actitud de cumplido, estrechando las manos que se le extendían. Luego se sentó en silencio, como si su espíritu se pusiese a distancia. Rosales, contestando a preguntas de la actriz, habló de su permanencia en Mondariz y de la temporada que acababa de pasar en Andalucía. Ella le oía sonriendo, con la atención en otra parte.

—Usted no conoce Andalucía, duque. ¿Verdad?...

—No, señora... No he tenido aún ese placer... Iré en Semana Santa... Dicen que es la mejor época...

El escritor escuchó aquella necedad sin pestañear. Conocía demasiado la predisposición del señorío de todas partes a la mentecatez, para resentirse por tontería de más o de menos. A ser su interlocutor persona de condición llana, tal vez hubiera departido con él para decirle que una región no mejora de fisonomía en época de fiestas. Se puede preferir, por comodidad, una estación del año para visitarla, pero esa preferencia no deja a oscuras ninguno de los aspectos de la región. Rosales estaba con el pensamiento muy lejos de aquellas reflexiones. La presencia y, sobre todo, el aire de confianza de aquel señor en el gabinete de la actriz, le tenían un poco intrigado. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué representaba en la existencia de Margarita? Por evadirse de aquel temporal de celos, Javier se puso a examinar los regalos que había recibido la beneficiada. Entre los objetos, vistosos y de poco precio, que se exhibían, acompañados de las correspondientes cartulinas con los nombres de los donantes, llamó su atención una sortija. Era una gran esmeralda, de fondo transparente, rodeada de brillantes. Junto al estuche vió una tarjeta que decía: «Le duc de Varesse, Secrétaire de l'Ambassade d'Italie». La esplendidez del obsequio encendió en el espíritu de Rosales las peores suposiciones. Un simple admirador, un amigo reciente, por rico que sea, no se permite un rasgo de aquella magnificencia si no se cree autorizado a esperar algo en reciprocidad. Y ese algo, viniendo de una mujer joven y bonita, debía tener un sentido inmaterial, íntimo y profundo. Vallejo observaba compadecido a su amigo. Hubiera querido advertirle de lo que todo Madrid sabía, esto es, que aquel apuesto diplomático era el nuevo amante de Margarita; pero ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Quién se atreve a arrancar la venda de los ojos a un amigo en tales circunstancias? Entretanto, la actriz se había retirado a su cuarto, pues necesitaba acabar de vestirse, porque la representación iba a reanudarse. Sonaron los timbres de aviso cuando entró el autor de la obra en el gabinete. Era un hombre bajito, menudo de cuerpo, y su perfil mefistofélico irradiaba inteligencia y malicia.

—Margot, date prisa, que se va a levantar el telón...

—Voy, Jacinto... Estos amigos tienen la culpa de mi retraso... ¿Qué, estás contento?

La voz de la actriz conservaba, detrás de la cortina que incomunicaba el cuarto del gabinete, el matiz ligeramente nasal y mimoso que tan bien iba con su belleza frágil y felina.

Vallejo y Rosales se despidieron, sin esperar a que reapareciese.

—Bueno, adiós, y enhorabuena, Margot—dijo el crítico.

—Adios, hasta luego, Julito...

Javier estaba tan penosamente impresionado, que no acertó a pronunciar una palabra. ¿Lo notó la actriz? Probablemente no. En aquel momento su espíritu estaba ya en escena. Los dos amigos saludaron al diplomático con una inclinación de cabeza, y salieron sorteando los telones del foro y del forillo, no sin haber cumplimentado afectuosamente al dramaturgo, que acogió las enhorabuenas con su habitual frialdad, un poco burlona.

Al encontrarse en el pasillo, Javier asió fuertemente a su amigo por un brazo. Estaba convulso y tenía el rostro demudado.

—Dime, Julio, por lo que más quieras... ¿Es ése...?

El escritor, sorprendido de aquella violencia, esquivó una contestación categórica.

—¡Por Dios, Javier! ¡Cálmate!

—No andes con rodeos, te lo suplico... ¿Es ése...?

Y su mirar inflamado imploraba.

—Se dice... Ahora bien; vete a saber si es verdad...

—¡Grandísima golfa! ¡No la creía yo tan zorra!

Y al decir aquellas enormidades, se le humedecieron los ojos. Luego se estremeció, sacudido por un escalofrío. Era la reacción nerviosa de los débiles al extinguirse la crisis emocional.

Julio se lo llevó a un rincón del vestíbulo. Hubiera querido calmarle, consolarle, pero no sabía cómo. Aquel exceso de sensibilidad le sorprendía y le asustaba, porque en un carácter entero y ponderado como el de Javier no podía ser normal. La gente, sin reparar en ellos, iba entrando en la sala. Los timbres apremiaban con su vibración. En esto se abrió la mampara de la puerta de la calle y apareció en el umbral una silueta de mujer. Era una señora sesentona y muy repulida para sus años, que al atravesar el vestíbulo les saludó con un cabeceo amable.

—¡La alcahueta!—exclamó Javier con rencoroso acento.

Su irritación parecía aliviarse con los improperios vejatorios que salían de sus labios.

—¡La miserable! Ha esperado a que yo estuviese enfermo y lejos para traicionarme... Las tías de la calle son más delicadas de procederes. ¿Qué te parece, Julio? ¿Merezco yo esto? Por ella lo he sacrificado todo: la salud, la fortuna, la carrera... Hasta la paz de mi hogar he comprometido por ella... ¡Miserable! ¿Y no habrá un Dios que castigue estos crímenes?

De pronto pareció calmarse, como si una muda y desesperada apelación a la propia dignidad le hiciese dueño de sí mismo.

—En fin, ¡qué le hemos de hacer!...—dijo con varonil resignación. Luego añadió, dejando asomar la cólera en sus palabras:—Lo peor del caso es que a estas horas debo estar en ridículo...

—¡Qué tontería! Margot y todas las mujeres de su condición no pueden poner en ridículo a nadie... Las conoce todo el mundo demasiado para no saber lo que valen...

—Yo la adoraba, Julio. No veía más que por sus ojos... ¡Cómo es posible que una mujer olvide tan pronto lo que yo he sido para ella!...

Y de nuevo la emoción volvió a ganarle la voz y los lagrimales. Su amigo, temeroso de que, obedeciendo a una de las reacciones frecuentes en los temperamentos pasionales, pretendiese volver al cuarto de la actriz

La pasión de Javier Rosales

para insultarla, le sugirió la conveniencia de que se retirase a su casa.

—Te convienen la soledad y el reposo—le dijo, convencido a medias de la eficacia del remedio.

—Sí; tienes razón. Yo no debo estar aquí... ¿Quieres acompañarme?... Tampoco quiero ir a mi casa... Tomamos un coche y me dejas en la Peña. A estas horas no hay allí casi nadie...

Se pusieron los abrigos, y como al salir no viesen ningún coche en la calle del Arenal, echaron a andar lentamente hacia la Puerta del Sol. La noche estaba desapacible, y en el azul del firmamento un jirón de la luna jugaba al escondite con las nubes, que la tapaban y descubrían alternativamente. Algunas estrellas parecían burlarse con sus guiños luminosos de aquella diversión.

—Yo, en tu caso, ¿sabes lo que haría?—preguntó el escritor.

—A ver; dime...

—Pues marcharme de Madrid... Yo he oído que de estas situaciones no se sale bien más que tomando el tren. Si sigues en Madrid, la preocupación te va a abrasar a fuego lento. Estés donde estés, se te va a figurar que todo el mundo te señala con el dedo. Y aunque eso sería, como suposición, una tontería, debes evitarlo...

—Eso se dice fácilmente... ¿Y adónde me voy? ¿Y con quién?... La soledad en estas circunstancias es un suplicio. Aquí siquiera tengo amigos, distracciones...

—El clima de Madrid no es el que más te conviene ahora... Hace aquí todavía mucho frío... ¿Por qué no te vas a un pueblo cualquiera de Levante? Te recomiendo Mallorca... Es un paraíso... ¡Qué paisajes! ¡Qué puestas de sol! Y, sobre todo, una temperatura ideal... Yo tengo allí amigos...

—Y yo también. Allí está Paco Asenjo mandando un regimiento... Es, después de ti, mi mejor amigo... Ahora recuerdo, sin embargo, que nos enfriamos un poco... Empecé a hacerle el amor a su hermana, y aquello se acabó por mi culpa...

—Conozco a Paco Asenjo; es hombre de corazón. Ya no se acordará de eso... ¿Cuánto tiempo hace?...

—Seis años...

—Y Amparito, ¿se quedó soltera?...

—No; está en Valencia, muy bien casada con un arrocero. Tiene un montón de hijos...

—¿Y quieres tú que Paco Asenjo te guarde rencor? A lo mejor te está agradecido...

—Bueno, bueno; allá veremos. Si decido salir de Madrid, te prometo irme a Mallorca...

Habían subido, sin darse cuenta, por la Puerta del Sol y la calle de Alcalá hasta muy cerca del Banco de España, sin encontrarse a ninguna persona conocida, libertad que les permitió seguir charlando de asuntos diversos, sin ser interrumpidos.

—Pero ¿no quedamos en que querías ir a la Peña? Anda; te dejo, y me vuelvo al teatro... Todavía llegaré a tiempo de ver el tercer acto...

Retrocedieron, y al despedirse en el zaguán del Círculo, que estaba entonces casi en la confluencia de las calles de Alcalá y de Sevilla, Julio creyó advertir que su amigo había recobrado, si no la paz del espíritu, que no vuelve tan fácilmente en esos casos, la facultad de dominarse y de hacer frente serenamente a la decepción sufrida.

—¿Por qué no te vienes mañana a almorzar conmigo?—preguntó Javier.

—No; nada de convites. Soy un padre de familia... Comer fuera de casa me cuesta una escena con mi mujer, y una escena con mi mujer me pone de mal humor para tres días... No me compensa... Es preferible que vengas tú... Así verás a mi tropa menuda...

—Bueno. Si madrugo, iré... ¿A qué hora almorzáis?

—De dos a tres. A la española.

Al encontrarse solo en la Peña, su espíritu recayó en la idea de la traición de Margarita, y a la zaga de esa obsesión reaparecieron el rencor y el deseo de venganza que le habían inquietado antes en el teatro. Demasiado digno para quejarse, lo que él pretendía era humillarla y hacerla sentir su desprecio. Impaciente por llevar su plan adelante, entró en la biblioteca y se puso a escribir una carta. Pero la indignación no le dejaba discurrir con mesura. Las frases que se le venían a la pluma eran tan soeces, que se apresuraba a borrarlas. Rompió varios pliegos de papel, y al fin, desesperado de no dar con una fórmula epistolar que le desahogase el ánimo sin ponerle en ridículo, avisó al camarero para que le retuviera un coche, y se marchó. Sus piernas, al bajar la escalera, flaqueaban, y en el portal le sobrecogió un intenso escalofrío.

* * *

Palma de Mallorca, 10 de mayo de 1900.

Señor don Julio Vallejo.

Querido Julio: Nunca te agradeceré bastante el haberme recomendado que viniese a Mallorca. A no ser por ti, yo no hubiera sabido nunca, como no saben millones de españoles, que tienen un edén a las puertas de su casa. ¡Qué encanto de país! ¡Quién tuviese tu pluma para describir lo que siento! Desde que eché pie a tierra del barco que me trajo desde Valencia, empecé a mejorar de salud y de espíritu. Mi primer cuidado, luego de instalarme, en un hotel que suple su falta de lujo con el esmero de los servicios, fué buscar a Paco Asenjo. Llamé por teléfono al cuartel, y me contestaron que había ascendido a coronel y que estaba destinado en Málaga, que es la tierra de su mujer. Pero tuve la suerte de encontrarme aquí con un médico militar, que estuvo en Alcalá conmigo, en el mismo regimiento, y no puedes figurarte el interés que se toma este amigo por mi curación. Estoy de azúcar casi a cero y mis fuerzas vuelven. Empiezo a sacarle gusto a la vida. Como él está establecido aquí y yo no tengo nada que hacer, en cuanto su clientela le deja una clara de tiempo lo empleamos en excursiones por el interior de la isla. ¡Qué paisajes y qué puestas de sol! Nunca había visto un cielo como éste que cambie tanto de azules, ni un mar que se parezca tanto como el de Mallorca a las esmeraldas. Yo me pregunto a veces si así como sumergiéndose un hombre hábil en el mar de Ceilán, no sacaría esas piedras preciosas profundizando debajo de estas aguas. No te rías de esa ocurrencia mía. Ya sabes que yo soy un ignorante, y de un ignorante no es posible esperar más que disparates.

Como alimentación estoy sujeto a un régimen bastante amplio, pues como casi de todo. Lo único en que hace hincapié el médico es en que me evite las emociones. Y a propósito de emociones: el otro día tuve una que me hizo mucho daño. Tú sabes que yo leo poco. Sin embargo, el otro día, estando en el casino de Sóller, que es, por cierto, muy modestito, cayó en mis mano un número de *Blanco y Negro*. Y ¿a que no aciertas con lo que vi? Empezar a hojearlo y saltarme a los ojos el retrato de Margarita, fué todo uno. Otro hombre, de carácter más templado que el mío, hubiera cerrado la revista para no ver aquella imagen. ¿Verdad? Pues yo no supe resistir a la tentación de contemplarla. Y te voy a hacer una confesión: yo miraba a aquella mujer, no con el rencor de los primeros días de nuestra ruptura, sino con una especie de tristeza desesperada. Después de todo—me decía a mí mismo—ella se ha mostrado conmigo tal como es. Me quiso a su manera, como quieren las mujeres ardientes, que al darse al hombre no le dan más que una sensación. ¿Qué culpa tiene ella de ser así? ¿No te parece? El equivocado fuí yo, que puse en la partida más de lo que ella me pedía. La gusté un tiempo, se entregó a mí, y cuando dejé de gustarla buscó su placer en otro hombre. Eso fué todo. Supongo que con el diplomático le sucederá lo propio. Y mira una cosa singular: ¿podrás creer que siento una cierta curiosidad por ver cómo acaba esa aventura? A todo esto, ¿qué pensará el pobre Gavira? ¿Qué clase de hombre es ese marido? ¿Una víctima o un sinvergüenza? Porque a lo mejor juzgamos a la ligera...

Como consecuencia de aquella emoción, al día siguiente me encontré peor de salud. El análisis dió más azúcar. Te advierto que el médico me lo conoció, y se puso muy enfadado. Me ha prohibido leer hasta los periódicos.

En este momento me entregan un telegrama en el hotel. Es de mi mujer. Me anuncia que viene a cuidarme. ¡Dios mío, y yo que me encontraba tan bien solo! De un tiempo a esta parte me escribe unas cartas que saben, por lo dulces, a merengue de convento, y en todas ellas me habla de Dios, de la religión y de la otra vida. ¿Qué le pasa a mi mujer? ¡Misterio! Ponme a los pies de tu costilla, da mil besos a tus nenes y recibe un gran abrazo de tu viejo amigo

JAVIER.



El "tennis" mundial

MUJERES, RAQUETAS, MEDIAS Y AMOR



Dos originales trajes de "tennis", con medias y sin medias

Miss Helen Wills es ya la mujer burguesa con automóvil propio que...

La moral y la moda han entrado en el imperio del *tennis*. Uno de los últimos y más sonados acontecimientos que han conmovido la vida del deporte ha sido la discusión entre *tennis-men*, hombres de *sport*, sacerdotes y madres de familia, acerca de la conveniencia o no conveniencia social de que el *tennis* lo jugaran las señoras con o sin medias.

Tema de inspirada trascendencia, que ha sido bien aprovechado por los modistos londinenses para lanzar a la *coutume* del *sport* múltiples variedades de trajes, en los que vayan bien unidas las exigencias del deporte y las elegancias de la moda.

Ved aquí, en el óvalo, a un par de lindas tennistas inglesas luciendo dos originales modelos de trajes del *court*. La de espaldas, con amplio escote detrás, armazón con visera y medias, claras y finas medias de seda, como aconsejan las madres y los padres honestos. La señorita que está de frente luce, en cambio, turbante sobre las sienes y calcetines, sin medias. ¿Cuál de las dos está en lo cierto de la belleza y la comodidad? La lectora dirá.

Haciendo *pendant* con los dos modelos citados, damos abajo la fotografía de la famosa jugadora americana Helen Wills, la introductora en Europa del juego de *tennis* por damas, sin medias.

Hoy Helen Wills es una casada más, una buena burguesa, con buen *auto*, ricos trajes y variada colección de medias.

Helen Wills con medias.

Lo que puede el amor.

El deporte en el mar y en la tierra

Las ondinas del Támesis y los vencedores de España



Seis bellas nadadoras inglesas en el Támesis.

Es por los primeros de junio cuando oficialmente se abren a las aprendizas de la natación los baños del Támesis. Inglaterra cultiva tan bello deporte con entusiasmo acrecentado año tras año.

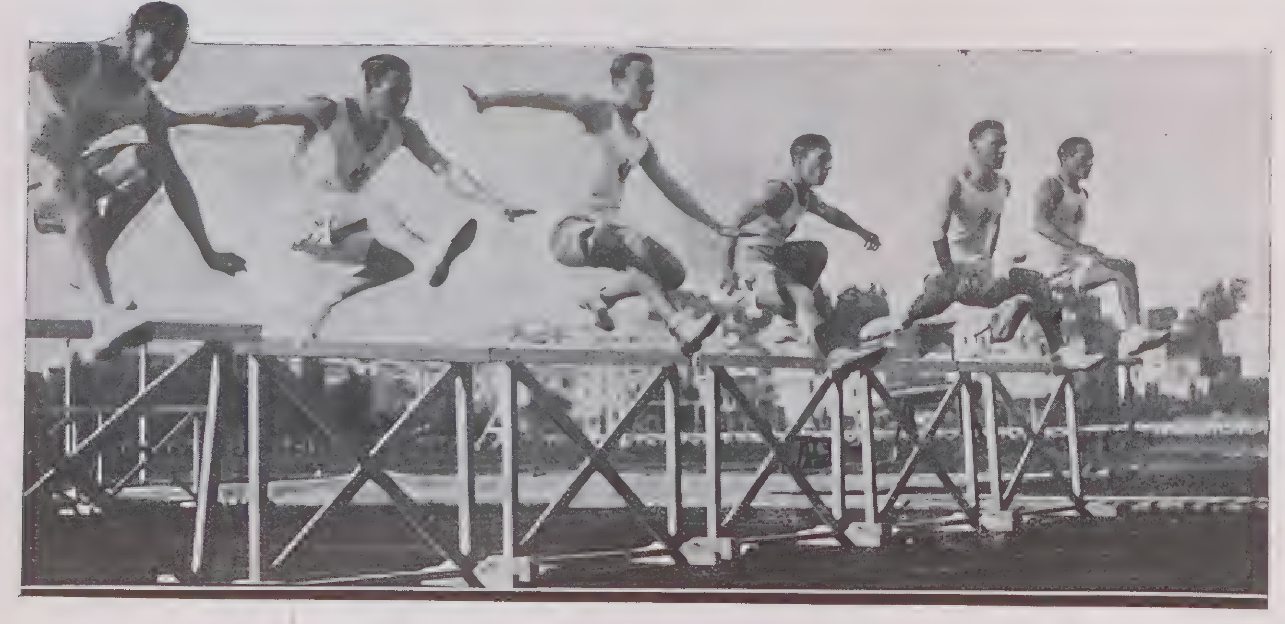
Las lindas *girls* aman el agua con el apasionamiento con que los polacos amaban las batallas; y por el verano, las verdes riberas del Támesis se pueblan de ondinas, que más tarde han de ser las fuertes campeonas de la proeza natatoria, las *recordwomen* de los cien metros de estilo libre y del doble *ower*.

Y, además, se hace deporte con la alegría bulliciosa de la juventud por himno único, entre las notas álgidas de esta canción a la vida, que en el cauce del famoso río parecen entonar estas seis *girls* que se han detenido asombradas ante el objetivo.

* * *

En la parte inferior aparece un momento interesante de los entrenamientos realizados por los atletas italianos, días antes de recibir la visita de los españoles, que supieron de la derrota en la internacional contienda empeñada.

Los italianos ya no son sólo furia suelta, sino que son también método y disciplina. Y a eso obedecen los halagüeños resultados por ellos obtenidos en el *match* Italia-España, celebrado recientemente en Milán.



La preparación de los atletas italianos para su «match» con España.

EL HOCKEY ESPAÑOL



Los señores Marqués de Bolarque y Aguilera con nuestro colaborador Rienzi.

El Presidente de la Real Federación, señor Marqués de Bolarque, dice que el Club del Campo se inaugurará con el match España-Francia.

Y el Secretario, señor Aguilera, hace un estudio comparativo de los nuevos y de los viejos valores nacionales.



HACÍA mucho tiempo que yo quería echar un rato a *hockey* con Bolarque y Aguilera. Pero era tan difícil cogerlos juntos, que ya empecé a desesperar. Lo más molesto que hay en la vida es un hombre modesto de verdad. Así es que dos hombres modestos juntos... Ya comprenderéis.

Me dirigía al Presidente de la Real Federación Española de Hockey, señor Marqués de Bolarque.

Y ya se sabía la respuesta:

—Mire usted, ¿por qué no habla usted de eso con Aguilera? Él sabe todo.

Me dirigía al Secretario de la Real Federación, señor Aguilera. La contestación era siempre:

—Eso es más propio del Presidente. El Marqués de Bolarque, con su autoridad, ya le dirá.

Hasta que la casualidad me trajo la noticia de que Bolarque y Aguilera estaban juntos. Como una bala. ¡Sus, y a ellos! Y los pude coger reunidos.

Aguilera junto a mí, y a mi frente el Marqués de Bolarque. Fué todo en tono llano. Aguilera comenzó respondiéndome:

—Internacionalmente considerada, en Europa, se entiende, España está en lo que pudiéramos llamar en el segundo del *hockey*.

—¿Y en el primer plano...?

—En el primer plano, Alemania e Inglaterra. Luego ya estamos en el segundo Bélgica, Holanda, España, Francia, Suiza, Austria, etc., por este orden.

—Pero el equipo español que jugó en la Olimpíada de Amsterdam y ahora en Bruselas, ¿es, efectivamente, el mejor que podemos hacer?

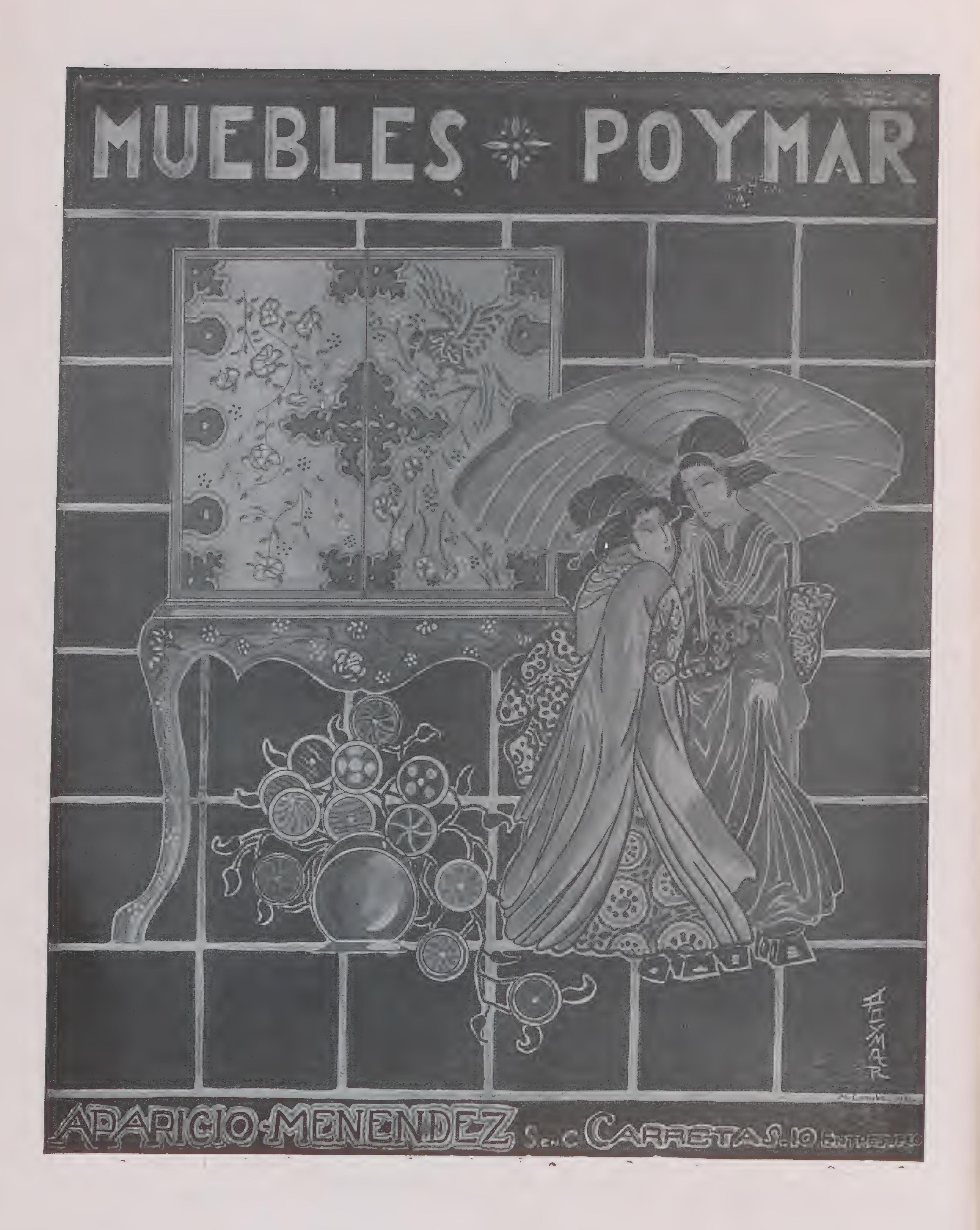
Hay una pausa, y el Marqués de Bolarque interviene para decir:

—Como el *hockey* en España es *amateur*, el seleccionador, tanto para Amsterdam como para Bruselas, hizo el mejor conjunto posible.

—España acudirá a la Olimpíada de Los Angeles, ¿verdad?

—Precisamente hoy se está tratando en el Congreso Olímpico de Berlín por la Federación Internacional de Hockey el no acudir a la Olimpíada de Los Angeles y celebrar, en cambio, un campeonato internacional en París.

Aguilera agrega:


MUEBLES POYMAR
POYMAR
APARICIO-MENENDEZ S. en C. CARRETAS, 10

El hockey español

—Para Los Angeles hay grandes dificultades de desplazamiento. Hay que tener en cuenta que la mayoría de nuestros jugadores son estudiantes y no pueden hacer un viaje de dos meses.

—El *hockey* aun no apasiona como el fútbol.

—No. Es que no es espectacular y no entretiene a la muchedumbre.

—Es posible que sea por eso.

—Por eso es. Además, como ha dicho un ilustre miembro de la Internacional, no conviene que el *hockey* sea espectacular para que no pierda su condición de deporte verdad.

—Y de próximos partidos grandes, ¿hay ya concertados?

El Marqués de Bolarque me dice:

—Hasta ahora el único partido internacional comprometido es contra Francia, en Madrid.

—¿Y campo?

—Pues en él inauguraremos el campo de deportes del Club del Campo.

—¿La nueva Sociedad?

—La nueva. En ella esperamos que comience el reflorecimiento del *hockey* central.

Tengo una evocación, un recuerdo, y digo:

—Parece que esté viendo a nuestros muchachos jugando contra Bélgica en el Stádium de Amsterdam.

—Hermoso partido aquél.

— Y habrá mejorado nuestro juego, ¿no?

Aguilera afirma:

—Desde Amsterdam, mucho. Tanto en conjuntos como en individualidades; pero más en esto último, porque se aprendió mucho de los indios.

—¿En Madrid se juega mucho?

—Bastante; pero se juega más en Barcelona. Las regiones llevan este orden de juego: Cataluña, Centro, Norte y Levante.

—¿Y de valores nuevos...?

Aguilera se incorpora un poco. Habla con gran entusiasmo. Con gran vivacidad responde:

—¡Muchos! En Cataluña está Bienvenido, un muchacho modestísimo, *amateur*. Es un gran jugador. Rápido, elástico, seguro; aunque su puesto es de medio izquierda, en Bruselas jugó de medio centro y llamó la atención. También el catalán Turruella está muy bien. Es un delantero velocísimo.

—¿Y Juan Becerril?

—¡Hombre...! Juan Becerril. Capitán del equipo español. Ya lo creo. Tiene un juego fuerte, pero seguro. Es esencialmente inteligente Becerril. El último partido que ha jugado lo ha hecho siendo ya juez de instrucción de Lerma. Un gran deportista. También Bernabé Chavarri es notabilísimo.

—¿Y de los viejos?

Aguilera calla y Bolarque ilustra:

—De los viejos no quiere hablar, porque él fué uno de los grandes «viejos».

—Ya, ya lo sabía.

Entonces ataja Aguilera:

—Yo he tenido una gran afición. Pero de los pasados, no de los viejos, ahí está Fernando Torres, el que fué formidable medio centro del once nacional. Y Manolo Gomar, mi compañero.

—¿De juego?

—De juego, sí. Durante ocho años formamos juntos una defensa, y durante esos ocho años, uno al lado del otro, no perdimos ni un campeonato de España ni un partido internacional de los que jugamos.

Hay otra pausa larga. Nos miramos en silencio. Aguilera se da una palmada en la rodilla y, levantándose, dice con cierta resignación:

—¡Bah! La verdad es que nos vamos haciendo viejos. ¿Para qué ir con rodeos?

Y tiene razón Aguilera; pero...

RIENZI.





La mujer y el deporte

La vida al aire libre en Inglaterra

Músculos y raquetas en primavera



Miss Howes es conducida en hombros después de su triunfo en los campeonatos atléticos de Perivale

Miss Eileen Bennett es una de las más famosas tennistas inglesas. Vedla en el grabado elástica y fácil en una bella actitud, peculiar en los «isouts» de Wimbledon

La costumbre nueva, ese dinamismo que el progreso ha impuesto al mundo moderno, no reconoce categorías ni sexos. Pudiera decirse que el deporte, en su mismo propósito de universalización, cubre, con idéntico designio, la vieja fragilidad de Eva, que el esfuerzo vigoroso del hombre.

La Tierra toda es un inmenso Estadio, y en él, para agrado de la mirada atenta y fruición de un sentimiento de belleza, resuenan voces de mujer.

Son los coros de lo clásico muerto y redivivo, que para una última reencarnación de lo bello y artístico aun buscan una tremante forma de mujer.



MARMON

Ha sido siempre uno de los grandes creadores de modas en automóviles y en los adelantos técnicos de éstos.

He aquí los factores que Marmon cita como su contribución más importante en la actualidad: Todos los Marmon son coches de ocho cilindros en línea, cada uno de ellos con más potencia * * * Todos los Marmon son de gran amplitud y de gran lujo interior * * * Todos los Marmon reflejan perfectamente la tradición de Marmon en elegancia y buen gusto * * * Este automóvil, honrado por el tiempo, se ofrece ahora en cuatro nuevos modelos de



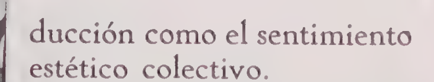
ocho cilindros en línea, en cuatro categorías de precios: El Gran Ocho, el "Ocho 79", el "Ocho 69" y el Marmon Modelo R. (El de la ilustración es el Marmon Gran Ocho)

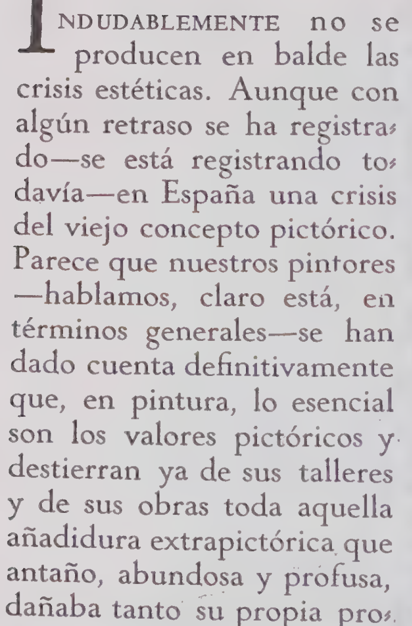
Marmon Motor Car Company, Indianapolis



EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES 1930

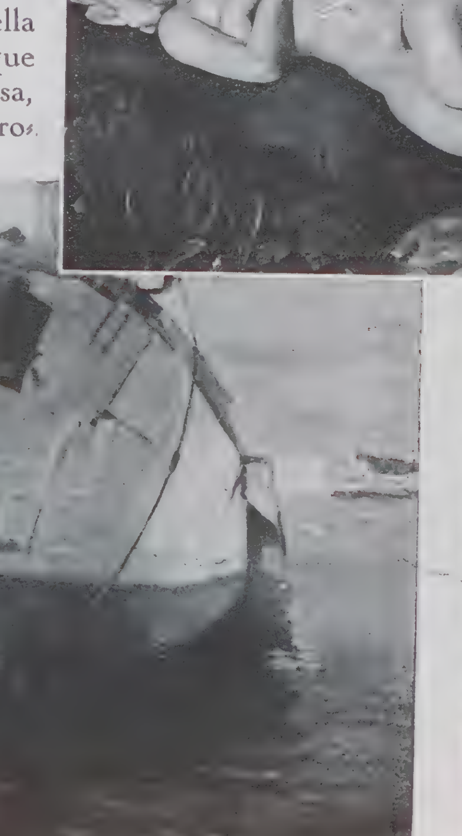


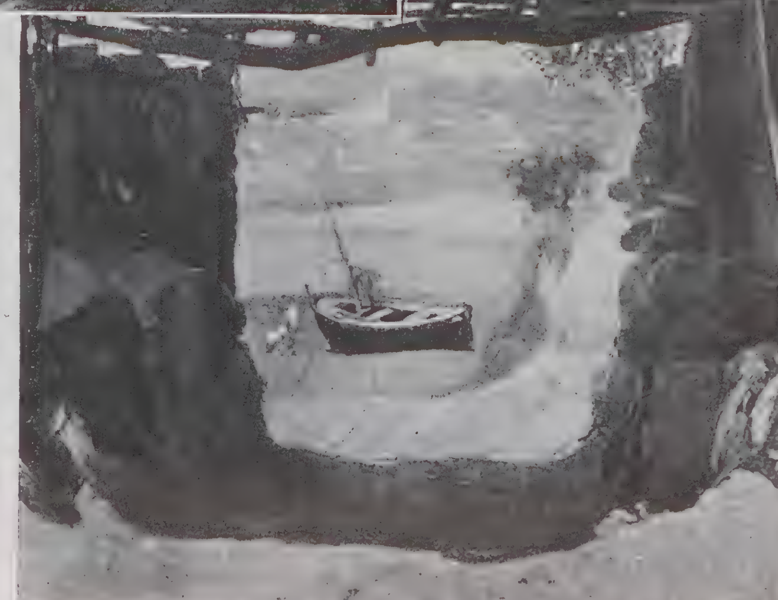




Indudablemente no se producen en balde las crisis estéticas. Aunque con algún retraso se ha registrado—se está registrando todavía—en España una crisis del viejo concepto pictórico. Parece que nuestros pintores—hablamos, claro está, en términos generales—se han dado cuenta definitivamente que, en pintura, lo esencial son los valores pictóricos y destierran ya de sus talleres y de sus obras toda aquella añadidura extrapictórica que antaño, abundosa y profusa, dañaba tanto su propia producción como el sentimiento estético colectivo.

Hoy se atiende en la pintura primordialmente, esencialmente, la verdadera valoración pictórica. Como es natural, al limitar a sus términos estrictos el arte, gana éste en profundidad, pero también — aunque parezca paradójico — en extensión. Reintegrada a sus propios valores, desasida de todos los apuntamientos literarios, disciplinada en su propia libertad, la pintura readquiere la posesión de sí misma.





Inválido, de Verdugo Landi.

País del Sur de José Aguiar

Cobertizo, de Francisco Llorens.

La actual Exposición Nacional—equilibrada y ponderada en su conjunto—subraya esta nueva significación de la pintura española. Son escasos, por no decir inexistentes, los cuadros de *argumento*, las lucubraciones más o menos literarias; la obra pictórica aspira a interesar y convencer por sí misma, por la eficacia de sus valores pictóricos, sin acudir a interpretaciones esotéricas o la postiza emoción adventicia lograda por medios y recursos extrapictóricos.

Junto a esta tendencia—afortunadamente generalizada—no deja de asomar tampoco—algunas veces con positiva excelencia—aquella otra, de modernidad clásica, por decirlo así, según la cual el viejo concepto de *ventana abierta en el muro* se sustituye lisamente y llanamente por este otro concepto, profundo y claro—que tan bien ha definido Franz Roh—de *cuadro colgado en la pared*.

De la coincidencia de estas dos orientaciones básicas que, pareciendo opuestas, mutuamente se completan y fortalecen, nace, en definitiva, la esencia del arte moderno.

Conviene, por tanto, ante todo, frente al vasto conjunto de la Nacional, hacer constar que, todavía con demasiada exigüidad, pero innegablemente, se advierte esta *media vuelta* iniciada por la pintura española. No olvidemos que cuando haya dado la *vuelta en redondo* estará de cara a su verdadera redención.



Gaditana, E. Romero y Romero

Obsérvese, para robustecer esta impresión primera y fundamental, cómo entre las cuarenta o cincuenta obras que pueden señalarse como sobresalientes están las que, de un modo consciente y decidido, obedecen en su impulso y en su realización a esos postulados a que acabamos de aludir.

Ejemplos:

Las obras—realmente magníficas, delicadas y robustas a un tiempo mismo—de Aguiar, prodigio de color y de gracia. Los dos bellísimos cuadros de Ricardo Baroja. La revelación interesantísima de Timoteo Pérez Rubio, que aporta, con un sentido pictórico puro, una técnica llena de seguridades. Los envíos de Vázquez Díaz, Berdejo, Souto, Pelegrín. Aquella otra revelación, fuerte y recia, de Valverde—uno de los casos más interesantes de esta Exposición—. El arte robusto, *vertebrado*, por así decirlo, en la propia libertad de su arbitrarismo, de Calsina. Los aciertos conseguidos en una tendencia tradicional, pero con nuevo y avanzado ahinco, por Cancio y Pedro Antonio y algunos otros artistas.



Paisaje con animales, por Timoteo Pérez Rubio

Permítaseme separar, como ejemplo básico, la aportación de la pintura catalana. Precisamente—no sólo por sus valores positivos—sino porque en ella, la buena tendencia, la *doctrina* moderna, el verdadero concepto pictórico, son realidades añejas. Ello explica sin duda esa excelencia, que no parecerá exagerado ni parcial afirmar aquí, puesto que unánimemente ha sido reconocida.

El paisajismo catalán, con Joaquín Mir, el maravilloso, a la cabeza, y que es, hoy por hoy, el máximo paisajista de Europa, da en la Exposición actual—más mediocre, en conjunto, de lo que sería de desear—su nota de supremacía. Basta—no consiente el espacio otra cosa—citar algunos nombres: Mallol, Labasta, Galwey,



La musa del artista, por José Pérez Lejo



Estival, por Otero y Camps

Rusiñol, Vela Puig, Meifren, Carles, Raurich, Pascual, Llop, Cabanyes, Mercadé, etc. Las salas donde están agrupadas las obras de estos artistas y aquella otra, en la que el criterio sutil de un excelente Jurado de admisión ha reunido las de nuevas tendencias, han redimido con su *tono* y sus valores la mediocridad de la Exposición Nacional.

Hay que citar todavía a Muntané, cuyo retrato de muchacha es un prodigio de acierto; a Pantorba, que demuestra un avance positivo y rotundo, con la mejor orientación; a Juan Luis, más afirmado en su nueva tendencia; a Nicolás Sona, que presenta un cuadro lleno de vivacidad pictórica; a Serra Farnés, a Cristóbal Ruiz.

Y, finalmente, quisiera dedicar sendos párrafos aparte a José Gutiérrez Solana y a Eugenio Hermoso.



Busto de mujer, Pérez Comendador.

Solana, con la fuerza y el ímpetu de siempre, expone tres obras características. Las indiscutibles y enormes condiciones pictóricas de este gran artista resaltan en ellas, agresivas y violentas, pero con la perdurabilidad segura y *serena* de las cosas bien logradas. En el fondo—y a pesar de su recio valor, de su suasoria fortaleza—Solana está, con todo respeto lo digo, dañado por la debilidad truculenta del asunto. Se entretiene en malabarismos crueles.

Eugenio Hermoso no está, sinceramente lo digo, bien representado en la Exposición actual. Alguno de sus cuadros recientes adolece de amaneramiento, aunque los otros dos mantienen el nombre ilustre del artista en su claro prestigio bien ganado.

* * *

Rápidamente puede hacerse un resumen de la Sección de Escultura.

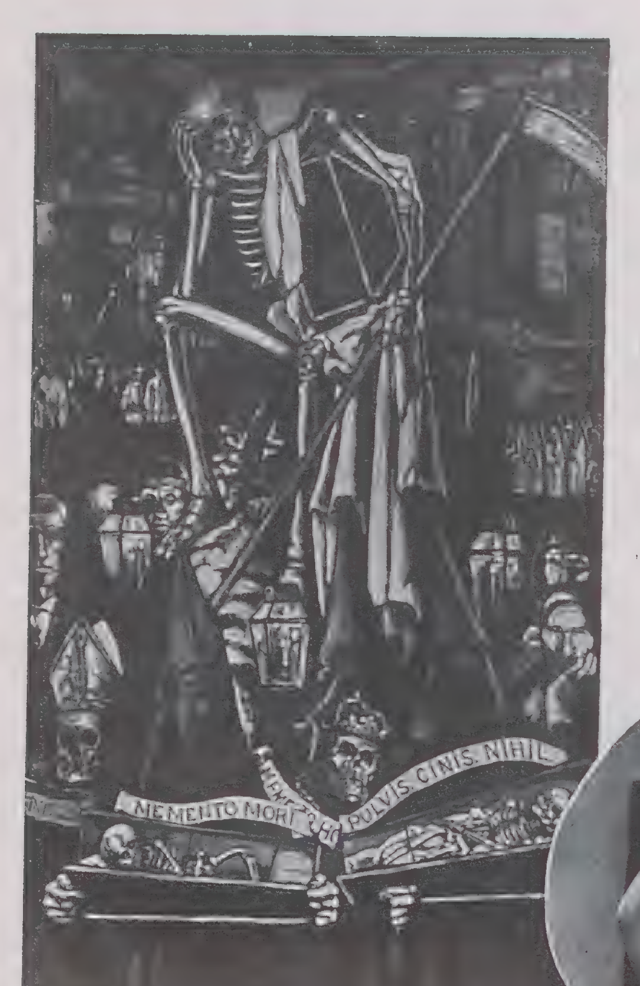
En conjunto, ni la cantidad ni la calidad alientan esperanzas y suscitan elogios. Parece que los escultores se han retraído. Y la lástima es que no les hayan imitado algunos de los que han concurrido. Claro está que éstos podrán reírse de esta afirmación cuando se hallen en posesión de la primera medalla, que, sin duda, se otorgará a su rutinaria



Pueblo sobre el Ebro, por Mir.



Claustro, por Santiago Rusiñol.



La procesión de la Muerte, por José Solana.

contumacia o a su obcecada ceguera.

Destacan, desde luego, ventajosamente en la Sección de Escultura las dos tallas policromadas, en madera, de Pinazo Martínez, muy notables y muy dentro del verdadero concepto escultórico, y las obras de Otero, Dunyech, Núñez, Vives y Huerta.

Eugenio Hermoso exhibe también dos esculturas que revelan los grandes aciertos a que puede llegar en este arte.

* * *

Tampoco es cosa mayor la Sección de Arte decorativo, en la que señorea con indiscutible superioridad de excelencia el *Oratorio* expuesto por Federico Marés. El joven escultor ha realizado, dentro del más moderno y acertado canon estético, y con obediencia a los mejores dictámenes del Arte decorativo, una gran obra, fuerte, bella, adecuada y exquisita.

Le acompañan en el acierto el joyador Remacha, a cuya obra de verdadera restauración del arte de joya quizá no se le ha concedido toda la importancia que tiene, y Marín de la Arena, maestro indiscutible, artista perfecto en el repujado del cuero.

Son también dignos de especial señalamiento Peyró y Guardiola, con el acierto de sus cerámicas; García Bañús, por sus esmaltes, y León Astruc, Hidalgo de Canedes, Souto, Solís Avila, Angeles López Roberts, Luis Bea, Esteve Botey y Muntané, por dibujos, carteles, etc.

Talla, de Pinazo.

En realidad—aparte las alusiones hechas y algunas otras—las artes aplicadas han tenido escasa representación. Escasa y errónea. Porque, evidentemente, erraría quien juzgase por ella el estado actual de las artes decorativas en España.

Conviene insistir en esto. Tengo la convicción de que, en efecto, es muy superior la realidad a esta exhibición.

Pero—aunque se hable menos de ello—el retraimiento de los artistas decoradores y su ausencia de la Nacional está más justificado que los de ningún otro artista.

La poca consideración en que se les ha tenido y el amontonamiento con que se han solido colocar sus obras sin el indispensable mínimo de buenas condiciones, son bastantes a justificar la peor desgana y el máximo desaliento.

Por nuestra parte creemos, por el contrario, que cada dos años debiera celebrarse una Exposición Nacional de Arte Decorativo.

No es este el momento de defender esta propuesta. Pero no renunciamos a hacerla en su día.

* * *

Como colofón a estas notas informativas, sin pretensiones de crítica, debe figurar un elogio al Jurado de admisión y calificación; por su generosidad; por el acierto rotundo de la colocación, en circunstancias tan difíciles; por haber mantenido el criterio de no ofrecernos la *sala del crimen*; por haber seguido también la orientación de dividir en salas el *palacio de cristal*; y, finalmente, vaya un aplauso al representante del ministerio, señor Martínez de la Riva, a cuya iniciativa se debe que, por primera vez, haya editado por su cuenta el ministerio de Instrucción pública el Catálogo de la Exposición.

RAFAEL MARQUINA



Don Ramiro, de Salaverría

SITIOS REALES DE ESPAÑA



EL PALACIO DE CARLOS V, DE GRANADA

En el año 1526 llegó a Granada el Emperador Carlos V, aposentándose en la Casa Real árabe, y agradándole de modo extraordinario la ciudad y sus maravillas, pensó construir un Palacio digno de albergar su regia persona. Al siguiente año, 1527, se iniciaron los trabajos dirigidos por el famoso arquitecto y pintor Pedro Machuca, empleándose para la edificación parte del tributo que los moriscos pagaban para que se les permitiera conservar sus usos y costumbres.

Machuca es el director de la obra durante veinticuatro años, poniendo todo su esfuerzo y actividad en la gran empresa, logrando ver terminadas las fachadas, a excepción del ángulo del NE., y los muros principales, las bóvedas subterráneas y la mayor parte de una de las portadas. Al ocurrir su muerte en 1550 se encarga de proseguir el Palacio su hijo Luis, digno sucesor de la obra paterna, conservador fiel de su técnica y estilo, pudiendo resistir dignamente la comparación con el primitivo trabajo la labor realizada por él. Faltaba muy poco tiempo para enrasar los muros cuando ocurrió la terrible rebelión de los moriscos, que sembró la intranquilidad en todos los espíritus. El territorio granadino era testigo de una cruenta lucha que iba a vencer poco después el animoso D. Juan de Austria. La obra se suspendió en 1568, y cuatro años más tarde murió Machuca sin dejar digno sucesor.

Juan de Herrera en 1580 dió instrucciones al maestro mayor Juan de Orea para proseguir las obras; pero una muerte prematura terminó con el intento; le sucede en el cargo Juan de Mijares, quien nombró aparejador a Juan de la Vega. Y entonces se terminaron las fachadas, la bóveda del zaguán principal y otras partes importantes.

Fachada de Levante del Palacio de Carlos V, de Granada.

A partir de 1612 prosigue la empresa Pedro Velasco, que muere en 1619, y le sucede Francisco de Potes, que, por su carácter y escasez de conocimientos, encontró numerosas dificultades que repercutieron en la lentitud de los trabajos, transcurriendo bastantes años sin considerables avances.

El Palacio es cuadrado y mide 63 metros de longitud por 17,40 de altura. La parte del piso bajo está construído de obra rústica o almohadillada, con pilastras toscanas, y en los espacios intermedios existen ventanas cuadrangulares y redondas. El segundo cuerpo es de orden jónico y entablamento corintio; teniendo sus pilastras en sus pedestales los emblemas de Carlos V, y los balcones con guirnaldas de flores y frutas, y cornisas que sostienen ménsulas y rematan alternativamente en frontones con granadas o en angelillos y jarros.

Excepcional importancia tienen las portadas, especialmente el cuerpo bajo de la occidental, comenzado en 1551 y terminado en 1563. De orden dórico y con cuatro grupos de a dos columnas acanaladas, con bellos adornos en sus capiteles y en sus basas; el entablamento tiene trigliflos y metopas, y las estilobatas tienen cornisas del mismo orden. Los bajorrelieves se repiten con simetría a uno y otro lado, representando los del centro el triunfo de la Paz con mujeres con ramas de olivo, que sostienen las columnas de Hércules; también hay geniecillos quemando armas dispersas por el suelo y dos famas que vuelan tocando largas trompetas, probable alusión a la paz con el rey de Francia. El resto de los relieves ofrecen una gran variedad. Representaciones de luchas enconadas, que acaso sea la famosa batalla de Pavía. Los relieves del lado izquierdo son obra de Juan de Orea, que acaso trabajase sobre los diseños que le fueron proporcionados por Pedro Machuca. La gran puerta central está adornada con molduras, y a sus lados existen racimos de frutas, bellamente esculpidos por Juan de Cubillana; encima hay una cornisa y un frontón angular con medalla en su tímpano, obra de Leval, así como unas ágiles y graciosas estatuas de mujer con alas y una granada en la mano, simbolizando acaso la ofrenda del Palacio de Granada al Emperador, nieto de sus conquistadores, los Reyes Católicos.

En los postigos de los espacios laterales existen varios grupos de frutas; en los tímpanos hay medallas con cabezas de perfil y encima niños que sostienen festones de frutas, y sobre todo esto varios relieves circulares con caballeros flamencos, labrados por Leval.

Otra de las portadas es más estrecha y su parte baja se terminó en 1538, constando de cuatro columnas de orden jónico, que apoyan el entablamento con un friso con una inscripción con el nombre del Emperador Carlos V. La puerta con pilastras jónicas, cornisa y un frontón con figuras en relieve que simbolizan la Victoria y la Fama, en compañía de pequeños genios que entregan coronas al vencedor; el tímpano posee un relieve esculpido por Nicolao de Corte. El cuerpo superior es de mármol de Elvira y tiene columnas corintias sobre pedestales, con excelentes relieves que representan a Neptuno en su carro, el rapto de Anfitrite y genios cabalgando sobre caballos marinos, que simbolizan la célebre toma de Túnez y el predominio marítimo del Emperador.

En la portada principal existe un hermoso zaguán con pilastras dóricas y hornacinas, y una bóveda trazada por Juan de la Vega en el siglo XVI.

El patio del Palacio de Carlos V merece estudiarse y admirarse por todos los amantes del arte y de las bellas emociones. Los entusiastas del Re-



ALHAMBRA.—Palacio de Carlos V.

nacimiento tienen en él uno de sus ejemplares más típicos y extraordinarios. Lo forman un gran círculo de treinta y un metros de diámetro y un ancho pórtico con treinta y dos columnas dóricas. La pared está adornada con pilastras, arcos, puertas y hornacinas. El constructor de esta obra extraordinaria y maravillosa fué Luis Machuca, el hijo del primitivo constructor del Alcázar, que utilizó los elementos del proyecto ideado por su padre. Primeramente se había pensado utilizar el mármol blanco para la construcción de las columnas; pero posteriormente se varió de opinión y se hicieron con elementos sacados de la cantera de pudinga que existe cerca de Loja, en el Turro. En igual clase de piedra fueron labradas las columnas de estilo jónico del piso alto. El corredor se encuentra sin techumbre, y el entablamento de su columnata forma un anillo que permanece firme, después de varios siglos de haber resistido hielos y terremotos.

La escalera principal es obra de Fernández Lechuga, habiéndose terminado en el año de 1635. Las habitaciones son casi todas amplias, como correspondía a la regia mansión para que fueron destinadas, y estaban cubiertas por techos de madera, salvo alguna del piso bajo, donde se acusan claramente impostas para bóveda de cantería. Al lado de ésta, existe una escalera por donde se descendía al antiguo Palacio árabe.

Interesante es la habitación destinada al culto; de forma octogonal, mide catorce metros y medio. Por bajo de esta capilla hay un subterráneo de idéntico tamaño, donde se entra por el patio de Comares, con una gran bóveda. La cimentación de esta parte es del año 1538, habiéndose terminado la bóveda a los cuatro años, alzándose posteriormente las paredes, llegándose en 1599 a la cornisa.

Este edificio se considera como cumbre en la arquitectura del Renacimiento español y aun del europeo, en el que no tiene rival fuera de Toscana y de Roma. Es el primero que se construye exento de goticismos, ajustándose más al estilo italiano que al pintoresco plateresco hispano.

Su disposición es rara en un aspecto que rompe las tradiciones propias de esta clase de edificaciones y altera su característica armonía. Casi todas ellas tienen de la misma planta su forma exterior y su patio; así, por ejemplo, entre otros muchos, el Palacio de Caprarola, en Italia, es de forma externa y patio pentagonal, y el castillo de Bellver, en Palma de Mallorca, tiene su exterior e interior circular. Y èste de Carlos V rompe estas normas tradicionales, y al lado de su planta, que forma un cuadrado de 63 metros de lado, posee un patio circular, que ya hemos anteriormente reseñado. Y el capricho personal del artista constructor ha dado por resultado una planta inarmónica con las consiguientes dificultades de acoplamiento del patio, a pesar de la extraordinaria habilidad desplegada para los aprovechamientos de los ángulos internos para las escaleras.

Las fachadas tienen una primera planta tratada basamentalmente por hiladas almohadilladas, fuerte y acentuada, y una principal, de columnas jónicas resaltadas y huecas con guardapolvos, y cuerpos centrales, en los que luce el motivo de composición que tanto agradaba al famoso Bramante: el hueco de medio punto, apeado por columnillas, con sendos ojos de buey en los tímpanos. La severidad arquitectónica se encuentra templada con magníficos bajorrelieves y figuras labradas por diversos artistas: Corte, Orea y Leval, entre otros.

Los planos originales de esta interesante obra fueron adquiridos hace unos cuantos años por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, y cuidadosamente se conservan en la Real Biblioteca de Madrid, habiendo sido reproducidos por D. Vicente Lampérez. Es muy interesante su estudio, porque permite darse exacta cuenta del pensamiento original del artista, que no pudo ver terminada definitivamente su obra. Sin embargo, ya desde el siglo XVI se admiraba la obra, y el poeta Espinel nos hablaba de este Palacio, "fábrica admirable del gran Machuca".

Admirable es la impresión de conjunto que produce el Palacio del Emperador Carlos V. La obra de Pedro de Machuca ha sabido resistir firme los siglos, y en todos ellos y en el presente no ha dejado de recibir la admiración de eruditos, artistas y enamorados del Renacimiento.

Machuca supo hacer que su obra estuviera libre de influencias ojivales y del ornato plateresco, y conservó las máximas renacentistas en su pureza. Sus motivos decorativos, frecuentemente realistas, frutas, cintas, niños, etcétera, producen impresión de una gran naturalidad. En detalles y en conjunto es una de las grandes manifestaciones del arte español este Palacio debido al Emperador Carlos V, digno de sus hazañas y de sus glorias, en perfecta armonía con el gran siglo XVI, pleno de Historia y de Arte.

Este edificio cumbre se caracteriza especialmente por la majestad de la obra, y responde plenamente a la idea de Carlos V al ordenar en el año 1526 su construcción cuando llegó a Granada en compañía de su esposa Isabel de Portugal.

Al lado de las maravillas de la Alhambra, que evocan varios siglos de Historia y de Arte, no desmerece la obra del Emperador.

(Fotografías y texto proporcionado por el Patronato Nacional de Turismo.)

GRAMOLA UNIVERSAL

CON LA MUSICA A OTRA PARTE

PANORAMA Y RESEÑA

SIN duda el acontecimiento musical más importante acaecido en estas últimas semanas ha sido el estreno en Berlín de la ópera *Cristóbal Colón*, de Paul Claudel (libreto) y Darío Milhaud (música). Ya tan sólo por la calidad de estas firmas era importante el acontecimiento. Pero otros muchos motivos lo rodeaban de expectación. Y queremos dejar aparte, al referirnos de un modo concreto al *espectáculo*, la singularidad de la figura del protagonista, hoy tan discutida y asendereada. Poco ha influído esta circunstancia, en efecto, en la realidad del suceso.

Apresurémonos a decir que la obra *Cristóbal Colón*, estrenada en la Opera de Berlín (Unter den Linden), no logró la entusiasta aquiescencia unánime del auditorio. A los aplausos de muchos se unieron las protestas de no pocos. Muchas causas contribuyeron al ruidoso desacuerdo. Y es interesante examinar el caso, porque. en realidad, la obra de Claudel y Milhaud, montada con gran arte y rumbo, ha sido un primer intento serio de renovación del *espectáculo* —esta palabra tiene, en este caso, máxima importancia— musical de la ópera propiamente dicha.

Podríamos establecer un cierto paralelismo espiritual y remoto entre esta hazaña renovadora y el impulso de transformación que dió al espectáculo operetístico el genio de Ricardo Wagner.

Una idéntica intención ha conducido ahora a una ideología pareja. En prueba, véase lo que el gran poeta Claudel, autor del libro de *Cristóbal Colón*, ha escrito, entre otras cosas, a propósito de esta obra:

«El coro, en mi obra, juega aproximadamente el mismo papel de la Prensa del mundo entero cuando un gran acontecimiento, un descubrimiento, las declaraciones de un hombre de Estado, provocan una enorme ebullición de discusiones y comentarios. Esta manera de entender el drama señala el papel reservado a la música. La gloria de Ricardo Wagner fué comprender que todo lo que es sonoro, desde la palabra hasta el canto, está ligado por lazos sutiles, y que la música es inherente a todo lo que se realiza en el tiempo, ya se limite a imponer un ritmo, ya lo colore paulatinamente con timbres diversos o lo transporte a la vasta y desplegada plenitud de la orquesta y del canto.

Michaud y yo hemos querido mostrar cómo el alma llega poco a poco a la música, cómo la frase salta del ritmo, la llama del fuego, la melodía de la palabra y la poesía de la realidad más grosera, y que todos los medios de expresión sonora se reúnen en un solo torrente, a la vez diverso e ininterrumpido.»

Siguiendo este ritmo musical vario y cambiante, se ha ideado el



Raquel Meller en «La Revue de la femme»

Con la música a otra parte

decorado y, en general, todo el aspecto exterior y plástico del espectáculo. Se ha huído de la escenografía fija; se han utilizado elementos hasta hoy poco frecuentes en el teatro. La compleja fórmula de arte de que procede la obra de Claudel y Milhaud ha exigido, para la realización, la ayuda de las más audaces innovaciones de la maquinaria, de la luz y hasta la colaboración del cinema. La Opera de Berlín ha sabido, en este punto, hacer las cosas. Su director, Frantz Ludwig Horth, ha combinado una admirable fiesta de los sentidos. Y si la obra no ha constituído un éxito, el espectáculo puede calificarse de extraordinario.

En orden a la presentación escénica y a la estética del *espectáculo*, considerado como tal, el estreno de *Cristóbal Colón* (admirablemente cantado, además, por la señora Delia Remhardt y por el barítono Scheidl) señala quizá el iniciamiento de una nueva época.

* * *

En Génova ha muerto hace pocas semanas Ivonne de George, una de las cancionistas de más espíritu y de más popularidad entre las que modernamente han logrado justo renombre en Francia, donde el arte de la canción, que aquí llamamos *ínfimo* o *frívolo*, tiene verdadera categoría.

Ivonne de George, considerada como una cancionista realista, llevó a su arte una honda sinceridad cordial y un profundo sentimiento humano. En su voz, grave y bella, temblaba la emoción de los grandes dolores, y empapada en patética sentimentalidad, su canción era, bajo el cielo que sonreía en las pupilas azules de la artista, una expresión viva de la realidad. *Pars*, *A Valparaíso*, *Prisonnier de Nantes* fueron, entre otras muchas, sus creaciones más celebradas.

Un largo momento de su vida, Ivonne de George fué el verbo dolorido de París. Supo, sin embargo, poner sobre el descarnado realismo de su arte—muy por encima de él—el consuelo gentil de su gracia aprendido sin duda en el secreto de sus pupilas, ávidas de azul de cielo. Unía, por tanto, la cancionista que acaba de fallecer la gracia al vigor, y su arte ahincaba en el éxito gracias a la robustez de estas hondas raíces.

Sorprendía por el verismo de sus incorporaciones, por el sello de autenticidad vital y humana que lograba imprimir en el breve espacio de una canción exigua a los tipos que interpretaba. Había, en efecto, en sus interpretaciones una naturalidad impresionante. Cuando cantaba, se diría que Ivonne daba expresión a la vida. No era eco ni reflejo; era algo más: realidad y creación.

Ella misma había confesado que gustaba sumergirse en el espectáculo de la vida natural, donde arrancaba la autenticidad de sus modelos.

Hace algunos meses se ensombrecieron las celestes claridades de sus grandes ojos, palideció el rostro y una ala de melancolía batió siniestra amenaza sobre la prestancia gentil de la artista.

Ahora la amenaza se ha cumplido. Lejos de su país, pero frente al mar que ella adoraba, Ivonne de George ha muerto. Desaparece con ella una de las últimas grandes figuras de la canción. Una animadora de realidades.

* * *

Una nueva ópera italiana, *Lo Straniero*, de Pizzetti, estrenada en Roma, en el teatro de la Opera.

Todo buen aficionado a la ópera recordará, sin duda, el nombre del maestro Pizzetti, autor de *Debora*, *Fedra* (libreto de D'Annunzio), *Pisanelle*, *Fra Gherardo*, etc.

En *Lo Straniero*, Ildebrando Pizzetti ha querido ser su propio libretista, hemos de suponer honradamente que como un esfuerzo más para llegar a esa suspirada unión y armonía que se exige, como ideal perfecto, en la obra musical.

Si ha existido, este intento ha quedado frustrado en la ocasión presente. Con absoluta unanimidad reconoce la crítica italiana que como libretista no ha logrado el maestro Pizzetti el acierto exigible. En general su libreto decrece por culpa de una frondosa y vasta monotonía narrativa. Largas recitaciones interpoladas con demasiada frecuencia en la vivacidad del diálogo hacen lánguida la acción y falta de agilidad la peripecia escénica que se arrastra lenta y sin relieve, en un ambiente bíblico, en la época de los reyes pastores. Hasta tal punto la monotonía y la languidez dañan la totalidad del libreto, que alguien ha podido afirmar que más que una *ópera* parece un *oratorio*.

En cambio, y para gustosa y grata compensación, la victoria musical de Pizzetti ha sido completa y rotunda. Más de dieciséis veces se ha visto obligado a aparecer en escena, al final de la obra, la noche del estreno, para recoger los aplausos entusiastas del auditorio, a los que la crítica italiana ha añadido, con más o menos regateos, elogios y encomios.

Lo Straniero pertenece a la misma lírica y a idéntica tonalidad operetística de *Fra Gherardo* y *Debora*. La paternidad de las tres óperas aparece clara y manifiesta.

La nueva ópera de Pizzetti se inicia con un preludio compuesto por temas que luego se repiten y desarrollan en el transcurso de los dos primeros actos. En esta pieza musical, como en toda la ópera, campean con lozanía la sólida orquestación, la composición vigorosa y la severa austeridad musical que son características en el autor de *Debora*.

* * *

De nuevo vuelve a ser actualidad brillante en París el nombre de Raquel Meller, perfumado de violetas. Su actuación en el Palace, en la *La Revue de la femme d'hier et d'aujourd'hui* ha destacado de nuevo en la pantalla de los bulevares la figura de nuestra gran cancionista.

En París, el centenario del Romanticismo (que, en España, a excepción de unas interesantes conferencias celebradas en Barcelona, ha pasado inadvertido) ha sido subrayado y celebrado de mil modos diversos, influyendo en todas las manifestaciones de la actualidad.

Tributo, en cierto modo, a las fechas aniversarias, ha sido esta revista del Palace que firman los señores Varna, Saint Granier y Earl Lestie, ya expertos en este amable oficio de combinar frívolas visiones y suntuosas realidades.

La *Revista de la mujer de hoy y de mañana*, fluctuando entre dos centenarios, el del Romanticismo y el de Argelia, tiene ocasión de exhibir cuadros típicos y evocadores, entre los que sobresale el llamado «Parade de l'amour», en el cual Saint Granier—en una felicísima imitación de Maurice Chevalier (el cuadro es, además, una parodia de la película *El desfile del amor*) logra uno de sus mayores éxitos. Con este artista de extraordinaria y ágil flexibilidad comparten en esta revista el triunfo escénico las señoritas Hegobum y Lucey y los señores Zelda,. y Conte, y más en primer término la bailarina Doris Niles—que ya ha aplaudido el público selecto de Madrid—, y, además de Cora Pearl, nuestra Raquel Meller, no sólo en un cuadro español—¡inevitable!, sobre todo yendo hacia Argelia—, sino también en otro retrospectivo en que se evoca una función de gala en el teatro Varietés en 1860.

Una vez más Raquel Meller, vendedora de violetas, vengadora de afrentas, áspera y dulce, mimosa y esquiva, ha demostrado en esta revista la ductilidad de su talento y la rica sensibilidad de sus adivinaciones. En la *revue* mencionada llega hasta a cantar en francés.

Juzgando su labor dice un crítico francés:

«La gran artista sigue siendo la gracia misma y nunca fatiga su deliciosa voz tan acariciadora y pura. Quizá las escenas que se han preparado para ella tienen un encanto un poco lánguido, y por muy halagador y gentil que sea para nosotros su esfuerzo para cantar en francés, seguimos prefiriendo a la exquisita Raquel Meller cuando canta las canciones de su país.»

Inútil parece decir que la revista del Palace ha obtenido un gran éxito. Todos los españoles que durante unos meses vayan a París no se olvidarán, sin duda, de ir a aplaudir a la Meller. Entre otras cosas, y aparte las naturales razones de admiración, porque ya es sabido que el español es capaz de andar varios kilómetros en París para hallar un restaurante en que le den de comer «a la española».

CASSANDRINO.



LA CATEDRAL DE TOLEDO
Ese montón de piedras hacinadas,
morenas como el sol que se desploma,
monstruo negro de escamas erizadas,
que alienta luz y música y aroma;
a quien un pueblo inválido rodea
con pies de religión, frente de miedo,
que tan noble lugar mancha y afea,
es catedral de lo que fué Toledo.
JOSÉ ZORRILLA
La Catedral de Toledo, una de las primeras joyas arquitectonicas de España, destaca fuerte y pujante en la tierra castellana. LINCOLN es una joya mundial que destaca única y potente, con sello propio y personalísimo. LINCOLN resume la elegancia, el confort, la suntuosidad, el refinamiento... LINCOLN es el coche señorial y cosmopolita, el coche preferido por la alta esfera social
LINCOLN
Ford
COCHES Y CAMIONES
Fordson
TRACTORES
Ford Motor Ibérica
BARCELONA
TURISMO SPORT, pesetas 48.550
CLUB ROADSTER, pesetas 49.100
CUPÉ DE CINCO PLAZAS, pesetas 49.800
ROLDÓS-TIROLESES S. A.



MI PERRO

Si la miseria por mi puerta entrara,
de tu cariño no rompiera el lazo:
a mí te acercas cuando te rechazo;
mi paso guiarías si cegara.

Dieras el pecho si alguien me acechara;
fiel, me buscas la pieza cuando cazo;
sufres el golpe de mi duro brazo;
odiarías a todo el que me odiara.

Vigilas, receloso, mientras duermo;
no te apartas de mí si estoy enfermo;
lames con gratitud mi avara mano.

Si Francisco de Asís te conociera,
de hermano el nombre, con amor, te diera;
yo no soy digno de llamarte hermano.

CASILDA ANTON DEL OLMET.

Dibujo de Jansen.

COLECCIONES DE ENTRETIEMPO

Las capitas



Traje de seda "façonnée" azul marino, de Luisa Boulanger. Un dibujo fino, brillante anima el fondo mate del tejido.

Traje de crespón romano de tono verde pálido, de Gorin. La corbata es de satén del mismo tono, el cinturón de cuero ocre y los guantes de un tono adecuado.

Traje de crespón de seda estampado en blanco y azul rey, de Irene Dana. La corbata y solapas de la capita son igualmente de crespón, pero de color blanco. El cinturón, que marca el talle bastante alto, es de cuero estampado en azul rey. El traje no tiene mangas.

Era yo un poco escéptica, lo confieso, respecto al asunto de las capitas. Su abundancia misma me hacía temer que las parisienses no se hubieran apresurado demasiado, porque acontece frecuentemente que algunas fantasías mueren a consecuencia de haber sido motivo de un encumbramiento demasiado rápido. Las mujeres verdaderamente elegantes son en verdad muy difíciles de contentar; no las agrada singularizarse adoptando una moda demasiado nueva o demasiado diferente de la precedente; pero a la vez les disgusta igualmente llevar lo que todo el mundo lleva. Resulta de aquí que una moda adoptada demasiado pronto está condenada a no vivir más que algunas semanas, teniendo así la misma suerte adversa que una moda lanzada sin éxito.

Las capas han sido una excepción que confirma la regla; se las ha usado sobre toda clase de conjuntos: sobre los vestidos de jersey, como sobre los de muselina; sobre los abrigos de día, como sobre los de noche. Son igualmente encantadoras a todas horas del día; últimamente las admiré en una de las raras mañanas luminosas de que hemos podido gozar en esta lamentable primavera; encantaba la amable silueta juvenil de muchas parisienses, llevando trajes azules u oscuros, festoneados de blanco, con un cuello parecido que les permitía conservar una silueta delicada y ágil.

La forma de esta manteleta varía extremadamente, procurándose que sea muy llamativa. Algunas están ampliamente abiertas

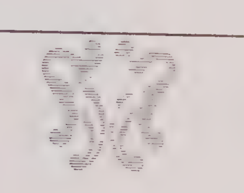
Un conjunto de noche, de Jean Patou

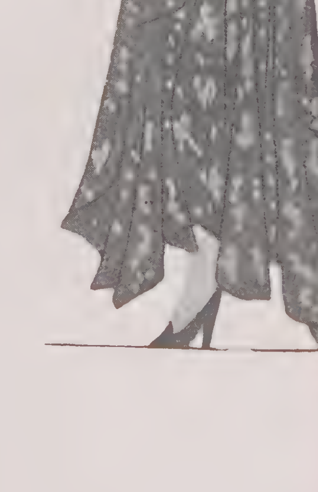


por delante, cubriendo simplemente brazos y costados; se alargan en el busto y las espaldas, destinándose particularmente a las mujeres muy delgadas. Las menos delgadas prefieren la capa plisada, simplemente sujeta en la espalda, pero no recayendo sobre las mangas. Por la misma razón algunas capas abiertas sobre el brazo son bastante agradables y a mí me gustan mucho.

Igualmente el movimiento hacia atrás da mucha gentileza. La solapa está frecuentemente bordeada, sea de un fino bies, sea de una banda de muselina anudada delante en forma de corbata. Es inútil agregar que para deportes o para viaje las capas se mantienen sujetas al cuello con la ayuda de automáticos.

Esta prenda es la más agradable coquetería de nuestra época.





Conjunto de noche en muselina estampada de flores en dos tonos de rosa, sobre fondo negro. La chaquetita va adornada de "renard" negro y forrada de terciopelo del mismo color.

Un vestido de noche, de Lucien Lelong



Elegancias nocturnas

LAS elegancias creadas para la noche son particularmente armoniosas y esculturales en estos momentos, puesto que los vestidos largos han triunfado en toda la línea. ¿Debo confesarlo? Experimento al mirar esas bellas siluetas rectas y delgadas un pesar prematuro, pensando que el cambio perpetuo se hace preciso; el invierno próximo nos traerá otra silueta que no podrá ser ni más linda ni más femenina que ésta. Deseemos que, por lo menos, constituya una variante de la actual. Jean Patou, por ejemplo, que fué en realidad el creador de la reciente línea alargada, nos ha mostrado ya en sus colecciones de entretiempo algunos trajes plisados por los lados y de un aspecto muy nuevo, aunque continúe siendo sumamente sencillo. En cuanto a los otros modistos, casi todos han abandonado la línea desigual de las faldas para adoptar las que caen hasta el suelo por igual. Pero algunos se esfuerzan en aligerar este defecto bordeándolas de un jaretón amplio de tul o de muselina al bies, bajo el cual se transparenta el tobillo. Esta idea resultaría muy práctica para alargar un vestido del año anterior,



Traje "Goya", en terciopelo negro bordeado de tul negro. El talle va marcado por un ligero frunce en el delantero. El collar es de gruesas bolas de esmalte negro incrustado de "strass".

Algunos trajes ligeros

No hablemos de los abrigos de noche, ¡por favor! Debe decirse ahora "chaqueta" en todas sus variantes, o "casaca", ya que cada traje lleva un abriguito que le hace juego. Costosa elegancia en verdad si las mujeres no dispusieran de inagotables recursos maliciosos y no supieran combinar sabiamente los colores. Se han procurado, en efecto, algunas alianzas de matices nuevos, y algunas que parecen muy audaces, muy "estudiadas", como se dice ahora, son simplemente un medio de emplear el mismo abrigo para formar dos o tres "conjuntos".

LOUISE BOULANGER,
HEIM, JEAN PATOU

Traje en "toile de soie" gruesa, fondo blanco y grandes lunares azules, de Luisa Boulanger. La chaqueta en el mismo tejido blanco liso.

Traje sastre en "natte" azul marino, de Heim. La falda en "twed" tilo y azul marino, la blusa en crespón de China blanco.

si no se hubiera tenido la desdichada idea, precisamente para quitarles todo aspecto de arreglo, de no hacer el jaretón todo alrededor de la falda, sino únicamente de trecho en trecho. De este modo, Lucien Lelong ha expuesto en su colección de entretiempo un traje de terciopelo negro, cuyo bajo, en tul muy tupido, sube bastante por los costados, pero desaparece completamente por detrás, para dejar sitio a dos largos "panneaux" de terciopelo, que forman la cola. En los vestidos de muselina estampada este jaretón, desigual en muselina lisa, da una juvenil impresión de fantasía.



Traje en sarga de seda blanca, de Jean Patou. Las estrechas bandas incrustadas son de la misma sarga de seda, por el revés de la tela.

... y algunos trajecitos

JEAN PATOU.

LUCIEN LELONG

Abrigo en lana gruesa color caldero, guarnecido de castor, de Jean Patou. El vestido es en crespón marroquí del mismo tono. La hebilla del cinturón en esmalte.

De este modo, el terciopelo rubí, indicadísimo para un traje en el mismo tono de encaje, resultará encantador con un vestido en muselina de seda negra, y sobre otra en "georgette" blanco. De igual manera, una casaquita de terciopelo verde, cuyo amplio cuello forma una capa, puede también acompañar múltiples trajes floridos, siempre que tengan algunas hojas o ramas trabajadas sobre un fondo ligero. Y ninguna de vosotras ignoráis que el verde es un color de efecto seguro cuando se trata de aliviar la severidad de un conjunto negro.

Las mujeres elegantes poseen todas en estos momentos una chaquetita de armiño, de un aspecto maravilloso y que en mi opinión resulta el abrigo ideal, a la vez ligero y confortable para las noches frescas de septiembre. Veremos muchas de éstas en Biarritz, pero esta fantasía no puede permitírsela, evidentemente, todo el mundo.

Los vestidos ligeros forman legión actualmente; las chaquetitas en crespón de China o en punto y sin forrar responden a una necesidad innata en las parisienses, a las que no gusta salir a cuerpo. Por otra parte, estas chaquetas convienen igualmente a todas las siluetas y a todas las



Traje en alpaca azul marino brochada en gruesos lunares de terciopelo del mismo tono. El chaleco incrustado es de satín blanco.

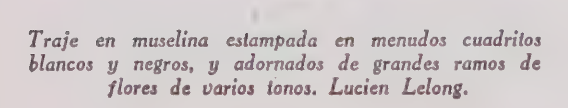
Traje "Matinale", de Lucien Lelong, confeccionado en "crêpe georgette" de lana color ladrillo, acompañado de un bolerito independiente.

Para por la mañana y para por la noche

edades. Por mi parte, prefiero particularmente los trajes en crespón de lana, en "nette", en "tulikasha", que son muy flexibles y casi transparentes, pero que conservan al menos al conjunto un aspecto "tailleur". Para el rigor del verano el "shantung" y la "toile de soie" son igualmente muy agradables, y desde hace unas semanas parece que se manifiesta una tendencia hacia la chaqueta de color o de tela absolutamente diferentes de los del vestido.

Veremos en gran cantidad los trajes de lunares (¡oh, esos lunares, esos terribles lunares de que ya estamos cansadas hasta el vértigo), llevados con una casaquita del mismo tejido, y veremos también gran cantidad de vestidos en lana "chiné", sobre las que se coloca una chaqueta de punto azul marino o tostado.

Para la orilla del mar llevaremos sobre los trajes blancos chaquetas de crespón estampado, y he visto con mucho gusto un conjunto compuesto por un



Traje en muselina estampada en menudos cuadritos blancos y negros, y adornados de grandes ramos de flores de varios tonos. Lucien Lelong.



Conjunto en lana puntillada "beige". La chaqueta va adornada de caracul marrón. Una capita completa la elegancia del conjunto.



Traje de noche, de Jean Patou, en crespón "bilitis" negro adornado de rosa.





Traje de noche, de Jean Potou, en "crêpe" satín rosa opalino.

El blanco



Abrigo de Jean Patou, en crespón "bilitis" blanco, guarnecido de "renard argenté".

trajecito de "shantung" hecho pliegues minúsculos y sobre la que se había colocado una casaca de "shantung" a cuadros "beige" y blancos. Esta última combinación de colores es, por otra parte, de una gran distinción y de un efecto muy agradable. Los días de carreras nos han permitido ver sobre las mujeres más elegantes de París abrigos hechura de sastre en pana inglesa tostada o "beige", acompañando trajes claros o vestidos de muselina estampada, lo cual constituye una de las más refinadas elegancias de estos momentos.

¿Existen todavía trajes sencillos en casa de los grandes modistos? En estos momentos sólo se oye hablar de muselina, de encaje, faldas largas y abrigos ligeros. Hay, sin embargo, lugares donde la simplicidad parece de rigor, y yo imagino que es preciso pensar también en estas ocasiones.

Por otra parte, no creo que la gran complicación actual continúe durante mucho tiempo reinando, y ya he podido comprobar en las mejores casas una notable disminución en los recortados e incrustaciones. La forma continúa siendo muy elegante, pero todas esas hechuras torturadas, esas hechuras entrecruzadas sobre otras bandas pespunteadas, parecen llamadas a desaparecer en breve.

Los trajes sencillos por el momento van adornados de pliegues nervados, y he visto reaparecer con gusto las faldas plisadas con pliegues planchados. Jean Patou, entre otros, en su colección de entretiempo nos ha mostrado numerosos modelos de esa clase: los pliegues van en ellos dispuestos en grupos, delante, en un solo lado, y casi siempre montados sobre un canesú en punta. Esto nos hace presagiar el fin de las telas de mucha fantasía, y creo que la boga de los "tweds" ha terminado definitivamente. Preferiremos el año próximo las lanas lisas, es decir, de un solo color, aunque la trama presente dibujos, y creo que de nuestras preferencias actuales sólo sobrevivirá el punto. Este resulta imposible de reemplazar para todo lo que concierne el viaje o el deporte. ¿Habrá cosa más encantadora, para nuestros paseos y compras matinales, que una falda de punto liso acompañada de una chaqueta de punto rayada en diagonal, sobre una blusa camisola de piqué? Me gusta mucho la combinación de esa tela blanca, un poco rígida, con la flexibilidad del punto. Este corrige el aspecto un poco "negligé" y da al conjunto una ligera nota de presunción cuidadosa verdaderamente encantadora.

* * *

La moda es de una veleidad que no puede dudarse. Todos los que se ocupan, se ocuparon y se ocuparán de ella se han apresurado a decirlo. Pero esta fama, ganada sin duda a costa de terribles hazañas de versatilidad, tiene sus lados de injusticia. Nada, en realidad, más constante que la moda; nada sabe volver con memoria más feliz a los mismos efectos, repetir idénti-

y el negro

cos trucos, triunfar con medios más semejantes. Si la silueta actual refleja toda la gama del romántico, cincuenta años de romanticismo, condensados y estilizados de un modo tan perfecto que se necesita la experiencia de un conocedor expertísimo para descubrir el origen de sus "novedades" en el colorido, no se muestra menos tenaz esa deidad tenida por voluble.

En efecto, sobre todas las combinaciones, sobre todos los hallazgos de las más audaces paletas, el blanco y el negro, ya solos, ya combinados, continúan a través de los tiempos su carrera triunfal. Ahora más que nunca, porque la vida moderna impone los coloridos neutros, y despliega en ellos toda la magnificencia de sus elegancias más refinadas. Mientras que el cambiante arco iris, tendido por los modelistas y creadores de elegancias bajo el paso de las coquetas, ve agostarse sus matices, variar hasta el infinito las preferencias, el blanco y el negro, inmutables, eternos, continúan informando los modelos más afortunados y poniendo constantemente una nota de esa novedad sobria, infinitamente distinguida, que no llega a cansar—secreto del verdadero atractivo.



Abrigo de terciopelo negro, guarnecido de "renard argenté" y forrado de rosa.

La elegancia—dicen sus árbitros más autorizados—consiste, más que en el conjunto, en los detalles. Una espléndida "toilette" puede carecer de verdadero "chic" en la misma proporción en que abunde en un traje sencillo y hasta modesto. El color de que se compone un vestido, o las combinaciones de color que para él se han creado, son su detalle más importante. Cualquier matiz, por discreto que sea, puede, en un momento dado, resultar inoportuno. Cualquier combinación, por armoniosa que parezca, puede resultar inadecuada. Sólo el blanco y el negro ni faltarán ni sobrarán jamás, sobre todo si se administran con esa cuidadosa discreción que, si ya no es el mismo buen gusto, está muy cerca de serlo. En caso de duda, cuando os asalte el menor conflicto en la elección de tono, elegid el negro sin vacilación. Los materiales más suntuosos adquieren con él todo su relieve y todo su prestigio, los más modestos pueden disimular su insignificancia, las siluetas imperfectas adquieren una gran corrección y los bellos tipos esbeltos y flexibles nunca lo parecen tanto como envueltos en telas negras, que marcan sobre cualquier fondo una silueta irreprochable.

Como os decíamos al principio, la Moda puede resultar inconstante para los que no la quieren bien, y aun para aquellos a quienes ella parece adorar durante unos instantes. Pero tiene en el fondo una formidable lógica y un buen sentido que no ofrece duda. Rara vez comete una injusticia. Aquello que la moda desdeña, vemos muy pronto que no era digno, en verdad, de su afecto, pero sus preferencias durables y clásicas son también fundamentales y están presididas por un razonamiento que no tiene vuelta de hoja. Así su amor, que ya dura siglos enteros, por el blanco y el negro, la armonía insustituíble y suprema.

BIBLIOGRAPHIA MEDICA CHIRURGICA

publica

Todo cuanto se edita en el

MUNDO MEDICO CIENTIFICO

PUBLICADAS: NUEVE MIL FICHAS



Administración y Suscripción: Príncipe de Vergara, 42 y 44 (C. I. A. P.)

El Consejo científico de "Bibliographia Medica Chirurgica" está integrado por

Dr. León Cardenal, Dr. Sebastián Recaséns, Dr. Manuel Márquez, Dr. Leonardo de la Peña, Dr. Antonio García Tapia, Dr. Gregorio Marañón, Dr. Florestán Aguilar, Dr. Angel Pulido, Dr. José S. Covisa, Dr. B. Navarro Cánovas, Dr. Teófilo Hernando, Dr. Gustavo Pittaluga, Dr. Francisco Bécares, Dr. E. Suñer, Dr. César Juarros.

Consultorio de belleza

LUPITA

Sí, señorita, es para mí un placer el contestarla. El pintarse los ojos, si es con muchísima discreción, no puede sentar mal a ninguna mujer. Le aconsejo el Humo de Sándalo. Una receta inmejorable para el cutis y sencillísima de hacer es separar la clara y la yema de un huevo y batir ambas cosas, la yema hasta que se juzgue oportuno y la clara a punto de nieve. Coja un algodoncito, mójelo en la yema y úntese bien la cara con ello. Cuando esté seco y note una gran tirantez, moje otro algodoncito en la clara y haga lo mismo que con la yema. Una vez bien seco todo y que note gran dificultad para gesticular, lávese la cara con agua caliente, e inmediatamente después con agua fría. Esto fortifica el cutis y, además, lo suaviza y blanquea. Agradecidísima esta Revista a sus elogios.

UNA QUE TAMBIEN SE LLAMA «MARIBEL»

Compadezco a mi simpática tocaya. ¿Es posible que no sepa arreglarse y comprender lo que le sienta bien o mal? Yo, en su lugar, no me fiaría de las apreciaciones ajenas. ¿Es que una muchacha de veinte años, y por añadidura bonita —según me dice usted—, no va a tener gusto propio? Póngase ante el espejo y pruébese todos los vestidos y sombreros que tenga y no se pare a pensar cuál es el más bonito, sino cuál es el que sienta mejor a su tipo y su cara. Muchas mujeres, por no saber elegir su *toilette*, no resultan todo lo bellas que podrían ser. Respecto a si la aconsejo el Sudoral, puede usarlo sin ningún temor. Y no se entristezca, Maribel; espero su segunda carta, que me anuncia y que supongo será tan interesante como la primera.

ABURRIDISIMA

¿Y por qué ese aburrimiento, señorita aburrida? ¿Porque no tiene el cutis liso? Pruebe a darse la receta que aconsejo a «Lupita», y si no se la mejora escríbame dándome más detalles y procuraré complacerla. En relación a que la indique un buen producto que no irrite la piel, use polvos Freya. Para las mejillas, puede comprar Arrebol.

UNA NIÑA GUAPA

No es de extrañar que, siendo tan guapa como dice usted ser, el más leve defecto la ponga de mal humor. Eso es sencillísimo de corregir. Si es efecto del aire, puede darse *cold-cream* o la crema que use para el rostro. Para que se la pongan suaves los brazos eche en el agua una cucharada de bicarbonato.

L. M. DE S.

Puede ser que a su amiguita se la resequen los labios, pero eso no quiere decir que a todas pase igual. Use el Jugo de Rosas líquido, que es lo más cómodo que hay, puesto que nunca tendrá que preocuparse de si deja manchado de *rouge* servilletas y pañuelos.

MARIBEL

Tratamientos de belleza "Misterio"

Son los únicos con los que conseguirá usted, señora, resultar mucho más hermosa, pues quitan años, presentándose en sociedad con una cara encantadora. Informes en la perfumería del autor. San Onofre, 6, Madrid. Teléfono 18463.

CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la **Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29,** Madrid, de gran confianza. Teléfono 12646.

CONSEJOS DE BELLEZA

por Mary Brian

Una mujer puede disimular sus defectos y acrecentar sus cualidades, haciéndose ver encantadora, con sólo emplear un poquito de sentido común y tomarse la molestia de no "exagerar" nada. Creo sinceramente—dice Mary Brian—que el pecado más grande que comete la mujer contra sí misma es el de recurrir a cosméticos con demasiada frecuencia y cargando la mano más de lo debido. Las siguientes reglas, observadas por mí, pueden ser de gran valor para toda mujer que quiera ser hermosa sin dejar de ser natural, que, en mi concepto, es el supremo encanto:

1.ª Protéjase la cabeza de los cosméticos y tinturas. El mejor cosmético es una buena lavada con jabón y agua fría y después una fricción con un poquito aceite de oliva.

2.ª Después del baño una buena mano de crema a la cara, seguido de una buena limpieza y unos chapuzones en agua fría ponen las mejillas más sonrosadas que el carmín.

3.ª El polvo en la cara es recomendable en todas ocasiones, pero sin exagerar tanto la nota que se vea a simple vista.

4.ª Si la piel se reseca un poco, después del baño dése una mano de aceite de oliva. Esto suaviza la tez y le sirve de nutrición a la vez. Una clara de huevo bien batida y aplicada antes de acostarse blanquea el cutis mejor que ninguna crema.

5.ª No recomiendo, a la que no lo necesita imperiosamente, el carmín en la boca. Al aplicarlo cuídese de no exagerar la nota. Muchas mujeres, por hacer aparecer la boca demasiado pequeña, concluyen por destruir uno de los encantos más preciosos de la mujer.

6.ª El carmín en las mejillas debe ser muy tenue. Téngase en cuenta que el carmín tiene el objetivo de imitar los colores de la naturaleza y que si exageramos un poco la nota haremos de nuestro rostro una perfecta careta. Cuídese siempre de pasar la mora después de la mano de carmín. Esto hace que la ilusión del color sea perfecta.

7.ª No recomiendo por ningún concepto que se use mascarilla para los ojos o las pestañas. Los ojos son en extremo delicados y no debemos echarlos a perder con pinturas. Aconsejo por la noche un paño a los ojos con un poco de agua tibia y ácido bórico. Una recomendación importante: al mediodía, después del almuerzo, un reposo de unos minutos con los ojos cerrados quitará la fatiga del trabajo excesivo y conservará los ojos llenos de vitalidad.



8.ª Aunque lo mejor de todo es cultivar el crecimiento y arreglo en la forma de las cejas, la que lo crea necesario puede tocarlas con un poquito de cosmético, dándole la forma que crea mejor. Hágase esto con mucha discreción, pues aunque de lejos no se nota, al acercarnos a las personas notarán inmediatamente el artificio.

9.ª Nada mejor para tener el cabello ondeado que lavados con agua fría, un poco de aceite de oliva y una hora de exposición al aire y al sol. El ondulado que se consigue de esta manera es más permanente que ningún otro y tiene la virtud de contribuir a la conservación de la salud y aumento de la belleza de todo el cuerpo.

10. La aplicación del perfume favorito es tal vez lo que más cuidado exige de la mujer. El perfume, lo mismo que los demás elementos embellecedores que emplea la mujer, es arma de dos filos. Puede hacernos agradables o desagradables. Un aroma fuerte es siempre repulsivo. Aplíquese con mucha discreción y bien esparcido. Por ningún concepto se debe aplicar a la ropa. Unas gotas en la cabellera y el busto son más que suficiente.

LA MODA ES ESENCIALMENTE INDIVIDUAL

La moda de 1930 es esencialmente individual. Jamás, como en el presente, la mujer ha tenido a su disposición elementos de tanta riqueza para el arreglo de su tocado. Los colores de las telas son muy variados, y no hay mujer que no pueda disponer de su color favorito. Algunos bellos ejemplares en colorido pueden verse en los trajes que lucen Kay Francis y Jeannette MacDonald en algunas escenas de *Volvamos a la naturaleza,* en la que ambas artistas interpretan papeles de importancia.

F. G. M.



Fresas y amores reales

Al acercarse la primavera cada año, los preceptistas culinarios y los poetas enamorados del color y de los perfumes rinden apasionados elogios a la fresa y al fresón.

Estando prisionero del César español, o, cuando menos, hispanoalemán, el rey de Francia en la madrileña torre de los Lujanes, pidió que le sirvieran fresas, de que gustaba tan apasionadamente que por su orden e influencia se habían hecho numerosas plantaciones en todos los lugares de Francia donde había tierras regables. Parece verosímil que fuera este gran rey el inventor o promotor de este cultivo. Es indudable que griegos y romanos conocieron la fresa; pero con tan escasa loa la mencionan, que sin duda no la gustaron sino silvestre, encontrada al azar una a una en matojos de los bosques.

Francisco I hizo trasplantar a los jardines de Blois fresales de distintas procedencias. De los Alpes lleváronle unos hermosos ejemplares, y su cultivo creó la variedad que en Francia designan con el nombre de "fresa de las cuatro estaciones" y que los hortelanos españoles llaman "generosa". Y aconteció que en Madrid no se conocía la fresa cuando Francisco I, prisionero en nuestra villa, apeteció comerla. Se pidió aceleradamente a París que enviaran de este postre a Su Majestad, y cuando llegaron los primeros envíos, tal admiración produjeron en los cortesanos españoles, que robaban cuantas fresas podían, no sólo para comerlas, sino para extraer sus semillas y sembrarlas en sus jardines, creyendo que les castigaba Dios el hurto y el desacato al ver que no germinaban, ignorando que esta planta se reproduce y multiplica, no por simientes, sino por acodos, celebrándose en las iglesias de la Corte más de una novena, costeada por los nobles ladronzuelos, en demanda del perdón de su culpa. Marchóse libre Francisco I, y no hubo fresas en Madrid hasta que otro rey, Felipe V, educado en Versalles, echó de menos el deliciosísimo fruto, que allí se cultivaba para abastecer la mesa del Rey Sol. Y cuando conoció los vergeles que en las orillas del Tajo y del Jarama había creado Felipe II, y se dispuso a arreglarlos y engrandecerlos, pidió que le enviasen de Versalles los más frondosos fresales que se pudieran trasplantar en tierra española. Y gracias a esta iniciativa, Aranjuez posee la riqueza admirable de su producción fresera, que se extendió más tarde a Valencia, a Cataluña, a Murcia, a la Rioja, a Andalucía, a Aragón... Se produce ya fresa dondequiera hay un regato, acequia o arcaduz y un hortelano cuidadoso. En macetas las he visto criar en algunas azoteas andaluzas y en los arriates de algunos patios.

No hemos llegado, sin embargo, a hacer de la fresa deidad de un valle, de una comarca o de un burgo rural, como ha hecho Francia. Aranjuez debiera aprender esta lección. El centro de la producción más selecta francesa está cerca de París. En Bièvres y en los pueblos ribereños del río de este nombre, que, naciendo cerca de Saint-Cyr, apenas recorre ocho leguas cuando se lo traga el albañal o colector de París.

Cada año, el 12 de junio—la producción francesa es más tardía que la española—se celebra en Bièvres la Fiesta de las Fresas, fiesta un poco pagana, evocación de las que celebraban griegos y romanos en homenaje de los dioses protectores de la agricultura, Ceres, Baco, etcétera. Los productores industriales y los *amateurs* organizan una exposición de sus frutos. Se premia la calidad y se premia también la creación de variedades nuevas, que es uno de los encantos de este cultivo. Parece este afán una poética evocación de aquella dama singular que, aposentada en la humilde casilla del jardinero Tuileau, su esposo, supo prender el corazón del bravo rey franco Roberto. Esta historia de amor, en que un fresal, con sus botones rojos, como carne viva de unos labios femeninos, o como corazones sangrantes, sirvió a la bella para su sortilegio, la he encontrado en un viejo libro titulado *La grande mer des histoires*. Acaso de las monjitas que convirtieron en abadía aquel nido perfumado de amores reales aprendió Francisco I la delicia de paladear fresas. Pero mientras otro día, con más espacio, pueda referir estos amoríos fragásicos o frésicos, vea el lector si quiere comer fresas al gusto italiano, ya que el español de rociarlas y aun bañarlas con vino tinto es deplorable y casi sacrílego.

Dos horas antes de comerlas mezclarás tus fresas con una cantidad proporcionada de azúcar y exprimirás encima dos buenos limones, o uno, o medio, según la cantidad de fresas que hayas puesto. No te amedrentes; el zumo de limón, aparte su sabor agradable, tiene la virtud de excitar y desarrollar el aroma de la fresa. Después de mover lenta y cuidadosamente las fresas, para igualarlas en el bañado, las pondrás en la nevera, o en el lugar más fresco de que dispongas. Y en el momento de servirlas, agrega una cucharada de buen coñac; esto con parvedad y prudencia.

¿No te gustan más con zumo de naranjas? Cierto. Algunos días, las fresas que Valencia y Murcia envían al mercado de la Cebada vienen perfumadas con flores de azahar, desprendidas del árbol. La naranja es hermana natural de la fresa. Son un acorde delicioso sus dos aromas confundidos, sus dos sabores mezclados. Si agregas unas gotas de coñac, de limón o de auténtico marrasquino de Zara o de "kirsch" o de "kummel", verás este acorde desdoblarse en una filarmonía de compases admirables.

Los ricos viejos del pasado siglo, que fueron dilapidadores por vanidad, y los ricos nuevos de ahora, han aprendido en Francia la petulancia de verter sobre las fresas una botella de champaña espumeante... No está mal. Puede asegurarse que, en todo caso, mejora el champaña, que, aun pagado caro, suele ser bastante malo. En todo caso, a lo rico, antes de verter el champaña, ten la fresa un rato en zumo de naranja, y tenla casi helada y bien azucarada. Si el vino está helado también, todo ello te sabrá en el paladar a "frío perfumado", deliciosamente perfumado... Y te sentirás orgulloso de que tu bolsillo te permita regalarte con estos dones singulares de la Naturaleza. Pero, créeme..., ¡vanidad de vanidades!

Algunos extranjeros que llegan a Madrid y saborean la prodigiosaa fresa de Aranjuez y la no menos admirable que nos envían en el rápido de Valencia, desde los valles de Valldigna y Sego, se maravillan de que nuestros hoteleros, restauranteros y confiteros no utilicen apenas la fresa en sus preparaciones, sirviéndola sólo al natural y descuidadamente. La cocina y la pastelería modernas han encontrado en la fresa un tema de deliciosos preparados.

He aquí algunas fórmulas:

Dulce de fresas.—Tomarás medio kilo de azúcar algo corrido—que la remolacha española no endulza bastante—, y lo pondrás al fuego en cacerola con medio vaso de agua. Cuando haga burbujas verterás en este almíbar medio kilo de fresas, y a los cinco minutos las retirarás cuidadosamente con la espumadera, colocándolas en un plato o fuente honda. Dejarás el almíbar en el fuego, para que se espese más, y cuando te parezca suficiente lo retirarás y verterás sobre las fresas, que quedarán cubiertas. Cuando esté frío es exquisito este dulce para postre, merienda, desayuno y golosina de todas las horas. Así lo hacían nuestras abuelas, y así lo hacen, acaso no tan bien, en las fábricas de conservas.

Y ya puestos a sustituir a los proveedores, ¿por qué no hacer jarabe de fresas y guardarlo para los días calurosos del verano? Es bien fácil. Pasad cantidades iguales de fresa y de azúcar. En una terrina o frasco ancho de cristal colocad una tanda de fresa y cubridla de azúcar; otra de fresa cubierta del mismo modo, y así hasta terminar. Dejadlo reposar veinticuatro horas, y estrujad esta mezcla luego en pasadera muy fina, hasta extraerle todo el jugo, que deberéis cocer luego bien durante un cuarto de hora en baño de María. Cuando esté frío, colocadlo en botellas o frascos y taponad y lacrad bien. En julio y agosto, con sifón helado, será una delicia.

En los días grandes o solemnes que tengáis convidados en vuestra casa o queráis festejaros con platos extraordinarios, haced unas naranjas rellenas con fresas. En los países de Centroamérica suele hacerse el relleno de una piña; pero en España parece plato demasiado caro.

Procederéis de este modo. Escoged naranjas de cáscara gorda; cortadles la rodaja superior y vaciadlas con cuidado para que no se deformen. Haced una especie de mermelada, tamizando por pasadera bien fina las fresas, a las que agregaréis azúcar—ocho cucharadas de sopa por kilo—. Poned esto a fuego flojo, y no dejéis de moverlo. Entretanto, batid seis claras de huevo por kilo de fresas, agregándole seis cucharadas de azúcar; al merengue hecho agregad una copa de nata muy batida de antemano y espesa, y sin dejar de batir agregad también las fresas que teníais al calor del fuego suave. Bañaréis entonces el interior de las naranjas con almíbar muy hecho, casi caramelo, y las iréis rellenando, mezclando a las fresas trocitos de los gajos de naranjas, limpios de pellejo y huesos. Podéis volver a tapar la naranja con el casquete que se le cortara o adornar el hueco colocando dos o tres fresas enteras sobre el merengue.

No necesitó tantos requilorios la bella Louchant, o Louchante, para encantar el ánimo del rey.

Guiábale, acompañada de su marido, por el bosque donde aquél se había extraviado siguiendo a un ciervo, y al apartar unos espinos para que el rey pasara hirióse la gentil muchacha en las manos, corriendo su sangre y cayendo al suelo algunas gotas. Tuvo de ello el rey Roberto gran pesadumbre, y pasados algunos días mandó un emisario para saber si habían cicatrizado las heridas crueles... Y el emisario volvió asombrado, jurando que la sangre de la esposa del guardabosque había germinado en una planta nueva, sobre cuyos brotes florecían y granaban gotas de sangre que emanaban un perfume sutil.

Quiso el rey conocer tan grande maravilla, y volvió al bosque y admiró la planta de fresas bajo el espino y gustó los frutos carnosos, milagrosamente hermanos de los rojos labios de Louchante... En honor de ella convirtió el rey aquel bosque en delicioso jardín, y la cabaña del guarda Tuileau, que tal mujer tenía por esposa, en palacio, al que, haciendo un anagrama con el nombre de la bella, llamara Chantelou... Arboledas recatadas, fresales aromosos, que en transcurso de siglos siguieron siendo refugio y testigos de amoríos reales. Allí Felipe I, excomulgado por haber repudiado a Berta, su mujer, escondió a la condesa de Anjou cuando la raptara de brazos de su marido... En vano Luis el Gordo arrasó el castillo lleno de pecados. Lo reedificó Francisco I, que encontró y gustó también las gotas de sangre de la bella jardinera, renacidas cada año, triunfadoras y perfumadas, en los brotes de los fresales.

POST-THEBUSSEM

CRONICA DE PARIS

El timo del cristal roto



La ilustre periodista italiana Condesa María A. Lorchi.

No me lo han contado. Me ha sucedido a mí.

Hice detenerse a un *taxi*. Antes de abrir la portezuela observo que el cristal está roto, con un trozo próximo a caer. Llamo la atención del chofer, a quien visiblemente desagrada la advertencia. La combinación que el buen ciudadano del volante—no hay que decir que era extranjero el hombre—traía urdida, no ha triunfado por ahora. Pero con paciencia se gana el cielo. El trozo de vidrio es extraído con cuidado. Monto al fin. Cierro la puerta. Y, claro, el resto del cristal cae hecho añicos. Pero como en la calle hay testigos de cómo la cosa ha ocurrido, el chofer calla y me conduce a la dirección que le indico.

... Y he aquí que, al llegar y disponerme a pagar, el hombre (llamémosle así) me dice suavemente:

—Tiene que pagarme el cristal. Lo ha roto usted por cerrar con violencia la puerta.

Y con toda tranquilidad, el sinvergüenza se dirige a un guardia de la porra. El cual toma nota de *ambos litigantes*. Porque heme aquí convertido en un litigante de proceso verbal, con su cohorte de molestias, citaciones, gastos, etc.

¿Qué resultará de todo esto? No lo sé. ¿Y qué hacer ante estos casos? ¿Escandalizar? Peor. ¿Romper la cabeza de quien nos acusa sin razón de haber roto un cristal? Peor, mucho peor...

El único remedio eficaz sería sentar la mano a estos sujetos desaprensivos, que sin ser franceses, sin conocer París y sin saber hablar francés, ocupan la mayoría de los volantes, dedicándose para el deporte de la estafa...

LA CONDESA MARIA A. LORCHI

Es una notable periodista italiana, que ha permanecido unos días en París, de regreso de un viaje alrededor del mundo. Ha dado una serie de conferencias, en francés y en inglés, a su paso por los Estados Unidos y el Canadá, invitada por la Universidad de la California Meridional y por el Instituto de Relaciones Internacionales de Los Angeles... Ha pasado dos meses en las islas Hawai, otros dos en el Japón, una temporada en la Manchuria, unos días en Shanghai...

—He nacido—me dice—con instinto de vagabundo, con la inquietud del movimiento y el deseo de los nuevos horizontes... Soy la periodista italiana que ha viajado más...

—Dígame algunas de sus aficiones predilectas...

—En 1927—prosigue—estuve en Georgia. Fuí a bordo de un petrolero... ¡Viaje magnífico!... Adoro el avión. Soy una de las primeras italianas que han volado a través del hermoso cielo de Roma... Me encanta montar a caballo, conducir el auto, remar, bailar... Conozco la emoción de las entrevistas con soberanos y jefes de Estado... Por lo demás, encuentro que todo individuo, como todo paisaje, por desprovistos de criterio que parezcan, tienen algo de interés... Claro que se necesita "saber abrir los ojos y el corazón", ¿verdad?

—¿Habla usted varios idiomas?...

Sí, ¡conozco muchas lenguas! Es condición indispensable para viajar con fruto, para conocer a las gentes, para amarlas y hacernos amar... Aunque sienta como pocas el nacionalismo italiano y ame a mi patria con verdadero patriotismo, profeso la religión de la solidaridad humana...

—¿Qué cuestiones le interesan más?

—Como periodista, claro que me interesa todo. Tengo mis preferencias: el teatro, las cuestiones sociales, los problemas de la educación y de la psicología, la legislación del trabajo... He publicado folletos, reportajes y un libro de novelas cortas: *Petrita no quiere marido*. Colaboro en varios periódicos y revistas italianas y extranjeras... Pero..., a mi juicio, hay exceso de papel impreso; las mujeres también escriben demasiado, y con frecuencia sin cultura, sin inspiración. Prefiero el periodismo puro...

—¿Usted ha desempeñado minorías oficiales?

—Sí. He formado parte de diversas comisiones internacionales, he representado a mi país en distintos Congresos de mujeres universitarias...

—¿Los proyectos?

—Muchos... y ninguno. Lo imprevisto me encanta: es lo mejor de la vida...

Y la Condesa Lorchi sonríe, dejando ver unos dientes blanquísimos, mientras sus ojos, negros cual la endrina, escrutan con un aire irónico y amable...

¡Bella y encantadora Condesa María, honra y prez del periodismo italiano y de la raza latina!

"L'ACHETEUSE"

Tras *Le Roi Camelot*, se ha estrenado en el teatro de L'Oeuvre un drama de pasión, titulado *L'Acheteuse*. Una solterona de provincias está locamente enamorada de un joven bello y elegante, que la desprecia. Pero una imprudencia del joven pone en las manos de la enamorada el destino de su adorado tormento: si éste no devuelve en veinticuatro horas una importante suma, irá a la cárcel. Ella pone sus condiciones: si acepta el matrimonio, la mujer pagará la deuda. El cede al fin. Pero el mismo día de la boda pretende huir con una amante que venía a buscarle. La rica y pasional mujer lo impide bajo amenazas de muerte: está dispuesta a todo. El hombre se inclina, se casa, sufre las más bajas humillaciones, por cobardía y abulia. Hasta el día en que él puede devolverle "el anticipo", que resulta, como se ve, "reintegrable", y huye. La mujer, entonces, se suicida. "La compradora" hizo un mal negocio, como se ve.

La obra, de Steve Passeur, ha obtenido un triunfo claro, definitivo. Algunos dicen que los protagonistas son anómalos, monstruosos, y dicen esto como un defecto de la obra. Pero, en el teatro, como en todas las manifestaciones del Arte, no hay otra deficiencia que el fracaso. El acierto todo lo nivela y todo lo salva.

ARTEMIO PRECIOSO.

Panoramas de ensueño



El puerto de la Luz, de Gran Canaria, y al fondo, extendida a lo largo de la costa, la ciudad riente de Las Palmas.

Gran Canaria, atalaya de España en el Atlántico

Por Antonio Valero de Bernabé



En aguas atlánticas. El *Isla Tenerife* marchaba con rumbo a Canarias. Llevábamos tres días de navegación, tranquila, monótona... Esta monotonía fué alterada por un comentario que indicaba la aproximación de tierra. Palabra que recorre el barco como un conjuro, y sobre cubierta va apareciendo el pasaje, para avizorar en el horizonte, como un punto lejano, la tierra de Gran Canaria.

—¡Las Palmas! ¡Ya estamos en Las Palmas! —exclama con alegría un pasajero isleño.

En efecto, por momentos va dibujándose, destacando sus perfiles, la ciudad riente de Las Palmas, extendida a lo largo de la costa, entre el mar y colinas salpicadas de blanco caserío.

Más tarde atracamos en uno de los muelles del puerto de La Luz, con la emotividad de que en ese gran puerto, llamado de las Isletas, en su bahía, reparó las carabelas Cristóbal Colón antes de internarse en su gloriosa ruta por el mar «tenebroso».

Desde cubierta contemplamos un momento la estampa plena de intensidad de este puerto. Barcos de todos los tamaños y nacionalidades ocupan los muelles realizando sus operaciones entre un movimiento intenso que puebla el aire de voces y gritos en todos los idiomas. Hombres de mar, negros por el sol, rudos, musculosos, contrastan con los turistas extranjeros, pulcros y elegantes; marineros, mozos, intérpretes, vendedores indios de exótica mercancía, gente de todas las castas, van y vienen, en abigarrada confusión, entre tractores y vehículos, agitándose en medio de una intensa actividad llena de colorido.



Llena de encantos, perfumes y colores, muéstrase la espléndida naturaleza en su exuberante y lujuriosa vegetación tropical.

El gran artista Teodoro Maisch, autor de las fotografías que ilustran este artículo, me espera al pie de la escalera del barco, y tras efusivo abrazo y apretones de manos amigas, nos acomodamos en un automóvil y salimos del movimiento del muelle, camino de la ciudad.

Cruzamos un parque de fuerte sabor tropical, y dejando atrás la barriada que circunda el puerto, amplia y moderna, nacida al dictado de su imperiosa actividad, marchamos a través de una hermosa avenida que, bordeada de hoteles y jardines, se extiende a lo largo de la costa, y después de algunos minutos de re-

corrido entramos en la ciudad de Las Palmas.

Ya estamos en la capital de Gran Canaria, donde la dulzura del clima y el azul del cielo, la variedad del paisaje y sus encantos peculiares, atrajeron a su suelo gente de todos los países del mundo, buscando el paisaje ideal, en el clima ideal, bajo el cielo ideal.

Afortunadas llamaron al conjunto de estas islas griegos y latinos, que las presentaban como sinónimas de la región donde se hallaban los Campos Elíseos, verdadero paraíso de aquellos remotos tiempos; y afortunado puede llamarse, en el momento actual, a este pequeño país, tendido con indolencia sobre el mar, espléndido en vegetación, perfiles y colores y lujurioso en galas y perfumes. Durante todo el año, multitud de yates y barcos de excursionistas arriban a sus costas, poniendo una nota de cosmopolitismo en su población. ¡Qué encanto y qué virtualidad tendrá esta isla de ensueño, cuando sin *réclame* los extranjeros la visitan y conocen!

La bella ciudad de Las Palmas, abierta al mar, riente y dorada, es la atalaya de España en el Atlántico, y, anclada frente a América, parece un galeón parado pronto a partir.

Nada comparable con este conjunto que abarca nuestra retina oteando en el panorama. La mirada recoge con ansiedad, con verdadera codicia, los diversos tonos y visualidades que presenta la ciudad, tendida en la misma orilla del mar, mecida por las olas, sombreada por su exuberante y tropical vegetación. Pulcra, de calles rectas, de ambiente acogedor, hospitalario. Andaluza y árabe al mismo tiempo, luce el recato de los patios floridos y el encanto de las blancas azoteas bañadas en el oro del sol y en el azul del mar.



En contraste con sus ingentes montañas, el paisaje de su campiña es todo vigorosas pinceladas llenas de colorido y emotividad.

Sola, sobre el nivel de sus casas, casas fabricadas para vivir en el recogimiento de la intimidad, destaca la Catedral su mole de piedra, que frente al mar da la impresión de una fortaleza.

Y sobre esta población completamente llana, sus riscos que escalan típico caserío y el contraste de sus montañas que ascienden entre barrancos, quebraduras y salientes, con el paisaje de su campiña formada por escalones de montes hábilmente cultivados. ¡Pueblo de valientes tuvo que ser la raza guanche cuando supo aposentarse sobre volcanes y lavas, sobre riscos y precipicios!

Bella, con belleza propia, Las Palmas destaca el encanto que la rodea como acicate poderoso de los sentimientos panteístas. Carreteras enroscadas en sus montañas van mostrando, en ilusionante correría, una variedad incomparable de paisajes y marinas.

Ruta ideal en que la vista va recreándose con sugestivo desfile de pueblos y caseríos: la rica Arucas, blasonada de gótica iglesia, alarde de isleños artífices; Teror, santuario de la Virgen del Pino, donde anida la devoción de Gran Canaria; Moya, la de quebrados terrenos y hondos barrancos; Telde, la de histórico abolengo, rodeada de palmeras y frondosas huertas; Santa Brígida, de atrayente vegetación, y tantos otros pueblos que, como pincelada vigorosa en el paisaje, son motivos de belleza, suave y evocadora como las leyendas de su raza.

La tierra de los guanches, esta tierra, tiene una vida interior de misterio, y sólo aquellos que otearon desde sus cumbres los panoramas indefinibles pueden sentir la atracción maravillosa que emana de este conjunto de tierra canaria, que una vez sentida nunca se olvida y nunca se comprende por completo.



Carreteras enroscadas en sus montañas van mostrando, en ilusionante ruta, una variedad incomparable de paisajes y marinas.

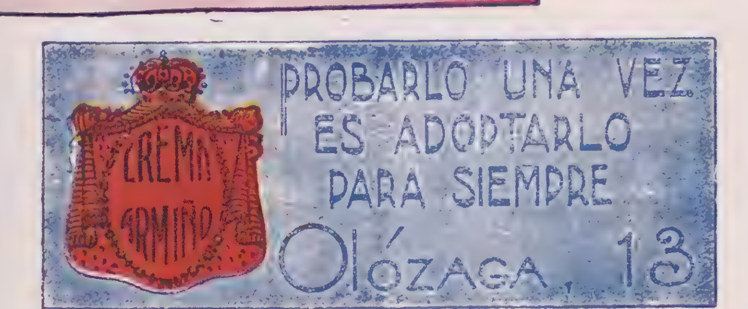
HISTORIETA COMICA, por Montagud



Proveedores de la Real Casa

VINOS FINOS TINTOS
DE LOS HEREDEROS DEL
MARQUES DE RISCAL











BIARRITZ

HOTEL DE INGLATERRA

De primer orden. Enteramente reformado
Situación espléndida

PENSIÓN DESDE 100 FRANCOS

EN LOS MESES DE AGOSTO
Y SEPTEMBRE PENSIÓN DESDE 150 FRANCOS

ESTREÑIMIENTO

CURACION COMPLETA CON LOS

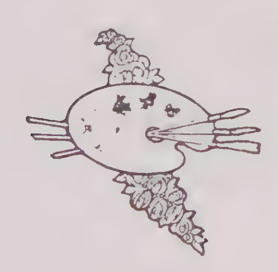


LAXANTES Y DEPURATIVOS: DOSIS: 1 Ó 2 GRANOS AL CENAR
SE EXPENDEN EN FRASCOS DE 25 Y 50 GRANOS EN LAS FARMACIAS, DROGUERÍAS Y CENTROS DE ESPECÍFICOS

DESNUDOS ARTISTICOS FEMENINOS

Convenientes para pintores, escultores, etc. Surtidos "fotos" elegidas, diez pesetas. Sellos Correos españoles. Contra reembolso, once pesetas. Escribid: "Excelsior". Poste restante Central. Pau (Francia).

EL DINAMISMO DRAMATICO DE GOYA





«El amor y la muerte»

No es la objetividad dramática, fácil de ver para todos, lo que motiva este artículo. Es la inquietud, de orden espiritual, amarga y cruel, que inspira toda la obra de Goya.

En los lienzos—escenas populares, retratos, símbolos supersticiosos, consagraciones del misticismo—, por la naturalidad que en ellos tiene la vida. Por esa naturalidad que sólo nace del ansia de vivir sobre todas las flaquezas, a estímulo de un hondo sentimiento de virtud.

En los grabados—«Desastres de la guerra», «La Tauromaquia», los «Proverbios», los «Caprichos»—, por la tristeza sarcástica, desesperada, que los trazó a modo de reproche. Por su tristeza en el duelo único del claroscuro, o en la reflexión amarga, filosófica del comentario.

Goya fué un penitente.

Goya purgó las culpas propias y las ajenas.

Las propias por su carácter voluble y rebelde, atrabiliario, y las ajenas por el alto sentido que en él tenía la bondad, tan duro como flexible para excusarlas.

Goya fué un penitente.

Por eso su obra es tan humana, tan bella, tan profunda.

Y por eso su genial dinamismo dramático ha de ser preferido a cualquier otro valor.

* * *

Pero no he de hacer crítica al uso...

Citar a Reynolds, a Watteau, a Lawrence, a Gainsborough, a David y a Callot como paralelos de elegancias, delicadezas, falsedades y horrores, para rendir un elogio a Goya, no tendría disculpa.

Todo, valores puros y convencionales, escuelas y temperamentos, todo nos sería conocido en el pretencioso parangón; todo menos la obra de Goya.

Para juzgar su riqueza emotiva—sería pedante decir «calidad»—, basta contemplar sus episodios, sus personajes.

Unicamente queriendo medir las pinceladas, pensando en que los colores y los matices son muchos, que las horas y los días son prolíficos y universales, es como puede hacerse un elogio de Goya acordándose de los demás.

¡De Goya, pintor único por su irresistible persuasión emocional, que llega a carecer de nombre en el sortilegio de la belleza de sus obras, porque supo darnos la realidad como era para vivirla, no para juzgarla...!

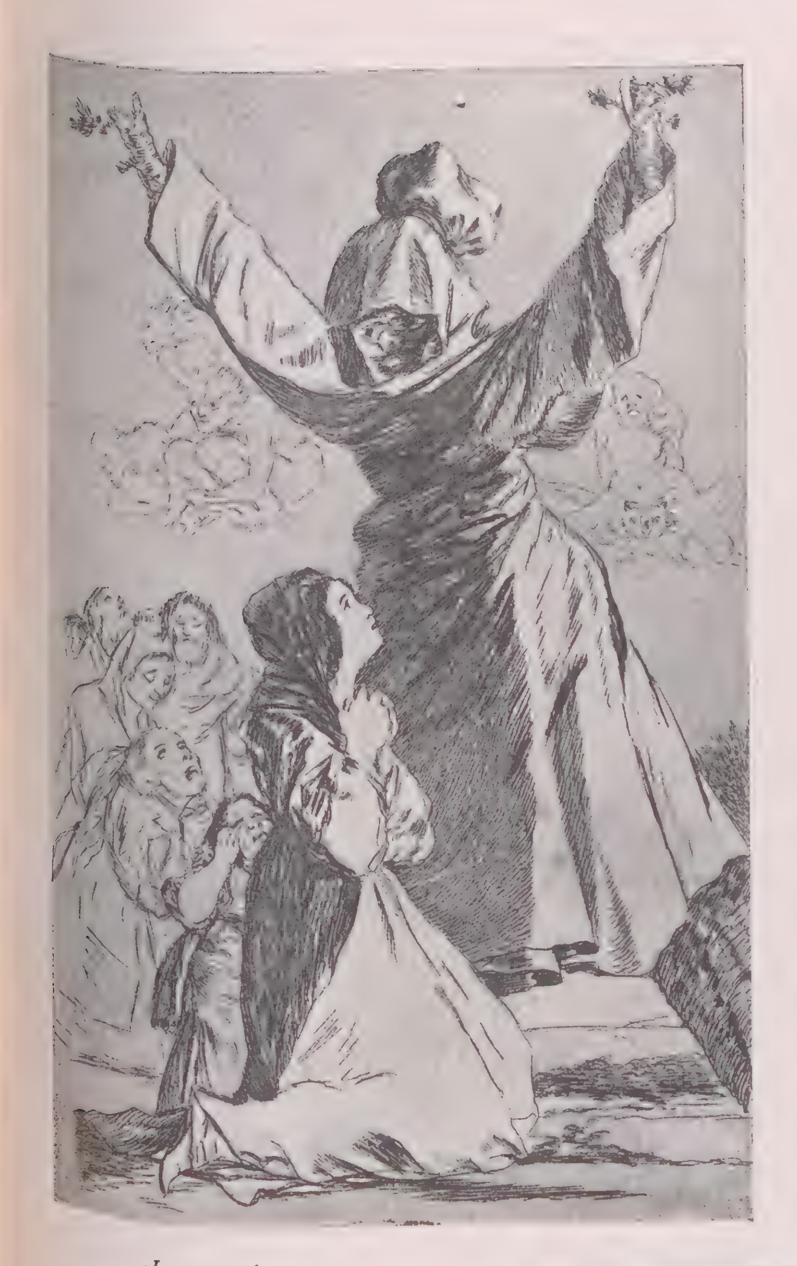
No he de hacer, pues, crítica alguna.

* * *

En las escenas populares—lienzos, cartones para tapicería—, Goya nos ofrece lo que seduce a los ojos y embriaga el alma, en primer término, por emoción, no por análisis.



«¡Y aún no se van!»



«Lo que puede un sastre»



«Las rinde el sueño»

Consagra la alegría de vivir, pero la consagra con un sentido amplio y noble, con cierta exaltación—celajes, campiñas y atavíos en máxima belleza—; ejemplar para aquel pueblo que se divirtió demasiado—también puede serlo para nosotros—, como prueba de que el placer se puede vivir por su propio deleite, sin groseras sensualidades.

Para un espíritu como el de Goya, moralista y mordaz, tales confesiones de «naturaleza» no podían tener otro significado.

El penitente clama en ellas.

Y clama lo mismo que en los retratos, al ofrecernos la novela del personaje; lo mismo que en las telas dedicadas a la hechicería, al brindarnos su perversión; lo mismo que en las obras de carácter religioso, al no establecer paralelo alguno con nuestras pobres grandezas, siendo sólo reverente al servicio de Dios.

Goya clama por la virtud.

Pero su dinamismo dramático no concluye en el esfuerzo genial de seducir por la belleza espontánea. Al ensueño une la pesadilla, la desventura. Y traza los «Desastres de la guerra», los «Proverbios», «La Tauromaquia», los «Caprichos»...

No goza los prodigios de luz y de color que plasmara en los lienzos.



«Subir y bajar»

Sobre las planchas de cobre, cual espejos velados, rasga el barniz, hiere el metal y logra el ejemplo, la confesión que pareciera oculta, pero que ha de quedar asegurada por los ácidos para siempre.

Y entre estos cobres comenta los que llama «Caprichos».

Piensa que la Belleza puede gozarse sin estimarla, y aunque la reduce a los límites del claroscuro, añade el comentario.

* * *

No es muy duro, con ser harto mordaz.

En «El amor y la muerte», ¿qué nos dice? Que debemos renunciar a la amada, si por no saber conservarla en vida nos exponemos a perderla por temeridad.

En «Lo que puede un sastre», que se podría aplicar a *lo que pueden los cargos*, nos censura nuestro respeto a las apariencias.

En «Unos a otros», nos presenta un ejemplo de la inconstancia de la fortuna. *El que ayer hacía de toro, hoy hace de caballero en plaza.*

En «Las rinde el sueño», sobrecoge.



«¡Que se la llevan!»



«Unos a otros»

Horroriza pensar en esa *única felicidad de los desdichados*...

Y por lo que puede la mujer, si quiere, exclama: «¡Que se la llevan!» Hasta en la ironía su crueldad es reverencia.

«¿Por qué esconderos?» Se trata de una pregunta de respuesta fácil, aunque no lo parezca. ¡Puede sobrar la vida y faltar el dinero!

«Subir y bajar». Lo eterno, entre tantas otras angustias perdurables. De lo alto al precipicio. La conciencia colectiva también tiene su orografía.

«¡Y aún no se van!»...

Suprimo la glosa y, por consiguiente, mi comentario.

Y como estos «Caprichos» podrían citarse muchos más.

* * *

Ante nada se detiene Goya por cumplir su apostolado, en aras de su fe, de su genial visión de la vida.

Todos los vicios, todas las abyecciones, todas las flaquezas merecen su análisis.

Y es un penitente, pudiendo ser un pagano, que vive por los demás.

Y es, a modo de un Dios, el Genio que plasma la vida—¿a qué hablar de la luz y del color?—con todas las emociones supremas, por si puede convencernos...

Sólo así es como pudo reírse de un ahorcado, poniendo la befa en un campesino bestial, que confunde la carga de un jabalí con la amargura de la desdicha.

Porque, de otro modo, ni su obra sería de tan alto valor moral, ni su belleza tan sugerente, tan depurada, de no concebirla su sentido dramático de la virtud.

* * *

El «drama» de Goya tendrá su escenario en todos los tiempos, porque sus bellezas son las ilusiones de una gran amargura.

EDUARDO GARCIA-PANDO



«¿Por qué esconderos?»

Del público llamado atrasado, al teatro llamado moderno



Teatro del Mirlo Blanco de Carmen Baroja de Caro

De izquierda a derecha: López Rubio, Carmen M. de Baroja, Ricardo Baroja, Gustavo Pittaluga, Raymonde de Bak, Fernando G. Bilbao y Francisco Vighi, en El gato de la Mére Michel

POR MARGARITA NELKEN

Teatro de vanguardia... Teatro íntimo...

Teatro—simplemente—moderno. En la casilla de enfrente o en la columna de la derecha, si la publicación es a dos columnas, pongamos paralelamente: público desconcertado..., público hostil..., público burlón.

(La minoría, esa minoría siempre adicta o adversa por anticipado, no entra en juego.)

Luego, la indignación de siempre: ¡Estamos por civilizar!... ¡Esto no es Europa!... ¡En París..., en otros puntos!...

Pues, sí; en París, precisamente. En estos días se ha reprisado (esta palabra sí que es "europea"), en la Comedia Francesa, el admirable, el patético *Carnaval de los niños*, de Saint-Georges de Bouhélier. ¡Triunfo grande! Demostraciones de admiración inauditas en las frías orillas del Sena (más frías, aunque latinas—mitad y mitad—, que nuestro latinismo a pleno sol). Y toda la crítica, al consignar el éxito, se pasma de recordar que en el estreno, hace unos años, la obra no fué comprendida. ¡En París!



Ricardo Baroja, en Arlequín, mancebo de botica.

Y es que la superioridad de París no está en comprenderlo todo del primer golpe, y menos en que todos lo comprendan; está en aceptarlo todo, aun aquello que no comprende, pero que así logrará llegar a comprender.

(Del impresionismo se mofaron; pero el impresionismo siguió ascendiendo, hasta el punto en que ya no se mofa nadie. Siempre *l'affaire Dreyfus;* esta vergüenza no la ha tenido otro pueblo, decíanle a un francés. Contestación: Lo que no ha tenido es el valor de revisarla y enmendarla, que no es lo mismo.)

El hecho es que, aquí también, hemos tenido nuestros pujos de teatro flamante, y que éste murió siempre por querer vivir demasiado o demasiado a prisa. ¿Que el público se desconcierta? Ese público que se desconcierta no tiene por qué desconcertarse. El poeta exquisito, el ensayista

Del público llamado atrasado, al teatro llamado moderno



Ricardo Baroja, en El gato de la Mére Michel.



Pío Baroja, autor e intérprete de Arlequín, mancebo de botica.



Carmen M. de Baroja, en El gato de la Mére Michel.

filósofo, dan por sentado que sus versos o sus ensayos no son para gustados sin previa preparación. Si todos los espectadores de un gran teatro pudieran gustar de una obra cuyo objeto es muy otro que el de hacerles agradable la digestión, no quedaría abierta una sola tienda de ultramarinos, ni atendida una sola oficina; todos los ultramarineros, todos los oficinistas, prepararían su Filosofía y Letras, o se dedicarían a leer *Les nouvelles littéraires* para sacarles el jugo en algún comentario.

L'Atelier, le Théatre de l'Oeuvre, le Vieux-Colombier, trabajan o trabajaban en salas de muy reducidas dimensiones. Y el último—el más trascendente—hubo de cerrar sus puertas por la misma razón que los teatros innovadores de aquí: razón crematística. Lo cual supone, naturalmente, falta de aliento por parte del público: Despego.

* * *

Pese a los "galinizantes" *a outrance*, no estamos tan rezagados. Y si lo estamos en general, en particular hemos hecho nuestras pruebas de "capacidad de comprensión". ¿Con poca fortuna? Tanto más honrosas. Saber perder es gesto nobilísimo. Ya lo ha dicho Gabriela Mistral.

Empezamos con el llamado teatro de la Escuela Nueva, fundación debida a la afición, "pese a todo y en contra de todo", de Magda Donato y Rivas Cherif. Desde lo clásico a lo más moderno, o, mejor dicho, autorizando éste con aquél: una *Guarda cuidadosa*, de Cervantes; un *Rey y la Reina*, de Rabindranath Tagores, entre otras, patentizaron la posible viabilidad de un esfuerzo, que malograron causas ajenas a la voluntad del "elenco", y aun a la de los espectadores. El Mirlo Blanco, teatro de cámara de la señora Monné de Baroja, no aspiró nunca a más que a recreo de algunos invitados. Los resultados sobrepasaron con mucho tan modesta pretensión, y esas representaciones, en que colaboraban, junto a Pío y Ricardo Baroja, algunos de los nombres más brillantes de nuestras artes y nuestra literatura (citemos siempre a Rivas Cherif, siempre a la cabeza de todo movimiento teatral innova-



Una de las más emocionantes escenas del Auto Sacramental, *de Calderón, representado en Granada.*



Los autos sacramentales del Corpus granadino.

Del público llamado atrasado, al teatro llamado moderno

Tampoco los autos de Granada se han repetido. Y el Mirlo, siendo teatro esencialmente "privado", no podía tener más vida que la de unas reuniones organizadas en *petit comité*.

Pero, sobre unos y otros, un cartel invisible: Esto es lo que hemos podido, lo que podemos hacer. Llevado a escenarios grandes, no hay duda, es fracaso seguro. Para un ambiente "a tono", el triunfo depende únicamente del entusiasmo organizador y de la voluntad de sostener este entusiasmo. De la voluntad de convertir en profesional lo que se presentó como aficionado.

Que entre los autos sacramentales del Corpus granadino y ciertas representaciones de igual índole, y entre algunas funciones del Mirlo y otras de l'Atelier, la diferencia no está en el resultado conseguido, sino en su resonancia y difusión.



dor); estas representaciones "para divertirse", son tal vez lo más interesante, en cuanto a conjunto (obras, interpretación, escenografía), que haya dado el teatro de tipo moderno—o modernista—en España.



TEATRO DE LA ESCUELA NUEVA

Una escena de La guarda cuidadosa, *de Cervantes.*

Luego, y ya en "mayor escala", la representación de autos sacramentales en un Corpus granadino. Representación ideada y dirigida, fraguada, en una palabra, por ese espíritu privilegiado—erudición segura y sensibilidad alerta—que se llama Antonio Gallego Burín. Aquí tratábase ya de resucitar, a imitación de ciertas escenas alemanas, algo cuya vitalidad aparece cada día más potente y más nueva: nuestro teatro del Siglo de Oro, manantial de todo el teatro moderno, y la vanguardia más atrevida de todos los vanguardismos. Los juegos de luces, la estilización en formas y colores, hoy permitida, hubieron de dar a esta resurrección caracteres del más agudo modernismo.

Luego, *El cántaro roto,* del gran Don Ramón, con la colaboración incomparable de esa actriz magnífica que ha sido Josefina Blanco. Aquí, las innovaciones bajan de tono: *El café,* de Moratín; *Ligazón,* de Valle-Inclán (antes estrenado en el Mirlo Blanco), patentizaron un propósito de casticismo que tal vez hubiera desaparecido en representaciones sucesivas.

No llegaron a ser.



Escena final del Auto Sacramental, *de Calderón, representado en Granada bajo la dirección de Antonio Gallego Burín.*

EL TEATRO JAPONÉS EN EUROPA



Vista exterior del nuevo teatro de Tokio «Tokio Gekijó», destinado en la actualidad a cinematógrafo.

POR primera vez, sobre la escena del nuevo Pigalle, ha actuado en París una compañía de teatro japonés, dirigida por el gran actor trágico Tokujiro Tsutsui. El éxito ha sido considerable y unánime, correspondiendo a la expectación íntima que el teatro ha despertado en Occidente.

Las obras representadas han desvelado para los no iniciados las características del teatro japonés, que le procuran una personalidad fuertemente acusada. París ha podido aplaudir tres obras que pueden considerarse clásicas en el repertorio nipón: *Koi-No-Iozakuro* ("El amor en el tiempo de los cerezos floridos"), *Kyo-No-Ningyo* ("La muñeca") y *Kaujircho* ("El paso de la frontera"). El primero es un drama lírico y coreográfico; la segunda, una comedia de amor, y la tercera, un drama guerrero famosísimo en el Japón desde la Edad Media.

En realidad estas tres obras, con las que la compañía nipona se presentó al público parisién, son—sobre todo la última—muestras brillantes y poco modificadas del repertorio *Kabuki* y conservan, en sus trazos genéricos, la forma del *No*, drama primitivo de donde ha arrancado toda la dramaturgia japonesa hasta Okamoto Kido, uno de los más ilustres autores del teatro japonés moderno.

Hay ciertas condiciones esenciales que jamás han sido adulteradas, a lo largo de los años, y que ningún autor, por avanzado y reformista que se haya sentido, se ha atrevido a modificar. Son, por decirlo así, el alma misma de la escena japonesa.

Séame permitido, ante todo, señalar una contradicción, una paradoja que no sólo procura al teatro japonés un carácter inconfundible, sino que lo define. Me refiero a la antítesis que existe entre su fondo y su forma; entre el teatro como concepción y el teatro como realización.

Mientras el teatro japonés tiene siempre por base y asunto, por tema sempiterno y obsesionante lo ideal, lo imaginario, lo fantástico (desde los tiempos primitivos y las danzas sagradas de la maravillosa *O. Kuri* hasta el verdadero teatro de Chikamatzu, y desde éste hasta nuestros días), la escenificación e interpretación de estos mismos asuntos irreales se caracteriza por un minucioso y escrupuloso empeño realista llevado a sus últimas y más comineras consecuencias. (Se imita y *se oye* en la escena japonesa el zumbido de los insectos.)

Esta oposición entre el contenido idealista y la exteriorización naturalista, entre el asunto imaginario, fuera de toda realidad, y la expresión natural y realista, es la que define y caracteriza al teatro japonés. No existe, en realidad, en éste ni comedia ni drama propiamente dichos. El sentido que los japoneses tienen de la vida les preserva de la abstracción. De eso ha nacido la fórmula definitiva, hasta hoy, de un teatro (que, en lo hondo, tanto influye en ciertas escuelas artísticas occidentales) y que es el llamado *Kabuki*.

Conviene separar todo lo que a presentación, a postura y montaje escénicos se refiere de aquello otro que atañe especialmente al artista intérprete. En ambos órdenes, las normas estéticas japonesas son minuciosas, imperativas e inmutables. La acción teatral—múltiple y simultánea—se desarrolla, no en un solo plano, como en la mayoría de los tablados de Occidente, sino en planos distintos y en diversos *caminos (hanamichi)* no siempre situados frente al espectador, sino a sus lados también, rodeando la sala.



Una escena de la obra Los guerreros.

Convenciones tradicionales que la práctica ha sancionado ayudan la comprensión de este espectáculo pluralizado. Como ejemplo, citaré la más esencial: los personajes situados en la escena—un poco más elevada que los *caminos*—oyen las palabras, las exclamaciones, los gritos proferidos por los actores invisibles ocultos tras las cortinas de los *hanamichi* (caminos de flores), pero *no ven ni oyen* a los actores que están en ellos. De este modo, una escena ignora a la otra. Otro ejemplo: cae el telón de la escena para llamar y concretar la atención de los espectadores hacia una danza, una pantomima, etc., que tienen lugar en el *hanamichi.*

En cuanto al escrupuloso realismo con que los actores proceden a su caracterización, bastará para dar idea de su extremoso esmero copiar lo que a este respecto ha dicho Maybon, que tan a fondo ha estudiado el teatro japonés:

"¡Cuántos recursos sugiere la imaginación al actor japonés para ser *real!* Este, que debe reflejar una preocupación obsesionante, plantea en su espíritu, antes de salir a escena, un arduo problema aritmético cuya solución aportará a su regreso entre bastidores. Aquel otro, encargado de un papel de espía, que tiene que escudriñar los rincones y recovecos de la escena, se entrenará, para adoptar la expresión conveniente, dedicándose de antemano, en los corredores interiores, a la busca de un objeto escondido. Los corredores del teatro japonés son un laboratorio de gestos y expresiones; allí cada actor, mediante ejercicios repetidos frente a los espejos, compone su personaje."

Análogamente a lo que sucede con la presentación escénica y con la representación simultánea (ayudada frecuentemente por los escenarios giratorios), también en la interpretación hay convenciones y actitudes secularmente sancionadas por la práctica y que ayudan a destacar y señalar actitudes y frases esenciales.

Una de estas formas tradicionales es, verbigracia, el *Ki*, mediante el cual y por virtud de una breve pausa en la que el personaje adopta una actitud hierática, se llama la atención acerca de la frase que va a ser pronunciada. Otros ejemplos: los actores entran por la derecha (del espectador) siempre que se trata de una casa. Jamás descomponen los actores su actitud para corresponder a los aplausos del público. En el fondo, y en cuanto a exteriorización plástica se refiere, el actor es considerado como un autómata. Como tal, necesita su ayuda. De ahí las *sombras* que atraviesan la escena. Muchas veces estas *sombras* no han sido tales sombras, sino realidades: apuntadores y traspuntes, que ayudan a los actores indicándoles y guiándoles, siempre detrás o al lado de ellos como sombras. Es una permanencia de aquel principio estético que fué la belleza más sustantiva del primitivo *no* y que tenía realización plástica en el desdoblamiento del protagonista y la coincidencia en escena del *shite* y el *waki.*

En el teatro japonés, a pesar de las intrépidas intromisiones de algunas actrices notables, no se ha derrocado aún la costumbre de que los papeles femeninos sean interpretados por hombres.

Hasta tal punto se ha generalizado esta inversión escénica de los sexos (que no choca con los gustos del público), que hoy constituye una de las características más esenciales del teatro japonés, a pesar de que, desde hace unos treinta años, algunas actrices representan a veces, con escaso suceso, a no tratarse de una genialidad excepcional (Sada Yacco, por ejemplo), que logra trasponer los linderos de Oriente.

Los encargados de los papeles femeninos adquieren costumbre y gusto y devoción femíneos y procuran habituarse al invertido carácter que se les señala.

Maybon afirma que "las novias de los actores encargados de papeles masculinos sienten muchas veces celos cuando ellos interpretan escenas de amor con actores que representan papeles de mujer". Cita también el caso del actor Jwai Haujiró, que, después del gran triunfo logrado con la interpretación de un papel femenino, se enamoró de sí mismo y fuése a su casa sin cambiar el maquillaje ni el indumento. Viéndole en aquella guisa, su esposa no le reconoció y le increpó, dignísima:

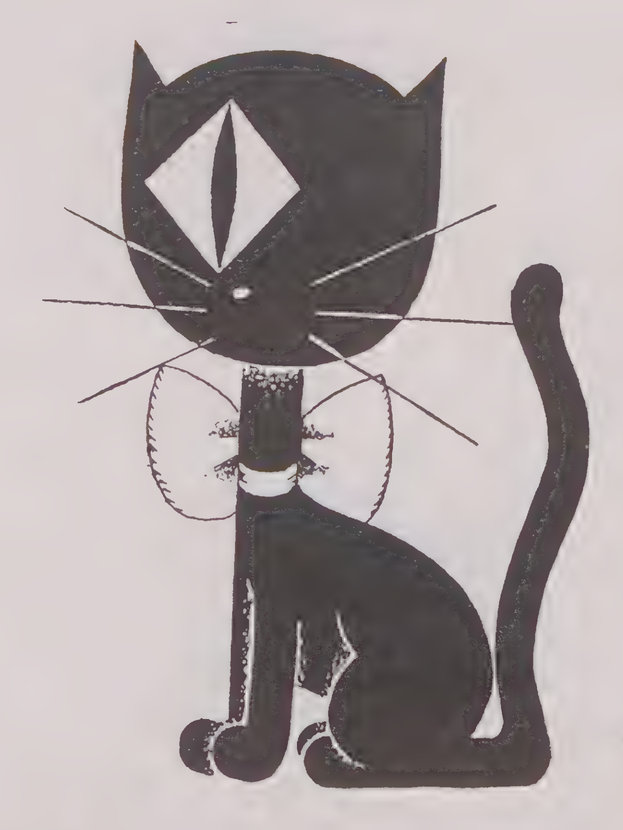
—¿Cómo te atreves, desgraciada, a venir a ver a mi marido?

Claro está que, al actuar en París, la compañía Tsutsui ha tenido, sin duda, que hacer ciertas correcciones al rigor de las circunstancias materiales. Pero, en esencia, sus sesiones han mostrado, en sus peculiaridades más características, el verdadero teatro japonés, enraizado en el género *Kabuki*, que pretende reproducir los conjuntos morales en toda su vasta y variada complejidad de sentimiento y de elementos.

No es, pues, de extrañar que su actuación en el Pigalle haya tenido un gran éxito parejo a la alborozada simpatía con que fueron acogidos en los bulevares los actores japoneses, llevando impávidos sobre la nota policroma de los kimonos la gravedad antipática del sombrero hongo.



Una escena de la obra El país de las flores.



el perro, el ratón y el gato...

El semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas.

El semanario mejor, más completo, para la infancia.
El semanario único en España, con historietas, colorines, cuentos, novelas, deportes, cine.
El semanario que inserta todo el pueblo recortable de Villacaballos de Cartón, con autoridades, futbolistas, colegiales, militares, circos, fieras, ganadería, etc.

Lo dirige el gran escritor antoniorrobles

Concursos espléndidos de 1.000 pesetas

Suscríbase inmediatamente. Un año, 20 ptas.; seis meses, 10 ptas.

Envíe su nombre y su dirección, claramente escritos, a

APARTADO 33 C. I. A. P. MADRID

C.I.A.P.

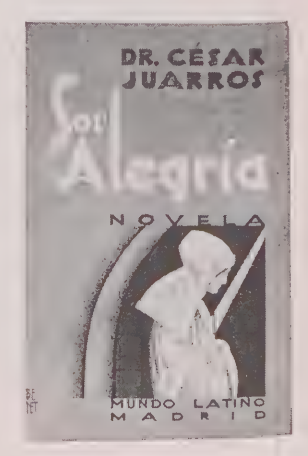


X volumen de las «Obras inéditas» de BENITO PÉREZ GALDÓS, que viene publicando con notas y prólogos admirables ALBERTO GHIRALDO.

Renacimiento

4 pesetas.

Librería Fernando Fe
Puerta del Sol, 15
MADRID



Una de las novelas más hermosas del DOCTOR CÉSAR JUARROS, donde presenta unos amores apasionados entre las paredes de un hospital.

Mundo Latino

5 pesetas.

Librería Renacimiento
Plaza del Callao, 1
MADRID



La genial escritora CONCHA ESPINA reúne en este libro una serie de cuentos tradicionales revestidos de la mejor y más moderna literatura.

Renacimiento

5 pesetas.

Librería Barcelona
Ronda de la Universidad, 1
BARCELONA


KELLY
Representante general para España
C. DE SALAMANCA
BALLOON
KELLY
Apartado de
Correos 935
MADRID
K

Porvenir del Cine Sonoro

Por
Fernando G. Mantilla

VIVIMOS en un siglo mágico. No tanto por lo que tiene de caja de sorpresas, revelaciones científicas y movimientos colectivos inesperados—también hubo algo de eso en el siglo XIX—, como por lo rápidamente que son aprehendidas, conocidas y desestimadas las cosas. Los caminos seguidos en nuestra época son cortos y de final oscuro. Hay una terrible prisa por recorrerlos y comenzar de nuevo. La última palabra se pronuncia inmediatamente después que la primera. Y no hay en ello improvisación, porque se aplicó a todo la máxima intensidad: mayor espacio en menos tiempo.

Por estas intuiciones ya podemos juzgar definitivamente al *cine* sonoro. Del que nadie se atrevía a hablar hace escasamente medio año. Pero ya hemos visto todo lo que teníamos que ver. Los puntos de partida existentes nos bastan para opinar.

El *cine* sonoro no ha acabado con el *cine* mudo. Al contrario. Hemos aprendido, gracias al contraste, a estimar los valores del arte de las sombras con el único idioma de la luz, del ritmo y del gesto. Es inútil que algunos intelectuales, haciendo el corro a los jefes de publicidad de las Empresas productoras embarcadas en la aventura, nos digan que es un arte nuevo. Una nueva técnica no puede ser jamás un arte nuevo, que, para serlo, necesita de un espíritu nuevo, de una iconografía propia. Aunque—como ha dicho Arconada—esté santificado por el micrófono. Que no es más que un vehículo. No cambian los paramentos ni el decorado. El sonido es al cinema lo que a una estatua de mármol los colores imitativos de los naturales. ¿Podrá surgir, de la combinación de la imagen y el sonido, un arte nuevo? Acaso. Si encuentra un genio creador. Pero esa creación es suficiente para distinguirle del cinema auténtico. Será un espectáculo distinto a los conocidos, con probabilidades originales, hasta cierto punto. Todas enraizadas, con antecedentes del teatro y del cinematógrafo. Basados en el sonido y en la luz, no hay más que dos artes nuevos perfectamente definidos: el cinema, arte de luz, y el teatro radiofónico puro, arte de sonidos. Todo lo demás o es una mezcla o es el viejo entretenimiento de los griegos: el teatro.

Pero el cinema, en esta crisis, ha perdido su unidad esencial. Se atomiza en discusiones; deja de ser religión por ser discutido. El arte se nutre siempre del absoluto de su época. Y en este sentido, el *cine* mudo ha conseguido obras que jamás logrará el *cine* sonoro, por sus limitaciones materiales. Ejemplo: *La Quimera del Oro*, primera epopeya de la época capitalista (1870-1915). Si la creación de Chaplin fuese sonora, ¿valdría por eso más? ¿Qué significaría—sino estorbo—oír unos cuantos coros de buscadores de oro o un *jazz* en el cabaret minero? ¿Podrá lograr—el *cine* sonoro—una obra superior a *Hamlet*? Es posible que recorra un camino vacilante desde *Hamlet* a *La Quimera del Oro*. Pero lo que no hará nunca es superarlos. Y para eso no vale la pena tanta anarquía, y menos amenazar de muerte a un arte tan fascinador y juvenil como el cinematógrafo.

* * *

En el *film* cómico, la anarquía introducida por el sonido se ha hecho notar más que en otra clase de películas. Ha llegado a desvirtuar personalidades tan vigorosas como las de Stan Laurel y Hardy, creadores de graciosos poemas surrealistas cinematográficos. Sus últimas producciones parlantes son notoriamente inferiores a la peor de las silenciosas.



Pola Negri.

Oigamos a Mack Sennet, el «padre» del *cine* cómico. Catapulta de Fatty, Charlot, Mabel Normand, Gloria Swanson y tantos otros: «Todo el mundo reconoce la autonomía y la originalidad del cinema —mudo, dice—. Parece mentira que muchos directores no comprendan el valor de esta originalidad; acaso por impotencia para aprovecharla. ¡Pensad en los malísimos *films* parlantes que nos están presentando! ¿Es eso el cinema? ¡Jamás! Dos tipos diciendo tonterías, frente a frente, en primer plano, durante un cuarto de hora. ¡Qué infamia! Hay que terminar con eso, con las piezas de teatro llevadas a la pantalla. Quieren matar al cinema, si no lo impedimos con todas nuestras fuerzas. ¿Acabaréis con el *cine*, bandidos, asesinos, lunáticos?»

«El movimiento, amigo mío—dice Mack Sennet, rojo de cólera y excitado, a su interviuvador—, el movimiento lo es todo. Sin movimiento no hay *cine*. ¡La fotografía que habla! ¿Es que acaso no se había logrado expresar todo, absolutamente todo, en los *films* mudos? ¿No había ya una gracia nueva de gestos y movimiento en las películas cómicas, gracia que había conseguido superar a la de los diálogos más bufos?»

En el resto de la interviú, Mack Sennet llega a apostrofar a los inven-



Una escena culminante de El desfile del amor, interpretada por Jeanette MacDonald y Maurice Chevalier.

...ble actor cinematográfico ...Bathot, en una de sus más ...das interpretaciones.

«El *cine* hablado...—dice el cubano Raúl Roa en la revista juvenil *Orto*—, ¿no parecen los términos de esta ecuación tan inconciliables, por lo menos, como los intereses de capitalistas y obreros? Porque, evidentemente —como aquéllos—, *cine* y palabra se excluyen.»

Mientras el gesto es fruto en agraz—tantas posibilidades restan para su total madurez—, la palabra es limitación, circunferencia microscópica.

«Por eso—continúa *Orto*—, la película aliteraria, esencialmente esquemática, es la que más inefables emociones y sorpresas suscita y deja en nosotros: *Amanecer* y *El Circo*, para no colgar en la tendedera del «verbigracia» sino ejemplos afrodísticos.»

* * *

Para terminar nuestros comentarios, recordemos que hicimos en otro tiempo una concesión al *cine* sonoro: la de innegable adelanto científico. Y en vista de su éxito, más pretendido que real, llegaremos al límite de las concesiones: admitir películas con algunos efectos sonoros, pero filmadas

tores del *cine* parlante, motejándolos de «banda de asesinos» y «vándalos».

«La voz—afirma Charlie Chaplin en otra interviú ya lejana—rompe la fantasía, la poesía del cinematógrafo y de sus personajes. Los héroes del cinema son seres de ilusión, y su naturaleza deriva precisamente del silencio en que viven. Si bien se mira, el cinematógrafo es poesía y belleza creadas en un mundo de silencio, y sólo desde ese mundo de silencio sus personajes pueden hablar a la imaginación y al alma de quienes los contemplan. Hacerles hablar es destruir todo su encanto... Ponerle voz a las sombras es una imbecilidad y un error, tolerable, en todo caso, como negocio para quienes lo hacen; pero que no hablen de arte. Espero que esta locura del *cine* hablado pase muy pronto...»

mudas, con arreglo a la técnica propia del cinema. Con sincronización. Los tenderos de películas, los mercaderes del celuloide, los «vándalos» de que habla Mack Sennet, están, en el fondo, de acuerdo con los que así pensamos. He aquí lo que ha dicho tan significado elemento como el director del *Paramount*, de París, al periodista Lefebvre, de *Cine-Expert-Journal:*

—La sincronización de las películas es siempre preferible al puro *talkie* o *film* parlante.

—Los sonidos, sin embargo—le arguyó el periodista—, son más imperfectos...

—Es posible. Sin embargo, hemos podido comprobar que al público



Jue Carol, Paul Dukas y Lon Siaclin, cuya popularidad han acrecentado los grandes éxitos que están obteniendo en el cine sonoro.

le gustan más los *films* de este género. Además, desde el punto de vista técnico, la toma de vistas y la proyección de películas sincronizadas es mucho más sencilla que la de *films* sonoros. Los *films* sincronizados son más ventajosos comercialmente y, lo repito, gustan más al público. Puede afirmarse que están llamados a un mayor desarrollo que las películas sonoras.

DOS LIBROS CINEMATOGRAFICOS

Vicente Huidobro ha presentado una película escrita: *Mío Cid Campeador. Hazaña*. Ilustrada por Ontañón. Una auténtica novela—novedad—que encierra una magnífica película. Original visión del Cid, visión de cámara cinematográfica. Dedicada a Douglas Fairbanks. Pero que debía ser recogida por los cinematurgos españoles como la primera superproducción nacional de altos vuelos. Confiando en el valor de Rodrigo para traspasar las fronteras cinemáticas.

El otro libro es de Charlie Chaplin, con un prólogo documental de Fernández Cuenca. Si el primero es el libro de un gran escritor que hace una maravillosa película, el segundo es el de un gran cineasta que hace un maravilloso libro. Lleno de hondo sentido de las cosas. Escrito con amarga ironía, a veces cruel. Con sátiras de personas y cosas. Una impía película de Charlot.

Anécdota del «cine» sonoro

Aparte *bluffs* de propaganda, es verdaderamente extraordinario el silencio que debe guardarse en la filmación de películas sonoras.

Pour Vous cuenta, en uno de sus últimos números, la siguiente escena:

«Hace días, en un estudio de Soinville, se dió la orden de guardar silencio absoluto. Se rodaba una escena de un *film* parlante.

Los aparatos, encerrados en cámaras, registraban calladamente metros y metros de *film*. No se oía ni el vuelo de una mosca, salvo las frases entrecortadas de un diálogo nervioso.

Dos electricistas, de repente, notaron olor a quemado. Una parte del decorado, por culpa de un proyector, comenzaba a arder. Pero el jefe electricista, que había observado la escena, les ordenó imperiosamente que guardasen silencio y no se movieran. Al cabo de algunos segundos, brotaron las llamas con gran ímpetu, y todos los asistentes se precipitaron a dominar el fuego con los extintores. Pero había dado tiempo a filmar la escena completa, y el director felicitó a los dos obreros por su prudencia y serenidad.

—¿Qué debemos hacer—dijo uno de ellos al director—si ocurre un terremoto mientras se rueda?

—Ustedes esperarán hasta el final de la escena, y después me dirán respetuosamente: «Señor director, la Tierra se hunde; ¿podemos marcharnos?»

Virgilio en casa de Mecenas

AMANERADO, si queréis; teatral, como todas las composiciones de pintura histórica; excesivamente detallado y redibujado, este cuadro me produjo emoción cuando lo contemplé en el Museo del Luxemburgo hace años, renovada ahora, en que lo encuentro reproducido en *L' Européen* y otras revistas, que celebran y comentan la conmemoración virgiliana. En el cuadro de Jalabert aparece Virgilio recitando versos ante Mecenas. Horacio, coronado de hojas de vid y pámpanos, escucha atenta y deleitosamente. Ilumina el cuadro la luz de un atardecer, y todo él, hasta la lejanía montañosa de los Abruzos, que forman el fondo, parece ungido de una dulce melancolía.

Imaginaba yo, contemplando este cuadro en el Museo del Luxemburgo, qué augusta función había sido la vida de Mecenas en la república romana. Oír a los poetas, escuchar a los poetas y entenderlos y ampararlos de la ignorancia y rusticidad de la muchedumbre, era tanto como crear la misma poesía. Ahora, al cabo de dos mil años, las Sociedades literarias y artísticas inglesas y francesas, suizas y alemanas, y, naturalmente, Italia entera, van a escuchar los versos de Virgilio con aquella misma admiración profunda con que los escuchara Mecenas. Se aprovecha el pretexto de una efemérides —el cumplimiento en 15 de octubre del bimilenario del nacimiento—para evocar la grandeza y universalidad de esta gloria latina, y habrá en su loa no sólo inflamados discursos de fascistas italianos y ásperas discusiones de arqueólogos, sino algo más tierno y conmovedor: el homenaje a la Primavera, que ha llenado de brotes verdes y de flores los árboles y arbustos que se plantaron en el improvisado bosque que llevara durante siglos el nombre de *lucus Virgilianus*...

Ya existió este bosque, formado en el lugar que entonces se imaginara haber sido escenario del nacimiento de Virglio. Recordáis, sin duda, el gesto gallardo y hábil de Bonaparte, que, al entrar en Italia, en 1794, eximió de todo tributo a la aldea en que naciera Virgilio. Y su general Miollis, cuando se instaló en el gobierno de Mantua, secundó el pensamiento napoleónico, creando el bosque sagrado de Virgilio. Desgraciadamente, no hay generosidad de la guerra que sea fecunda... En 1801 llegaron las tropas aliadas de austríacos y rusos, vivaquearon en el bosque sagrado y lo arrasaron luego, para que no quedara huella de la iniciativa francesa.

Y ahora resurge aquella idea feliz. En los versos virgilianos se han encontrado referencias de ciento noventa plantas, y las ciento noventa han sido plantadas ya y han arraigado y florecido en aquella tierra sagrada...

Hay un leve contratiempo, un error histórico y topográfico, producido por la ignorancia de los pasados siglos. Se sabe de modo cierto que Virgilio nació el 15 de octubre del año 70, antes de Jesucristo, en un burgo llamado Andes. Los arqueólogos habían llegado a precisar que este Andes romano era el pueblo moderno llamado Tiepole, a escasa distancia de Mantua, en las orillas del río Mincio, y allí se ha plantado el bosque virgiliano; mas he aquí que el profesor Conway, de la Universidad de Mánchester, que ha dedicado su vida entera a la interpretación de Virgilio, ha demostrado el error en que incurrieron los antiguos arqueólogos. La villa romana Andes no estaba situada donde hoy Pictole, sino en una región mucho más bella, entre los pueblos actuales de Carpenodolo y Calvisono, frente a los Alpes de Brescia. M. Conway ha comprobado sobre el terreno actual algunos detalles anotados por Virgilio en la descripción de su burgo natal. Pero ya no puede corregirse el error con tiempo para que las peregrinaciones preparadas encuentren el bosque virgiliano en el nuevo emplazamiento donde debiera estar.

Virgilio y Horacio en casa de Mecenas.—Cuadro por Jalabert.—Museo del Luxemburgo.

En realidad, al fascismo le importan poco los estudios del sabio virgilianista de Mánchester. Dondequiera se evoque el nombre de Virgilio, aparecerá la figura del «exaltador de la teoría del pueblo predestinado; el poeta imperialista, por excelencia», según lo define su más atinado intérprete y comentarista, Agustín Cartault. El pueblo romano se sentía deprimido ante el pueblo griego, enardecido por la doctrina de la epopeya, en la *Ilíada* y la *Odisea*. Virgilio destruyó aquella sugestión de inferioridad, componiendo la *Eneida*. Es a este poeta, y no al de las *Geórgicas* y *Bucólicas*, al que quiere honrar Italia. La Academia ha organizado peregrinaciones que seguirán las rutas del príncipe troyano en el Lacio. Un buque llevará a los expedicionarios, tocando en todas las playas y puertos cantados por Virgilio. Desembarcarán en Nápoles y Baja y de aquí se dirigirán a Cumes, visitando el antro de la Sibila y la galería romana de la Paz, que pone en comunicación con los lagos de Averne, Lucrin y Furino.

¿Era este poeta de la *Eneida* el que interesaba a Mecenas y encantaba a Horacio? Posiblemente no. Virgilio se redime de haber satisfecho con su epopeya la soberbia del pueblo romano, interpretando a la Naturaleza en las *Geórgicas* y las *Bucólicas*, y así, cercano a la muerte, quiso arrojar al fuego el original de la *Eneida*; pero la verdad es que Mussolini resucita a Virgilio del polvo de dos mil años para que su voz resuene ante Italia y ante el Mundo, repitiendo la profecía del imperialismo romano con su breve: *Tu regere*..., que lanzó las legiones romanas hasta las lindes de toda la tierra conocida...

MÍNIMO ESPAÑOL.

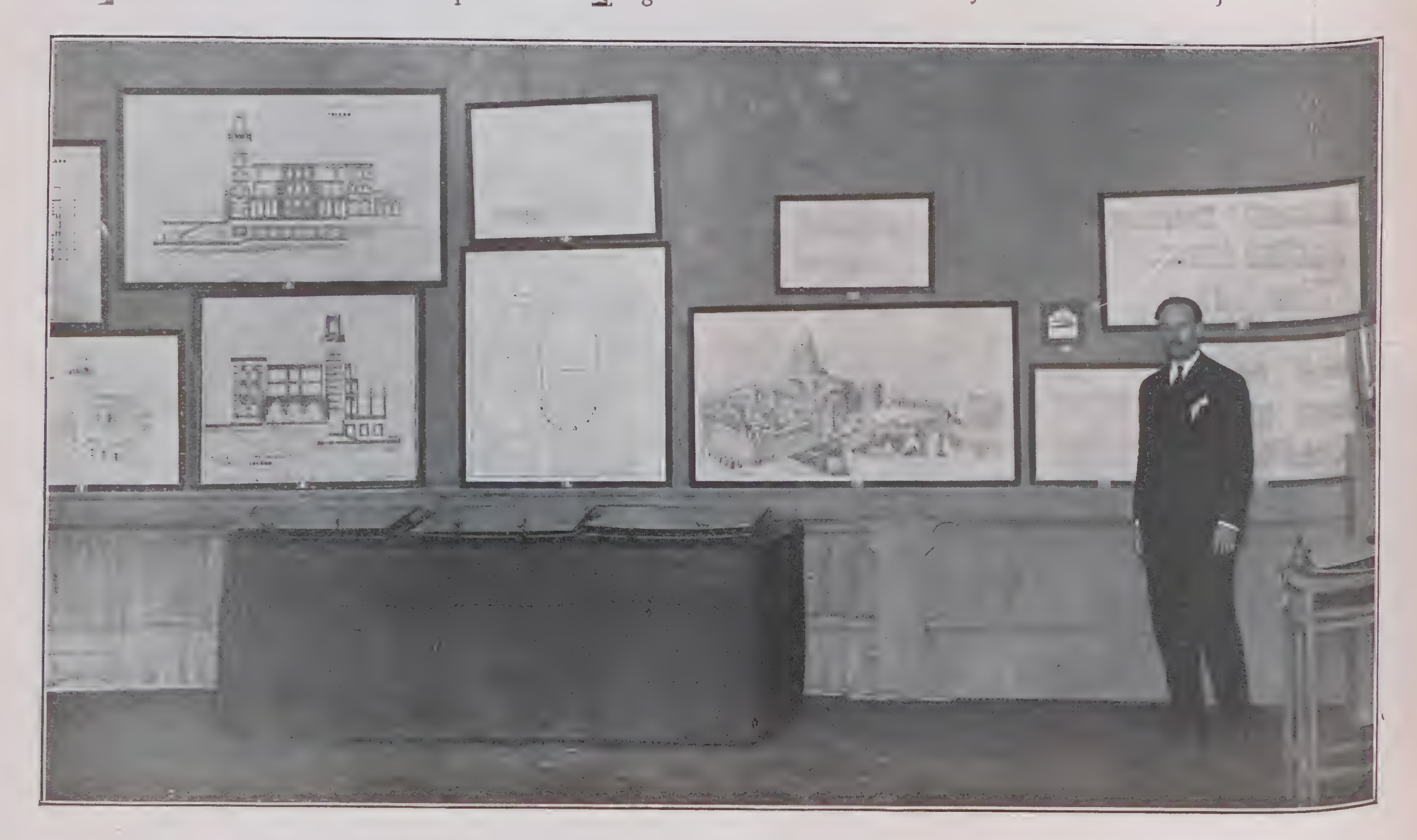
Concurso Nacional de Arte Decorativo

EL TRIUNFO DE ALFONSO JIMENO

El Concurso Nacional de Arte Decorativo consistía este año, en cuanto al tema a desarrollar, en una cierta desviación de su propio carácter. En efecto: se trataba de un proyecto de farol o de grupo de faroles para la fachada del nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Teniendo, pues, en cuenta que, en el fondo, se deseaba un proyecto de ornamentación de un edificio, que debe ir colocado a cierta altura, al exterior y armonizando con el estilo y el exorno totales, se comprende que, más que un concurso para artistas decorativos, era un concurso para arquitectos.

El resultado lo ha demostrado plenamente. Algunos artistas forjadores y repujadores han acudido con nobilísimas obras (sirva de ejemplo el proyecto que con el lema *Andinio* ha presentado el Sr. Barrera, y que el Jurado ha creído digno de especial mención), pero que ni por su estilo ni por sus dimensiones armonizaban con la totalidad del edificio.

Lejos de estos defectos, el proyecto premiado—dos grupos de tres faroles forjados y cincelados—, obra del arquitecto D. Alfonso Jimeno y del repujador D. Julio Pascual, tiene, sobre todas sus otras excelencias de belleza y de gracia, el acierto de la ponderación y del ritmo. Sujetándose voluntariamente al estilo y al modo de la cerrajería del edificio,



Alfonso Jimeno y su proyecto de «Residencia de Pintores y Arquitectos» para Toledo.

ya construída y emplazada, han sabido los autores, con sobria y recia elegancia, aprovechar todas las posibilidades y dar a los faroles proyectados su indispensable valor ornamental, sin que, una vez colocados, puedan destruir con estridencia violenta la línea y el estilo del edificio.

Es, en suma, el proyecto de los Sres. Jimeno y Pascual, elegido entre los diecisiete presentados al concurso, un modelo de adaptación, sin olvido de los valores de creación propia.

A nadie que haya seguido con atención la actividad —cada día más interesante e intensa—de nuestra joven arquitectura, puede extrañarle demasiadamente el triunfo del arquitecto Alfonso Jimeno. Su nombre tiene ya, en plena juventud, el prestigio sólido que procuran los méritos propios y las obras bien logradas. Su carrera es una brillante serie de victorias.

Él ha sido, por ejemplo, el primer pensionado de la Escuela de Arquitectura. Al regreso de su viaje por Holanda y Bélgica, ganó por oposición la plaza de arquitecto municipal de Alicante, y en concurso de méritos le fué después adjudicada la cátedra de enseñanza para aparejadores, en la Escuela de Arquitectura, que hoy desempeña.

Pero esta simple y escueta relación, que abarca un corto número de años, no basta para dar idea de lo que en la arquitectura española contemporánea significa el nombre de Alfonso Jimeno. Porque lo que vale sobre todo en su arte y en el ejercicio con que lo hace activo, es el espíritu por virtud del cual responde a una superior orientación estética y cumple misión de eficacia y belleza.

Alfonso Jimeno, desde los inicios de su carrera, que, por azar, le condujeron a Toledo, se ha sentido voluntariamente vocado a un alto empeño de arte, al que lleva consagrados grandes esfuerzos y desvelos.

Su estancia en la ciudad famosa le reveló la necesidad de hallar una fórmula, una teoría, un procedimiento arquitectónico, mediante cuya aplicación pueda realizarse el engrandecimiento y renuevo de la ciudad sin mengua, deterioro ni perjuicio de lo tradicional y antiguo, que es la razón más pura de su prestigio.

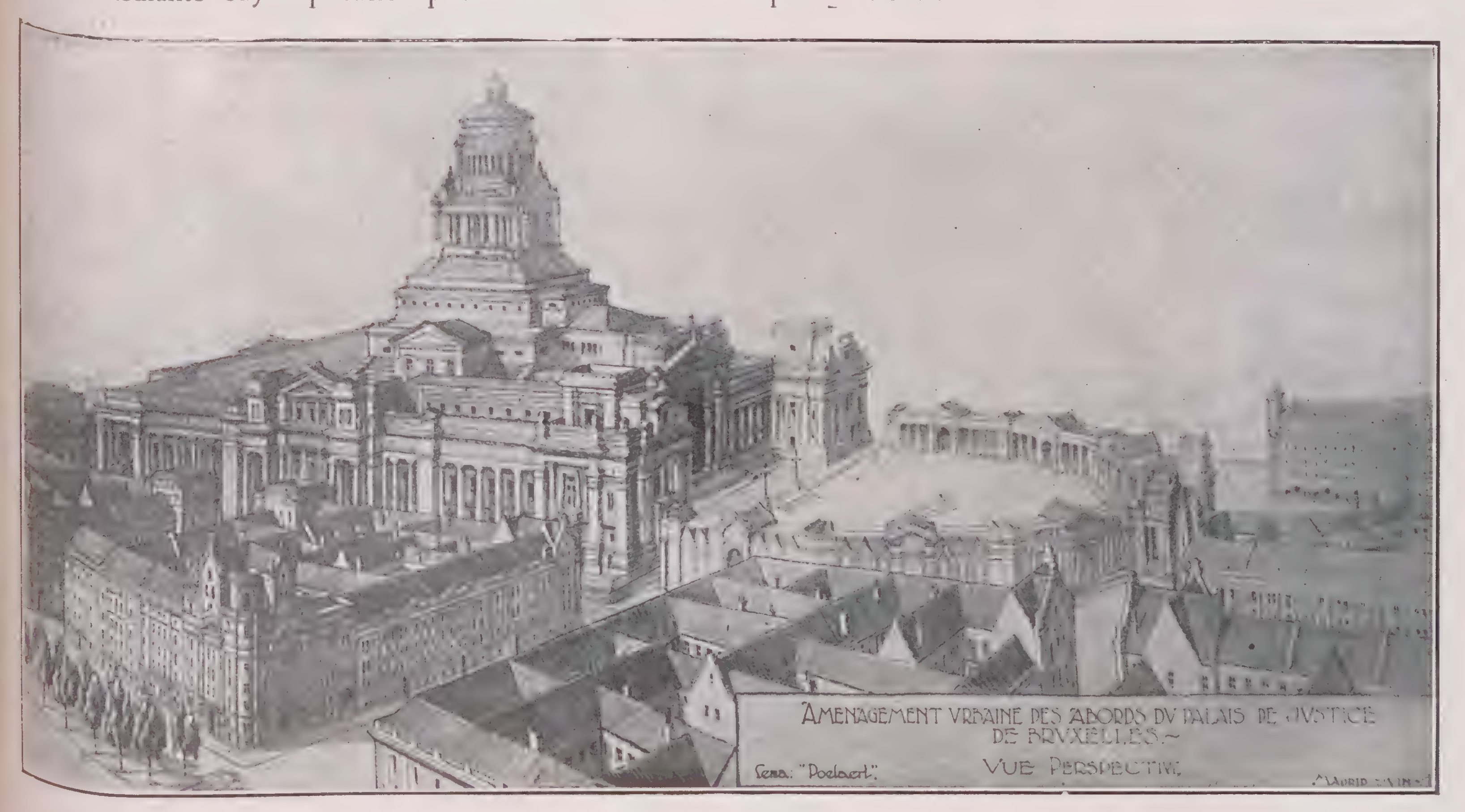
En una palabra: Alfonso Jimeno, desde entonces, comprendió que una de las misiones más importantes de la Arquitectura ha venido a ser hoy la de armonizar, en una imperiosa convivencia, las tendencias modernas con los valores tradicionales. Por eso, al utilizar la pensión que le fué concedida por la Escuela de Arquitectura, dióse a viajar por Bélgica y Holanda, estudiando los procedimientos arquitectónicos seguidos en aquellos países para la conservación de las ciudades típicas, sin que las ahogue y estanque la propia altísima significación de su arcaico tipismo.

Desde entonces se impuso el joven arquitecto español un deber imperativo y gozoso: trazar una pauta arquitectónica para el engrandecimiento idóneo, es decir, adecuado y fiel a las tradiciones, de nuestras ciudades típicas.

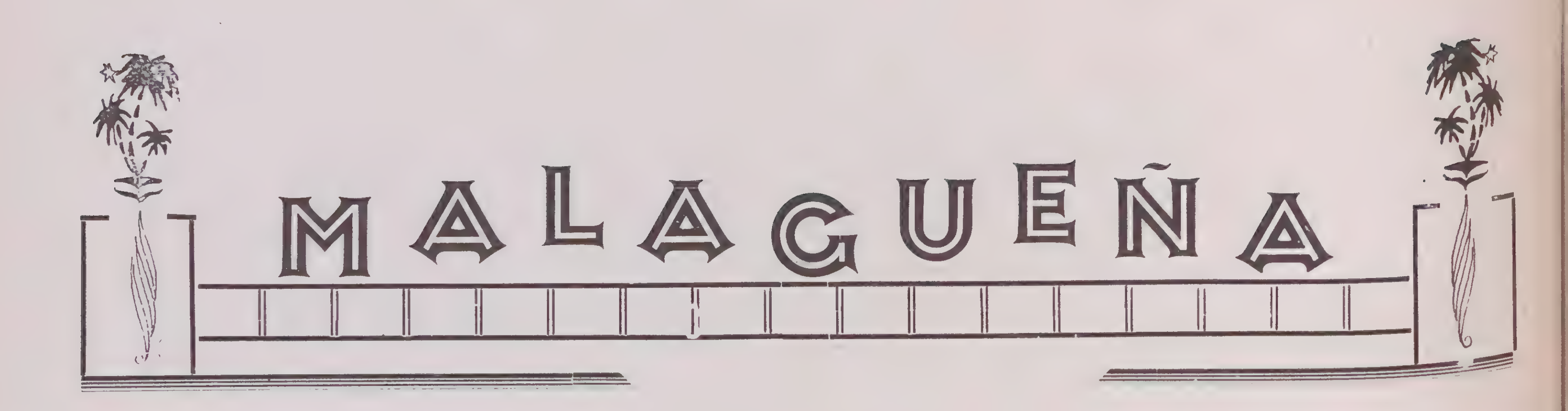
Frutos de aquel viaje y de esta ahincada vocación han sido una espléndida Memoria explicativa, abundante en planos; multitud de trabajos—recuérdese la exposición que reunió hace dos años en el Círculo de Bellas Artes—y un proyecto para Residencia de Arquitectos y Pintores, en Toledo, que hoy puede contemplarse en la Exposición Nacional.

Reúne este proyecto, junto a sus altos e intrínsecos valores arquitectónicos, aquellos otros que le procura su trascendencia social y estética.

Como se ve, la labor de Jimeno merece en justicia el entusiasta apoyo no sólo de quienes están en el deber de cuidar por la conservación y lozanía de los grandes tesoros arquitectónicos nacionales, sino, además, la de todos aquellos que, por virtud privilegiada de su sensibilidad, sientan el amor de las cosas bellas y la responsabilidad de una ciudadanía consciente. Las actividades artísticas de Alfonso Jimeno deberán constituir, sin hipérbole lo decimos, un empeño nacional.



Un proyecto de Alfonso Jimeno.



MALAGUEÑA

Pisando fuerte, alta, esbeltísima, erguida y con la mirada al frente, bajaba por la alegre calle Larios, que a aquella hora matinal estaba ya soleada y ardiendo en luz cegadora.

Magnífica, gallarda, respirando señorío, caminaba despacio, gentil, prócer. Era una hermosísima mujer, elegantemente vestida de negro. Su paso iba despertando exclamaciones y piropos, entusiasmos que, desgraciadamente, no se exteriorizaban en forma de homenaje culto, sino más bien como deseo grosero.

Sin embargo, al cruzar por delante de las puertas de círculos y cafés, donde cientos de hombres bebían y charlaban riendo, era acogida su presencia por algo de respeto, que imponía su andar orgulloso, su seriedad no afectada, su belleza fuerte, lozana, exenta de afeites y adornos.

Era espléndida, majestuosa. Su cuerpo, de líneas impecables, moldeábase en su traje sencillo, y su cabello, color de oro mate, se arrebujaba en su sombrero, chiquito, negro también, encasquetado hasta las cejas. Tan diminuto, que algunos rizos rebeldes pugnaban por salir, y daba la sensación, desde lejos, de ir destocada.

Cruzó de acera para dirigirse al Parque, y de pronto lanzó instintivamente un ¡ay! Con un movimiento rápido intentó recoger su bolso de piel, caído al suelo; pero una mano de hombre galante adelantóse y lo entregó a su dueña. Exclamó, agradecida:

—¡Por Dios! ¡Muchas gracias, caballero!

Y le envolvió en la luz de sus ojos y de su sonrisa.

Cortésmente contestó el muchacho, azorado ante tanta belleza:

—De nada. A los pies de usted, señora... Mejor dicho: divinidad...

Ella quedó seria, y él, un poco arrepentido de la flor, quedó descubierto, como alelado, viéndola marchar, con su andar de diosa, de reina. Y no pasó más.



II

Y aunque nada más había pasado, su carácter meridional, su imaginación andaluza y, sobre todo, su superstición, como buen hijo de tierra de mucho sol, le decían que habían ocurrido la *mar* de cosas. Clavado en la acera, con el sombrero *ancho* aún en la mano y con el asombro reflejado en sus ojos, vió cómo poco a poco iba desapareciendo de su vista aquella divina silueta de mujer, aquel encanto de criatura, que sólo con una mirada sin amor, con una sonrisa forzada, sociable, le había inundado el alma de ese dulce bienestar que produce, alegrándonos el espíritu, la contemplación de la belleza.

Recordó también, con algo de pena, la seriedad que adoptó al oír el piropo, que jamás le había nacido ni tan espontáneo ni tan sincero. Era guapa, guapísima. Ojos muy negros, boca muy roja. Muy blanca, muy rubia, y muy limpia, a juzgar por sus dientes, de un color nítido de espuma de mar.

Resumió con una frase muy andaluza, flamenca, que si no es galante y aristocrática, es, en cambio, gráfica, castiza y de moda: «Buena mujer...» Y entró en el «Casinillo», para tomar su *chato-vermouth*.

III

Con una huella mucho más profunda de lo que él se había imaginado, quedó grabada aquella mujer en el corazón de aquel muchacho, vehemente y noble. Todas las ma-

MALAGUEÑA

ñanas acudía al Parque con la esperanza de volverla a ver. En honor de la verdad, no le guiaba esa dosis, más o menos pequeña, que todos los hombres tenemos del antipático y arcaico *Don Juan*. Iba a verla, a contemplar su hermosura, a gozar imaginándose que aquella mujer pudiese quererle algún día.

Hacía quince días que había llegado de Londres, después de una ausencia de cinco años, de su Málaga. Y Málaga la bella, Málaga la sonriente y siempre bonita y simpática, le recibía con ese ensueño de mujer como no había visto nada parecido en el mundo.

Casi todas las mañanas lograba verla, paseando sola, seria, y con una distinción y ritmo que le extasiaba. Venerándola, devorándola con los ojos, seguía sus actitudes, sus maneras, sus menores movimientos. Ella ni se daba cuenta de aquel muchacho ni de su adoración.

Poco a poco, insensiblemente, fué apoderándose de todo su ser un deseo vehementísimo de hablarla, de cambiar, aunque fuese como amigos, impresiones de su vida con aquella criatura celestial. Fácil le hubiera sido buscar quien le presentara, pero le daba horror poder dar motivos para empañar aquel amor diáfano, dulce y romántico que le llenaba el pecho. Odiaba la curiosidad pública, y guardaría siempre el secreto dentro, en lo más profundo de su alma, donde sólo estaba ella.

Así estuvo varios días luchando. El amor recatado tornóse, rápido, en amor vehemente, imperioso, arrollador, impulsivo. Necesitaba hablarla, fuese como fuese, decirla pronto y aprisa todo lo que sentía y le ahogaba el corazón. Todo lo demás eran tonterías, niñiedades, que le robaban la felicidad que tenía tan cerca y tan hermosa.

Y un día, precisamente el designado por él para descansar de aquel suplicio, se despejó todo lo que de misterioso podía haber urdido su temperamento andaluz. Sin querer, sin preguntarlo, lo deslizó al oído un amigo. Le dijo, quedo, silencioso, como profundizando la herida, estas palabras, mientras pasaba ella, arrogante como siempre:

—¡Mira, ahí va Fernanda! Todavía está guapa, a pesar de lo que ha sufrido.

—¿Quién?—preguntó, ahogándose.

—Sí, hombre; la mujer de Enriquito Portal, digo, la que fué su mujer, porque ya se han separado definitivamente.

Y añadió:

—¡Lástima de mujer, tan buena y tan hermosa, caer con semejante golfo!

. . . .

IV

Tarde de primavera andaluza. Fiesta campera. Mucho sol, mucha alegría, mucho vino y mucho ingenio. Gracia, donaire, ganas y contento de vivir. Flores y cante jondo...

—Yo recuerdo haberlo visto antes de ahora.

—Es posible, señora; aunque llevo poco tiempo aquí.



—¿No va usted por las mañanas al Parque?

—Sí, efectivamente; voy mucho. Vengo ávido de sol.

—A mí también me encanta.

. . . .

—¿Le gusta el cante flamenco?

—Muchísimo; pero, no sé por qué, me hace llorar.

—Porque es usted una mujer de corazón.

—No, no; es que lloro en seguida, por cualquier cosa... ¡Soy muy tonta!

—O muy inteligente. Siempre he creído que las lágrimas son hijas de comprender la vida, tal como es. Los tontos ríen, ríen mucho, pero fíjese que casi nunca lloran.

—¿Usted cree?...

. . . .

—¡Eso será una opinión de usted!

—Razonable, ¿no?

—Sí, y caritativa también.

—No hay derecho a que una mujer buena y hermosa...

—Sí, sí, tendrá usted razón; pero le ruego...

—... La vida...

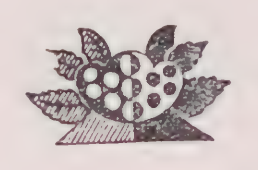
—No se canse, se lo suplico. Nosotras, las mujeres, cuando queremos, queremos así; es nuestro modo de querer, es nuestro cariño y nuestro orgullo... ¡Adiós!...

. . . .

Y en el campo, en la noche andaluza, rasga el aire el ¡ay! vibrante de una copla. Es una pena que canta, y escalofría, y fulge como una puñalada.

Nace triste, opaca. Va creciendo, creciendo y se aproxima al cielo como ofrenda... Decae al verse cerca, disminuye, se duerme, va muriendo poco a poco, despacio, y al final se apaga como un tenue suspiro de mujer...

PEDRO RISTORI MONTOJO.





Arquitectura y Decoración

BARROQUISMO MADRILEÑO



RATAR de desvirtuar lo que otros dijeron en materia de arte, relacionado con el buen o mal gusto, es labor ímproba e imposible; la diferencia de criterios tiene que existir, y si esta dificultad se encuentra en la totalidad de las materias de arte, en la referente al aprecio de la belleza, en el estilo barroco, tiene que ser mucho mayor, teniendo en cuenta que con rara unanimidad, desde su creación hasta el primer lustro de este siglo, fué agraviado y escarnecido.

Véase entonces si sería tarea difícil el que nosotros intentásemos demostrar lo contrario de tantas generaciones; pero tenemos a nuestro favor una corriente intensa y profunda en la juventud actual que nos hace salir al palenque, casi con la certeza de que seremos los promotores de un homenaje de simpatía y justa admiración a los artistas, muchos ignorados, de un estilo que en su tiempo les valió contrariedades sin cuento.

La coincidencia, la rara unanimidad actual en el elogio del estilo barroco y la realización de algunas obras muy estimables de este estilo en Madrid son muy dignas de estudio.

No puede concebirse que exista ninguna diferencia entre la educación actual y la de nuestros antepasados, para que hoy juzguemos como bueno lo que aquéllos juzgaron como muy malo. ¿Puede establecerse alguna diferencia entre la mentalidad de aquéllos y la nuestra? Tampoco.

Ni lo anteriormente citado ni la moda son causas que lleguen a justificar cumplidamente la diferencia de unas y otras opiniones; a nuestro juicio, las causas son debidas al intermedio transcurrido desde la última manifestación de estilo que ha perdurado, y que se refiere al denominado imperio, hasta hoy, por la sencilla razón de que hemos tenido ocasión de estudiar muchas modalidades, sin sujeción a reglas establecidas, abigarramientos desquiciados, sacados sin norma de todo el arte conocido hasta el día, que nos ha hecho volver la vista y fijarla apreciando todo el valor que tiene aquello que los de su tiempo y sus sucesores hasta hoy calificaron de locuras, monstruosidades artísticas, etc., etc.



Detalle decorativo del puente de Toledo.

Nosotros hoy entendemos que la transición de los estilos anteriores al barroco no estableció esa ley natural de solución de continuidad, para que las inteligencias pudieran asimilar de un golpe su extracto; por eso fué repelido. Aquellas retinas no podían acostumbrarse en un momento, sin herirse, a mirar reposadamente aquel arte nuevo, y nació con el baldón de no tener nombre genérico, sino un mote.

En España no hemos dado la importancia que ella tiene en sí a la modalidad ba-

Arquitectura y Decoración

rroca ni aun hemos sabido definirla; sin embargo, en el extranjero se le ha prestado la atención que merecía, particularmente Martin Shaw Briggs y Otto Schubert.

La hipótesis más plausible sobre la palabra barroco es que proviene de "verruca" del latín, "una verruga"; fué aplicada por los joyeros a una perla defectuosa (barocca), y más adelante se generalizó, dedicándose a todo lo fantástico, raro y decadente en el arte y hasta en la naturaleza.

Algunos escritores consideran sinónimas "barroco" y "rococó", pero padecen una gran equivocación, porque "rococó" se deriva de la palabra francesa "rocaille", rocalla en español, que se emplea al trabajo que imita a las rocas.



Detalles ornamentales del puente.

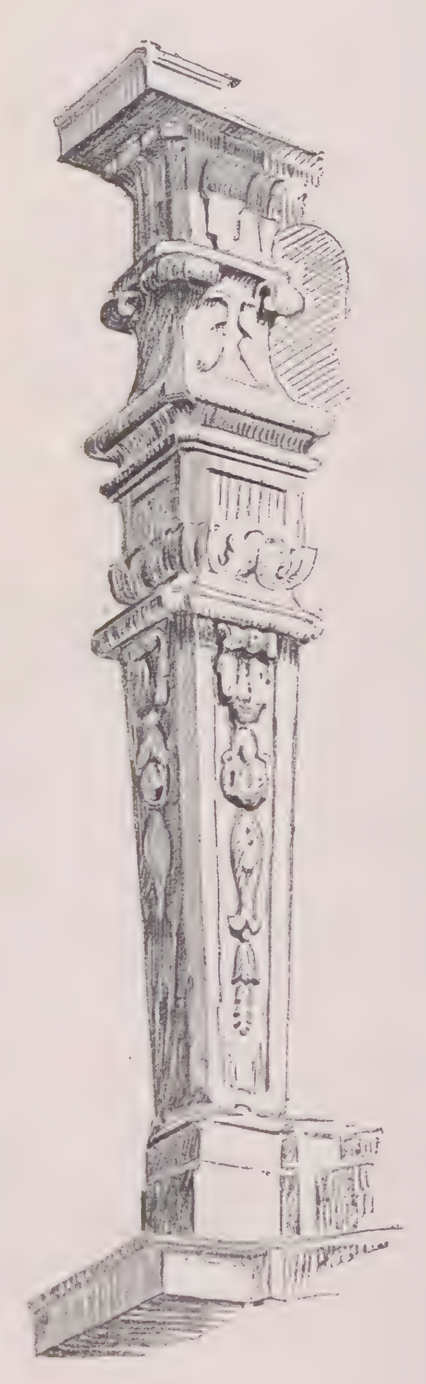
Entre las obras barrocas madrileñas tenemos una interesante en extremo, y es el puente de Toledo, en el que se reproduce la figura de nuestro excelso patrón San Isidro el Labrador. El puente se construyó en 1735, siendo corregidor el marqués de Vadillo, y dice Ponz en su obra y capítulo de Madrid: "*y tuvo la desgracia de haber tenido a sus órdenes los más ridículos arquitectos que hasta entonces se habían conocido*". Añadiendo en otro párrafo: "*Llegó la cosa a términos que el más extravagante lograba más estimación.*"

Por los documentos del Archivo Municipal se saca en consecuencia que el emplazamiento del puente es de suma antigüedad, pudiendo afirmarse por ellos que el puente primitivo fué de madera, como así se presume por unos versos de Lope de Vega que dicen:

"La puente, a quien da nombre y señorío
La ciudad Imperial, honor de España,
En madera gastada, al viejo río
Sólo sirve de báculo de caña."

El marqués de Vadillo, al proponer al Concejo la construcción de un puente nuevo, dice que es conveniente, por la indecencia que supone en una corte adonde Sus Majestades asisten y "*precisamente han de pasar para su Real Sitio de Aranjuez, como por la incomodidad que padecen los trajineros en tiempo de invierno por ser suelo terrizo y de cuatro palos, tan estrecho que no pueden pasar más que un coche, galera o calesa, obligando a otros llevados de más prisa a arrojarse al río en donde peligran sus acémilas*".

El puente costó 6.430.660 reales vellón con 17 maravedises.



Es lamentable que hayan desaparecido los proyectos de

Arquitectura y Decoración



Silueta general del puente de Toledo.

tal obra, pues es indiscutible que han tenido que existir, y sólo la incuria y el abandono nuestro hacen que estos documentos tan valiosos no estén en el Archivo Municipal, y así se sabría su autor, que hoy también se ignora.

Los manes de Simón Martínez de la Vega, Juan de Setién, Félix de la Riva, Francisco de Casuso, Teodoro Ardemáns y Pedro de Ribera, son los únicos que pueden revelarnos cómo, cuándo, por quién y en dónde se hallan los proyectos de una obra a la que contribuyó todo un pueblo, primero con su óbolo y después con su olvido.

Detalle ornamental.

Ya que el tiempo nos hace ser actores en el desarrollo de la marcha artística actual, nos congratulamos de escribir estas líneas en homenaje de aquellos artistas calumniados y escarnecidos. El tiempo les dió la razón. Recojamos nosotros sus enseñanzas, e inspirándonos en sus obras, realicemos otras que dejen raíz profunda en los cimientos arquitectónicos modernos. Ello servirá para glorificar a los creadores de aquella escuela, honrando a la vez a la generación actual de arquitectos artistas.

ANTONIO PRAST.

Dibujos de Bustos.



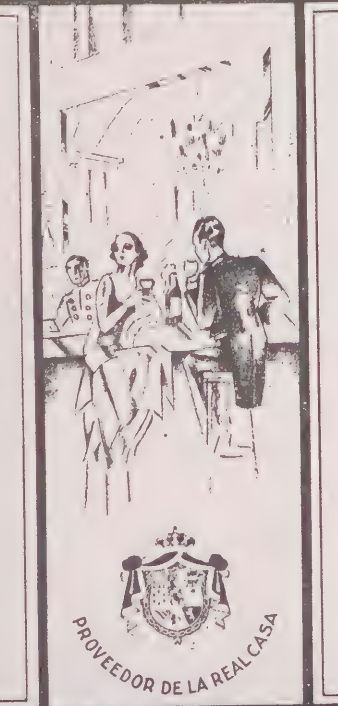






Dibujo de David Roberts.

CHAMPAGNE

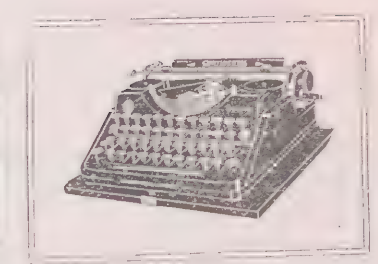




En todos
los lugares
se estima como
insustituible al
CHAMPAGNE
LOUIS ROEDERER
El vino dorado de
la sana alegria

De venta en todos los buenos establecimientos
Agente general para España y Portugal:
C. TOURRETTE. - 25, Rue Bergère.-PARIS

LOUIS ROEDERER



MAQUINAS
DE
ESCRIBIR

CONTINENTAL
PORTATIL Y DE OFICINA

Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos

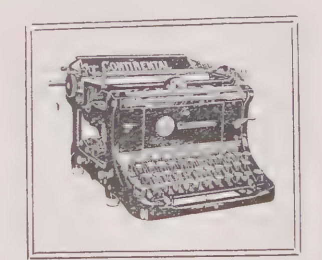
FERNANDEZ, LANGA Y C.ª, S. L.

Pí y Margall, 18.-MADRID

Muebles prácticos para oficinas

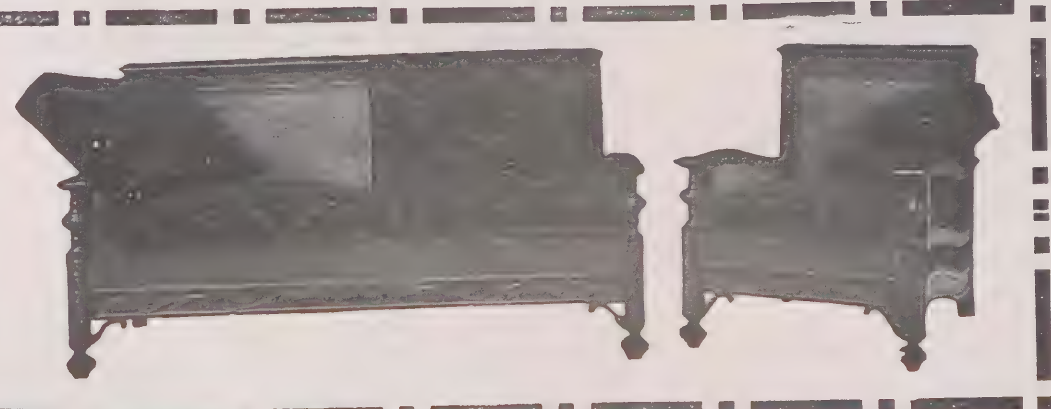
PIDAN PRESUPUESTOS PARA INSTALACIONES COMPLETAS

ACCESORIOS PARA TODA CLASE DE MAQUINAS





GAONA
MUEBLES DE LUJO ECONOMICOS
TAPICERIA
DECORACION
Y PROYECTOS
MADRID - HORTALEZA, 71
TELEFONO 10568



CAMISERIA
NOVEDADES



10, CARRETAS, 10
MADRID
TELEFONO NUM. 16399

Las Casas de España en Europa

Inauguración de la Casa de España en París

Asistiendo el embajador de España, señor Quiñones de León, se celebró recientemente la fiesta inaugural de la Casa de España en París. Figuran en su Directiva el señor S. de Lawagoiti, presidente, y el señor Granzow de la Cerda, vicepresidente. Parece innecesario encomiar la obra patriótica, de afirmación y expansión españolas, que realizan estos hogares de la patria en el Extranjero.

Así como en Roma y en París y en Londres existen ya estas hidalgas Casas de España, debería el Estado conseguir que en todas las capitales europeas hubiera una Casa de España, tan grandiosas como las que han creado nuestros compatriotas en América. La inaugurada en París no desmerece, en la medida de lo que ha sido posible, de sus hermanas. Está situada en el número 82 de la rue de Saint-Lazare, en pleno centro, a dos pasos de la Opera y de los bulevares, en una calle amplia y animada.



Biblioteca de la Casa de España en Roma.

Cosmópolis se propone dedicar amplia información a este hogar hispánico establecido en París. Debería utilizarse para iniciar allí la política de bibliotecas en el Extranjero, que ya realizan los Estados Unidos.

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo y...

Malabar.—"Gris" llama usted a su "historia", y a fe que acierta en el título. Si acertara igual en lo restante, todo marcharía bien; pero tal como está, no hay modo. Algo mejores son los versos, que, sin merecer por entero nuestra aprobación, es en lo que creemos que debe insistir. Trabaje.

J. Romaguera (Valladolid).—Su "camino ideal", ni demasiado viejo ni bastante nuevo, es en cambio algo caótico en la forma. La misma vaguedad—inseguridad más bien—en la idea. Hay que trabajar mucho. Y romper, ¡romper!

T. G. del A. (Carrión).—Recibida su composición "Anochecer", demasiado vulgar de expresión. La chabacanería, siempre un defecto grave en literatura, es completamente intolerable en poesía.

S. M. M.—Tampoco nos sirve el soneto "Ambición" por ambicioso, ampuloso y conceptuoso. "La nube" suena a cosa demasiado vieja y no buena. Lo sentimos.

Josefina (Habana).—Estamos desolados, señorita. Nuestra satisfacción hubiera sido poder encontrar perfectos sus envíos. Pero no ha podido ser. En literatura, las buenas intenciones no bastan, y hay que cultivarlas amorosamente leyendo, leyendo mucho, antes de ponerse a escribir.

J. M. P. (Vigo).—Imposible aceptar ninguno de sus trabajos. "La mendiga" es pobre, y conste que no es chiste. Como no lo es tampoco que "El viento" está mejor, pero es defectuoso; gravísimo defecto que, aumentado, da por tierra con sus desgraciados "Castillos de Galicia".

Gonzalo R. M. (Melilla).—Se ha ido al cesto él solito, por un impulso espontáneo que nunca le agradeceremos bastante.

Mileneo (Puerto Rico).—No nos sirve su "Noche en el Morro". Lo sentimos.

F. G. S. (Caravaca).—Hizo usted mal en redactar como lo ha hecho la carta con que nos envía su composición titulada "Amanecer". ¿De dónde ha sacado usted, querido amigo, que nuestro fallo había de serle favorable? Porque de ese "amanecer", en el que hay una luna con reflejos de esmeralda, no es posible que haya sido. ¡Palabra!

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la Revista. Rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: "Para la sección Los escritores nuevos". Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»
CUPÓN
que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea



Romance del pescador loco

1 Trepa a mi barca, viejo pulpo gordo.
No temas. Abrázate al remo.
Sal de tu espuma, estrellita del Sur.
Tu carne es de luz, como quiero
que sea el seno de mi novia.
¡Hola, caballo marinero!
¡Qué linda rodela de fiesta
con algas y con sal te has hecho!
Martín-pescador, ven aquí,
que tú sabes encantamientos
y me ahuyentarás las brujas
si se me quedan en cruz los remos.
Calamar, rey de armas;
y tú, erizo, soldado de Sigfredo;
y tú también, ¡qué diablo!, sardina,
cenicienta del mar, ¡adentro!

2. ¡Subid a mi barca! Os convido;
conoceréis mi secreto.
¿Queréis saber dónde guardo mis redes
y cómo pesco?

3. Mi red no tiene cuerdas rojas.
¡Yo la tiendo en el cielo!...
Miradla, toda blanca... Los nudos
son los luceros.
La Luna tira de una punta,
y yo tiro del otro extremo.

4 Con esa red maravillosa
os pescaremos
de súbito, la noche grande
en que los hombres queden yertos
y estén vacíos los palacios
y vacío el cafetín del puerto.

5. Entonces caerán mis redes,
y os iréis a vivir en seco.

6. Estrellita... ¿Querrás, querrás,
que tú y yo nos casemos?
Tejeré, con hojas de fogata,
un pañuelito para tu cuello...
¡Y comerás, luna de miel, la Luna
en un molino de viento!...

FEDERICO MIÑANA.

Dibujo de Perals.

J. V. B.—Creemos haberlo tenido que aconsejar muchas otras veces ya. Hay que leer, leer mucho, leer incansablemente. Y después, si es posible..., no escribir.

Lagos (Barcelona).—Bien intencionado el soneto "La dulce espina" que, por segunda vez según usted, y por primera según nosotros, llega hoy a nuestras manos. Pero ni la intención le salva. El arte no puede nutrirse más que de realidades, y la realidad es que falta fluidez y galanura y hasta una dirección precisa en todo lo que nos envía.

A. Romero (Sevilla).—¿Nos permitirá el Sr. Romero una pequeña confianza? ¿Por qué no prueba usted a enviarle directamente a Carmen los versos sin medir que nos remite a nosotros? Apostaríamos cualquier cosa que a ella le parecerían mejor seguramente. Por lo menos, siempre hemos oído decir que el amor hace milagros.

Michavila (Barcelona).—Recibidos "Tus ojos" y los dos sonetos: "Búsqueda inútil" y "Tu ausencia", que sentimos no poder aceptar. Les falta verdadera inspiración y tienen gravísimos defectos de forma. En la mayor parte de los versos, el ritmo se quiebra bruscamente, y el reiterado empleo de palabras inútiles para cuanto no sea conseguir la medida, va en notorio daño de la necesaria claridad de expresión.

J. O. Olaria (Barcelona).—Las nobles preocupaciones espirituales de que nos habla, y de las cuales nació a la vida literaria "El alma del columnario derruído", son tan turbadoras y tan hondas, que no es extraño que su composición se resienta por sobra de nebulosidad. La misma forma se resiente por idéntica causa, mezclándose en las estrofas ritmos diversos, lo que no estaría mal, y formas de expresión antagónicas, lo que ya no está ni medio bien. Para esquivar estos defectos quizá fuera buen recurso abordar primeramente temas menos amplios, más sencillos, en los que la forma no tenga que luchar con graves dificultades, y dejar los trascendentales para cuando aquélla esté lo suficientemente dominada.

A. A. B. (Madrid).—¡Lástima que su "Historia vulgar" lo sea tan definitivamente! Con otro asunto, la soltura de que hace alarde en la versificación quizá hubiera podido convencernos. La "Voz sideral", en cambio, se resiente por demasiado conceptuosa, y es menos fácil de forma. Trabaje. Creemos percibir en sus cuartillas positivas condiciones para poder cultivar con éxito la forma poética.

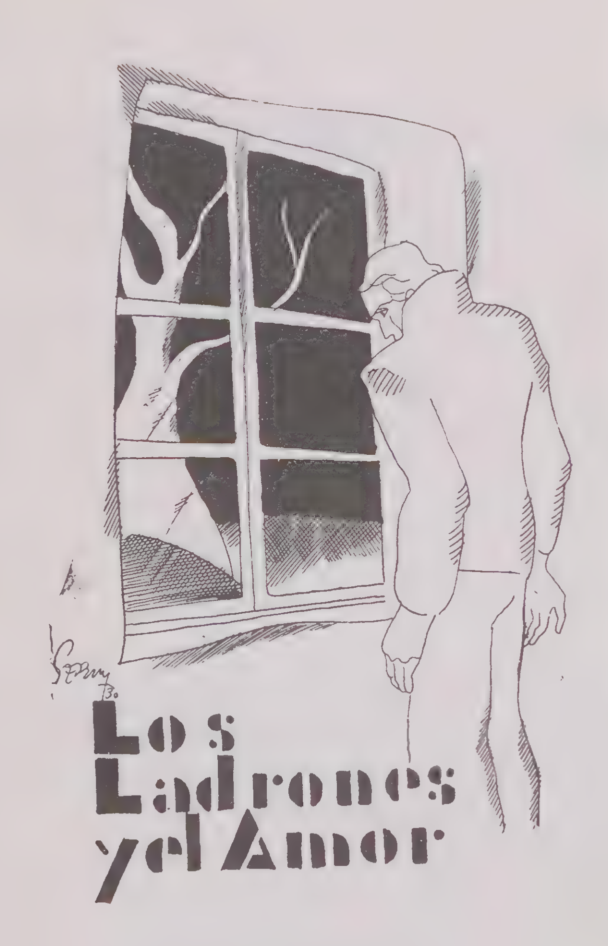
Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de los originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección "Hemos recibido su trabajo y...", en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



Los Ladrones y el Amor

En los árboles desnudos
bate la lluvia y el viento.
Se ahila el agua en los cristales,
en un lloro frío y terco.

Tengo miedo a los ladrones,
que ignoran que nada tengo.
¡No saben que una mujer
robóme amor y dinero!...

Llaman a la puerta, y, casi
sobresaltado, contesto:
¿Quién es? ¿Que es una mujer?...
No te abro, pues. ¡Tengo miedo!...

¿Que eres tú, dices? ¿Y vienes
en esta noche de invierno
a que abra de par en par
las puertas de mi aposento?

No insistas. No te abriré...
Ya no quiero lobos dentro
de mis caudales mezquinos
y mis nobles sentimientos;
¡porque vienes, como entonces,
no por amor, por dinero!...

¡Mi cartera está vacía
y mi corazón ha muerto!...

Jesús M. GARCIA.

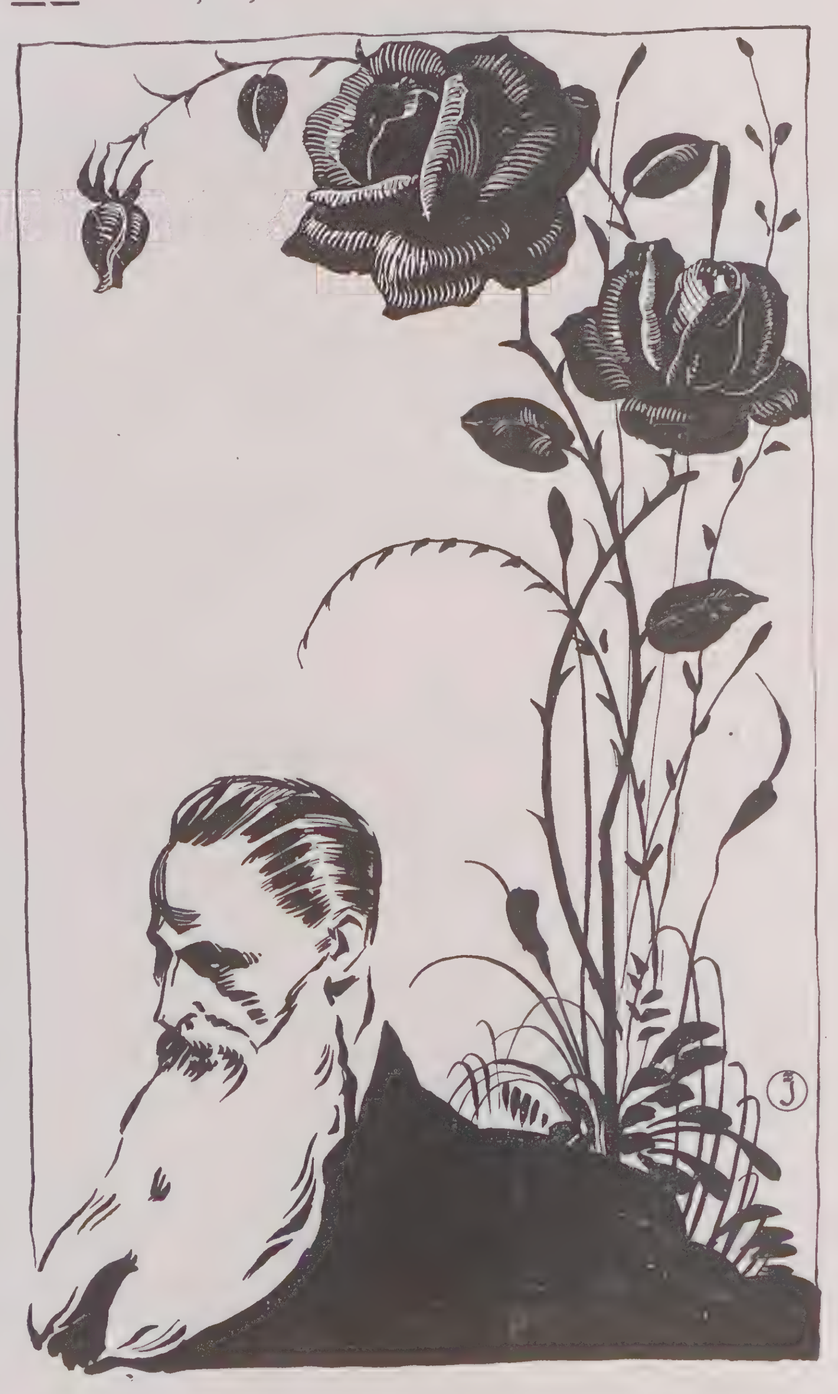
Dibujo de Serny.

EMOTIVOS

Rosas rojas de otros días,
que perfumaron, mimosas,
las suaves melancolías
de mis horas silenciosas.
¡Rosas de mis alegrías!...
Jamás a las ansias mías
retornarán deleitosas,
que vivo de lejanías
y ya en mi jardín no hay rosas.
¡Rosas de mis alegrías!
No volverán, milagrosas,
a encender mis deliciosas
inquietudes de pasión:
que en el alma ya es invierno,
y hay un frío casi eterno
dentro de mi corazón.

Manuel ALFARO.

Dibujo de Jansen.



Divulgaciones de "Cosmópolis"

EN EL MUNDO DE LOS NEGOCIOS

¿QUÉ ES UN «MILLARDO» O «MILLARDA»?

Es frecuente encontrar, en los artículos periodísticos que tratan de cuestiones financieras, usadas las palabras «millardo» o «millarda», en una adaptación un poco bárbara de la palabra francesa *milliard*. El *milliard* equivale a la cantidad que en castellano expresamos con las dos voces de «mil millones», o sean 999 + 1 millones. Hasta fines del siglo pasado, esta cifra parecía destinada sólo a expresar cantidades astronómicas. Sólo en el espacio infinito se concebía que existieran distancias o pesos en tan enorme suma. Ya, sin embargo, en 1871, el tratado de Francfort impuso a Francia, vencida, la indemnización de cinco mil millones, cinco «millardos», que decimos ahora. Posteriormente comenzó a hablarse de capitalistas norteamericanos, reyes del petróleo, del algodón o del cerdo en conserva, que habían llegado a alcanzar fortunas que excedían la cifra de mil millones. Aun así, hasta que comenzó a liquidarse la guerra europea no empezó a hablarse de miles de millones, en la asombrosa cuantía que hoy lo hacemos, como si se tratase de cantidades insignificantes.

Como, en realidad, hablar de mil millones no era cosa frecuente, nuestro idioma carecía de palabra para expresar esa cifra. Y de aquí la invención de la palabra «millardo» o «millarda», dándole cada cual el género que mejor le parece. ¿Se tiene idea, en realidad, de lo que representa un caudal de mil millones?

Baste decir que, poseyendo este capital en pesetas, y colocándolo a un interés del 4 por 100 anual, produciría una renta de cuarenta millones; lo que significa una renta diaria en que se ofrece el curiosísimo problema aritmético de esas cifras que van disminuyendo hasta el infinito sin término posible. En efecto, la renta diaria de ese capital está representada por una serie de *unos:* 111.111,11; y así, sucesivamente, una milésima, una diezmilésima, una cienmilésima, una milmilésima, etcétera, etc.

Esta linda renta da idea aproximada de lo que representa un «millardo». En monedas de plata son cinco millones de kilogramos. Si este peso estuviera constituído por barras de una pulgada cuadrada, y se colocaran estas barras una a continuación de otra, alcanzaría una longitud de 565 kilómetros, o sea un recorrido superior al que hay de Madrid a la frontera francesa: exactamente la distancia que hay de Madrid a Bóveda, estación situada más allá de Monforte de Lemos, en la vía de Galicia.

Con esta cantidad de barras se podría formar una muralla alrededor de Madrid que tuviera de altura más de 15 pies; y si se quisiera pavimentar con ellas una carretera ancha de cuatro metros, se llegaría a extender este firme especial sobre 132 kilómetros.

En pesetas contantes y sonantes, el que dispusiera de un «millardo» de pesetas podría formar un cordón que tuviera 23 millones de metros de longitud; es decir, una cinta de plata que podría cubrir la mitad de la circunferencia de la Tierra, y aun sobrarían 37.500 kilómetros de cinta. Se ha hecho aún un cálculo mucho más curioso. Si el año 1 de nuestra Era cristiana se hubiera encerrado este «millardo» en una máquina que expeliera una moneda por minuto, habría estado lanzando fuera de ella monedas desde que andaba Jesucristo por Judea, y no hubiera quedado vacía hasta el pasado año de 1918.

Parece ser que no hay ningún «millardario» en España. Hay bastantes en los Estados Unidos, y los hay en Oriente, donde el dominio o magharato de los pueblos permiten a sus tiranos o señores feudales acumular numerosas riquezas. En los tiempos actuales, con los atrevimientos financieros, en que ya parece iniciada España, no será difícil que pueda reunirse un «millardo» en manos de un solo capitalista. Convendría que la Academia de la Lengua nos dijera si se puede seguir empleando ese bárbaro repertorio derivado del francés *milliard,* o si bastaría hacer una sola palabra: «milmillón», y derivar de ella el sustantivo «milmillonario», mucho más eufónico y claro que las palabras que usamos actualmente.

¿QUÉ SON LAS EMPRESAS «MAMUTES»?

Puestos ya a iniciar a los lectores en estos tecnicismos vulgares que usan los escritores financieros, vale la pena recoger la palabra «mamut», que se aplica a las grandes empresas, sindicatos, «carteles», consorcios y confabulaciones, que son las últimas y, al parecer, definitivas organizaciones del capitalismo moderno. En estos últimos tiempos, para liquidar las perturbaciones que originó la guerra en los mercados de producción y consumo, se ha vuelto a tener fe en la sindicación de las industrias productoras, como medio de mantener el encarecimiento de los precios producidos por la guerra, y que es la base económica hoy de la mayor parte de las producciones.

La realidad de la vida empuja a las empresas, primero, hacia una superproducción; cuando los mercados se encuentran abarrotados de mercancías que se han producido excesivamente, una natural inclinación del concepto humano, o comercio, empuja a estas empresas hacia la competencia, y, como consecuencia de ella, a la disminución de los precios, hasta un margen mínimo de utilidad. Repercuten estos efectos de la competencia en el mercado productor, amenazando a los obreros con una menos estimación de sus jornales Automáticamente aparece entonces la idea de crear el «mamut»; esto es, un elefante gigantesco antediluviano, que será capaz, con su enorme estatura, sus colmillos de una decena de metros, su piel resistente y su apariencia amedrentadora, de domar al mercado y someterlo a las necesidades más o menos reales de la producción. Acontece que para la constitución de estas «empresas-mamutes» se aumenta extraordinariamente el capital invertido, bien por excesiva valoración de las fábricas u organizaciones comerciales que se aportan, bien por el regalo de acciones y participaciones liberadas, o bien por la necesidad de capital nuevo para organizar la nueva vida de las empresas coaligadas en el «consorcio-mamut». Así, es difícil, o casi imposible, domar el mercado mundial, si no se constituye una sola organización, puesto que la creación del «mamut» exige siempre un encarecimiento de los productos.

Y hoy, en efecto, la lucha que se mantiene en el mundo se reduce a la política de valorización que practican los sindicatos, «carteles» y consorcios contra la realidad de la vida, que impone y exige apremiantemente el abaratamiento del precio de las mercancías. Frecuentemente tendremos que referirnos en estas divulgaciones a este fenómeno económico, que repercute en el carbón, el caucho, el cobre, los automóviles, el estaño, el cinc, el plomo, el algodón, el té, el café, el aceite de olivas y otros productos.

LOS FENÓMENOS DE LA DESADAPTACIÓN

Se ha llegado a un momento crítico en que es preciso contener el coste exagerado de la producción industrial, y es forzoso aceptar un período de desadaptación. Durante 1929, la producción ha alcanzado las cifras más elevadas a que se había llegado jamás en el mundo, y, en cambio, después de noviembre, después de los días trágicos de la Bolsa de Nueva York, se ha notado una contracción de los cambios internacionales, y, al mismo tiempo, en los países de balanza comercial positiva, una

disminución del excedente de las exportaciones. En la mayor parte de los países, además, se comprueba una disminución del comercio interior. Hay en el mundo, mejor dicho, en los países industriales, de 15 a 17 millones de obreros en paro forzoso; en China y en Rusia hay más de 80 millones de obreros sin saber qué hacer ni en qué cosa utilizarse; además, la guerra europea disminuyó en 10 millones de hombres el contingente de consumidores. Hasta aquí, como consecuencia de la guerra, prevaleció en casi todos los países el régimen de un intervencionismo que ha creado una situación artificial en la mayor parte de los negocios. El fracaso evidente de la «economía dirigida» impone la fe de nuevo en las antiguas leyes naturales. Todos parecen ya convencidos de que la producción debe regirse únicamente por las necesidades del consumo. Y así, es forzoso someter toda la economía de las naciones a los efectos de una desadaptación que se va realizando sólo con dejar que las leyes naturales de la demanda en los mercados consumidores y las de la competencia entre los productores queden en libertad, dando sus consecuencias inevitables.

El caso más característico se ofrece en los mismos Estados Unidos, donde hace poco se anunciaba, con alegre optimismo, que en el mes de junio próximo se habría recuperado la misma prosperidad que existía al finalizar el año de 1928. En vano se quiere imponer una política de valorización de los productos; en vano el presidente Hoover ha ordenado la constitución de un *Board*, formado por todos los grandes magnates de la industria americana. La reunión de la Comisión del Congreso, celebrada el día 1 de abril, a la que asistió como informante el presidente de la American Federation of Labor, William Green, fué dolorosa para la soberbia yanqui. El líder obrero demostró que se acerca a cuatro millones de obreros el número de los que estuvieron sin trabajo en el primer trimestre del año, y que esta cifra aumenta, en vez de disminuir, ya que parte de este daño se origina no por disminución de la producción, sino por un aumento de la utilización de la maquinaria en ella. Green afirmó al Congreso que si no se arbitraban medios para proceder a una cura permanente de los males que ocasiona la falta de trabajo, el presidente de la República se encontrará, cuando menos lo piense, que tiene una revolución entre las manos.

LOS PROCEDIMIENTOS DEL FASCISMO

En Italia, por ejemplo, la existencia de obreros sin trabajo se produce no en la industria, sino en la agricultura. En vano la política intervencionista quiere desarrollar de una manera intensiva la producción agrícola y da primas y bonificaciones a regiones enteras, obligando además a los propietarios agrícolas a una serie de soluciones en beneficio de los obreros, sin poner límites, en compensación, al encarecimiento de la producción. En el valle del Po la agricultura ha alcanzado un amplio desenvolvimiento, aunque la densidad de la población es tal, que hace verdaderamente difícil proporcionar trabajo a tantos *braccianti*, y más difícil aún fraccionar la propiedad, para conseguir que todos ellos posean algunos lotes de terreno y lo trabajen por su cuenta. Comprende esta región las provincias de Parma, Plasencia, Módena, Bolonia, Ferrara, Rávena, Forti, Cremona, Brescia, Mantua, Padua, Rovigo, Verona y Vicenza; sus habitantes viven la mayor parte del año en holganza, y en el plazo de invierno, que no se pueden hacer faenas agrícolas, se encuentran estos braceros en la mayor miseria. El fascismo, para resolver estos problemas, imaginó crear industrias en el valle del Po; pero esto hubiera producido el efecto de alejar a los hombres del campo, poniendo en riesgo las condiciones ventajosas de aquella barata producción agrícola. Se ha resuelto, en suma, crear una corriente de emigración interior organizada. Se tomarán numerosas familias de jornaleros en el valle del Po, y se las trasladará a terrenos puestos recientemente en colonización en Italia central, meridional e insular, pagando el Estado sus gastos de viaje, dándoles una indemnización y facilitándoles todos los gastos de la instalación, educación, cultos, socorros médicos, etc. El traslado se hace mediante un contrato por un plazo limitado. Terminado este plazo, no será obligatoria la permanencia de los colonos en las tierras que trabajan; pero el Gobierno espera que estas familias, trasplantadas gracias a una organización metódica, permanecerán en los lugares ya fecundados por su trabajo. Hasta aquí el plan fascista y la exposición de los hechos relatada en los documentos oficiales; pero cualquier economista preguntaría a Italia cuánto dinero va a costar al Estado la organización de esta emigración interior. Se calcula que representará esto una suma de dinero tal, que si hubiera de pagarse con los frutos del trabajo de estos obreros, constituiría una empresa industrial ruinosa. Verdad es que también abruma el presupuesto de Inglaterra, en condiciones agobiadoras, la enorme suma de millones de libras esterlinas que lleva gastadas en sostener a sus obreros en paro forzoso.

Dr. NAVARRO FERNANDEZ. CONSULTA: ARENAL, 4



UN HOMBRE RECUERDA SU PASADO

Novela por M. Constantin-Weyer

Obra que obtuvo el Premio Goncourt 1928

Traducida al español por A. P. - Copyright Agence Littéraire Internationale, 4 et 6, Place du Panthéon. París - Derechos adquiridos para España y la América latina por la «Editorial Precioso».

Ilustraciones de Perals.

(Continuación)



S éste un trabajo muy penoso; pues a pesar de lo cortante del frío hay que meter el brazo en el agua hasta el hombro; y apenas se le saca, el hielo le recubre de una capa que corta la piel como un cuchillo.

Pero ¿quién iba a acobardarse por un poco de molestia y de dolor? Llegaba el momento en que se retiran las redes, en que los peces, cogidos por las agallas, se agitan rápidamente en un último y efímero derroche de plata y oro, hasta que, libres al fin, son brutalmente arrojados, sorprendidos por la misericordiosa helada y congelados en las últimas convulsiones grotescas y trágicas de la agonía. Entonces se les amarra en montones simétricos, por especies separadas, y los encargados de su transporte los cargan para convertir toda aquella mortandad en dólares, con el mayor beneficio posible para nuestra sociedad comercial.

* * *

Durante todo aquel invierno los acontecimientos se encargaron con ironía cruel de hacer efectivo, respecto a mí, el proverbio que dice: «Desgraciado en amores, afortunado en el juego». No me acercaba a nada, pescados o terrenos, que no se transformara para mí en fajos de billetes de banco.

* * *

Menos afortunado era con el Sr. Snooby, detective particular, cuya astucia parecía estar en quiebra.

Acabé por cansarme de entregarle cantidades, que se gastaban sin que yo consiguiese saber qué había sido de Archer, de Hannah y de Lucía.

Probé con el mismo éxito a otros tres detectives, y luego, convencido de que era vano mi empeño, renuncié—momentáneamente al menos—a dar más dinero a personas que no me inspiraban ya ninguna confianza.

* * *

Es una cosa desconcertante esa de analizar las propias sensaciones. Cuando intentaba mirar hacia el odioso pasado, me veía al pronto, después del primer estupor, celoso. ¡Cómo! ¿Aquel rojo me había robado a Hannah? ¿Eran suyas ahora la tibieza y la blancura que yo conocía? Y mis celos me parecían el sentimiento natural de un hombre al cual se le ha desposeído de su bien. Entonces surgió el odio. Yo deseé una venganza espantosa, que no pasaba de deseo, no extinguido aún del todo en mi alma... Me parecía que, débil y todo, vivía secretamente en mí aquel deseo, guiando, probablemente, muchos actos, extraños en apariencia... Hasta, ¡sí!, ¡hasta el ansia de ganar dinero!... ¡Pero la repugnancia era mayor!... Al cabo de dos minutos de contemplar aquel pasado, me levantaba y volvía la cabeza para no percibir su olor fétido. Había en él algo así como el cadáver del Amor, pudriéndose entre un montón de flores marchitas. Fuí alejándome poco a poco de aquella materia en descomposición... Hubiese podido alejarme del todo si no subsistiera vivo en mí el recuerdo de Lucía en medio de tanta muerte.

* * *

Perduraba, con el amor a mi niña, una leve mezcla de celos, de odio y de desprecio. Y, sobre todo, más poderosa que ninguna otra cosa, mi voluntad de reconquistarla. Este deseo arrastraba por lo más profundo de mi alma a los otros tres sentimientos, como un buque lanzado a toda velocidad al través de aguas sucias arrastra en pos de sí una oleada satélite, llena de impurezas arrancadas del fondo del mar.

El completo olvido y su paz absoluta me estaban vedados.

Los deslumbradores encantos de la primavera pusieron fin, por el momento, a las distracciones de la pesca. Unos cuantos días de ociosidad estuvieron a punto de hundirme. Advertí en seguida que se planteaba en mi espíritu una comparación entre la primavera del año anterior y la del actual. Se revelaba la naturaleza del peligro. Ya no era yo quien dirigía la mirada a mi pasado, sino mi pasado quien venía hacia mí. No podía vencerle más que aplastándole con un presente magnífico. Para enriquecer el momento actual, me hacía falta, pues, crear sin tregua. ¡A costa de un luchar cotidiano, alzaría contra el pasado—¡aun seguía siendo el más hermoso!—un instante actual siempre triunfante!

* * *

Por todo ello me vi arrastrado por una turbulenta actividad. Los negocios, la cultura de mi espíritu y la de mi cuerpo se confundieron en una danza fantástica. Me pasaba setenta horas en el tren para ir a reconocer un trozo de terreno en uno de esos pueblos-setas que surgen en el Oeste. Por el camino, con las narices constantemente encima de los documentos, estudiaba las probabilidades de una red de líneas férreas. ¿Las tenía aquel sitio para llegar a ser punto de concentración de una región extensa? ¿Iban a establecerse allí grandes casas de banca e importantes almacenes al por mayor para nutrir el comercio de toda la comarca? ¿Qué probabilidades había de que, a trescientas millas de aquel lugar, otro punto completamente desconocido entonces se revelase en lo por venir como una población rival? ¿Convenía actuar en los dos sitios a la vez? ¿En qué proporciones?

Nada de aquello me impedía asomarme a la ventanilla para ver los indicios de prosperidad de aquella tierra. ¿Los trigos estaban espesos? ¿Se hallaban las casas pintadas coquetonamente? ¿Era elevado el porcentaje de colonos americanos ricos en capitales y en experiencia? La conversación con los viajeros que tomaban el tren en las diversas estaciones era para mí una enseñanza en todo momento.

* * *

No puede uno imaginarse la riqueza de una vida así. Tenía ante mis ojos toda la génesis de un país magnífico. El poema triunfal de la victoria canadiense cantaba en mis oídos su potente ritmo. Era la magnífica conquista de la Naturaleza por la voluntad. La energía humana doblegaba a su antojo la maciza inercia de la materia. Hasta el clima se veía obligado a cambiar de costumbres ante el continuo esfuerzo del hombre.

Por primera vez, la gloria de aquel Dominio, del cual sólo era yo una brizna, se me aparecía en todo su esplendor. Necesitaba ya esforzarme mucho para representarme aquel país tal como era antes que el Canadian

Un hombre recuerda su pasado

Pacific hubiera empujado, de uno a otro océano, sus antenas paralelas y voraces.

Así, en menos de treinta años, el esfuerzo de unos hombres conductores de masas hizo de aquel desierto un rico país. En la lucha desapareció una raza entera. En la lucha, y de los sioux, los crees y los pies-negros, que antaño dominaron el país, no quedaban más que algunos retoños, llamados a desaparecer ante el esfuerzo de la raza blanca...

Pero pensad también en la muchedumbre de los Países Viejos, que el Canadá ha salvado de la miseria londinense o de la pobreza bretona...

Una obra magnífica de beneficencia en pro de la debilidad europea. ¡He aquí lo que la fe de algunos capitalistas y la ruda voluntad de muchos hombres autoritarios logró en el Canadá!

Al comenzar el otoño, David me llevó a una peregrinación por la provincia de Quebec, donde todavía le quedaban parientes.

Pasamos algunos días en un pueblecillo perezosamente extendido a orillas del San Lorenzo, que ofrecía el más maravilloso espectáculo del mundo. Era más allá de Quebec, donde el río adquiere proporciones gigantescas. Inmensas islas cortaban la corriente, y más allá se divisaban, perdidas en la bruma lejana, las elevadas montañas que se inclinaban amorosamente sobre las márgenes norte. Todo ello animado por el movimiento de los barcos.



* * *

Pero, por bello que fuese el paisaje, no me sugestionaba.

Tenía ante mí la conmovedora reconstitución de nuestra historia canadiense.

Los habitantes de la comarca se llamaban: *El suave, El blanco, El caballero, La frambuesa, La esperanza, La llama, La flecha, La juventud, Buen humor, El gozo, Bien hablado*, y era como si un tambor fantástico hubiese obligado a salir de su tumba, para pasar revista al Canadá contemporáneo, los trajes del regimiento de Carignan, donde *El letrado, El cazador, El paje, El comerciante, Sin pena, Sin preocupación, Rompe grano, Peletero, La malicia* y los primeros colonos surgían ante mis ojos con su profesión o su carácter. De este modo se escribía la historia de tres siglos con veinte nombres de curiales, comerciantes, empleados o labradores. A doscientos cincuenta años de distancia éstos eran testimonios de la fortaleza de sus antepasados.

Había otros nombres no menos abrumados por su historia: Montigny, Boucherville, Roquebrune, Tascheria, que me obligaban a aprender los anales de estos feudos y del casi feudalismo cristiano que construyó la «nueva Francia» del mismo modo que las abejas fabrican un panal.

De improviso, la vitalidad canadiense tomaba a mis ojos toda su importancia histórica. Continuaba lentamente, sin precipitarse, sin esfuerzos inútiles, pero con paciente energía, interpretando el papel que representó antaño la madre patria en la civilización. Los Laurier, los Adelard Turgeon, los Bourassa, los Lemieux, los Lomer Gouin llevaban a todos los partidos políticos el orden, la claridad, la generosidad, la continuidad...

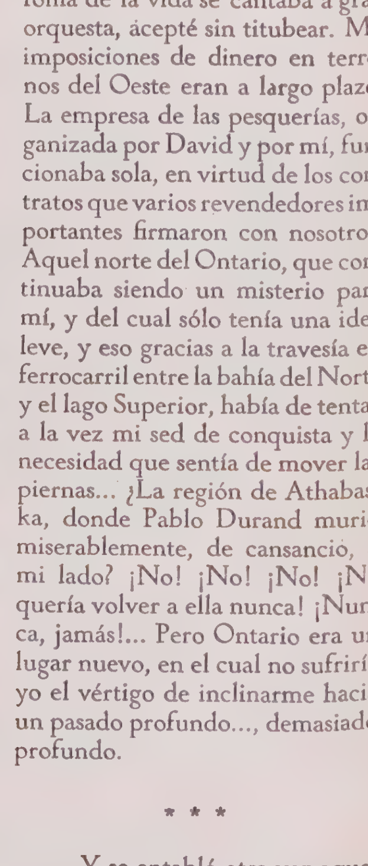
Demolí también el concepto ignorante y prematuro que todos los franceses del País Viejo tienen de sus hermanos canadienses en los primeros días de su llegada, y que luego se resisten durante mucho tiempo a abandonar.

Me veía tan cerca de las llanuras de Abraham, que necesitaba aprender Historia. Los nombres de los condados zumbaban gloriosamente en mis oídos con el ritmo de los grandes nombres de la epopeya: Montmagny, Champlain, Maisonneuve, Talon, Montmorency, Laval, Lévis, Vaudreuil, La Salle, Marquette...

* * *

En el momento en que se me aparecía en toda su gloria el Canadá francés, y cuando sus magníficos paisajes comenzaban a revelarse a mis ojos, mi actividad tomó nueva forma.

Un primo de David, a quien conocí entrechocando unos vasos de cerveza coronados de espuma, me habló del asunto de las pieles. Se dedicaba a este comercio con bastante habilidad. En la antigua población francesa de Quebec, donde aparecía su nombre en la fachada de un edificio importante, su firma era consideradísima en los Bancos. Cuando me propuso que recorriese por su cuenta el norte de Ontario, donde pensaba



establecer sucursales, y participar así de un negocio en que la sinfonía de la vida se cantaba a gran orquesta, acepté sin titubear. Mis imposiciones de dinero en terrenos del Oeste eran a largo plazo. La empresa de las pesquerías, organizada por David y por mí, funcionaba sola, en virtud de los contratos que varios revendedores importantes firmaron con nosotros. Aquel norte del Ontario, que continuaba siendo un misterio para mí, y del cual sólo tenía una idea leve, y eso gracias a la travesía en ferrocarril entre la bahía del Norte y el lago Superior, había de tentar a la vez mi sed de conquista y la necesidad que sentía de mover las piernas... ¿La región de Athabaska, donde Pablo Durand murió miserablemente, de cansancio, a mi lado? ¡No! ¡No! ¡No! ¡No quería volver a ella nunca! ¡Nunca, jamás!... Pero Ontario era un lugar nuevo, en el cual no sufriría yo el vértigo de inclinarme hacia un pasado profundo..., demasiado profundo.

* * *

... Y se entabló otra vez aquella lucha de todos los instantes contra el frío..., menos intenso ciertamente que en la Athabaska, si sólo tenemos en cuenta los grados que marca el termómetro... Amparado por su envoltura de vidrio, el líquido desciende respetuosamente. No siente la necesidad de acurrucarse, como aterrorizado, en el fondo de la esferilla. Pero el aire está saturado de humedad, y parece que todas las nieblas de la Bahía de Hudson, impulsadas por el viento norte, tengan el capricho de refugiarse entre nuestras ropas y nuestra piel. Y penetran, por muy abrochados que estén los vestidos. Se condensan, resbalan primero sobre nosotros y nos roban nuestro calor. Trabajan luego para robarnos la tibieza de nuestro pecho, de nuestra espalda, de nuestras axilas. Trepan pesadamente por nuestros hombros. Descienden por nuestros brazos. Resbalan desde las mangas y nuestras manoplas. Muerden las manos hasta los huesos. Nos despojan de la piel de los dedos. Nos rompen las falanges... Al despertar se aprovechan solapadamente de nuestra debilidad. Nos parece que estamos medio dormidos. No conseguimos siquiera atar la correa del arnés de los perros. Y durante toda la primera hora de marcha, acolchados como estamos de silencio, de frío y de bruma, necesitamos luchar sin tregua para reconquistar las preciosas porciones de nuestro ser...

Un hombre recuerda su pasado

Pero entonces nos parecerá que se levanta poco a poco la pantalla que se había deslizado entre nosotros y el bosque. El azul grisáceo de los espinos, el azul oscuro de los cedros, se acercan con toda su majestad. Las articulaciones recobran su juego. El movimiento de los tobillos acciona rápidamente las raquetas. Rómpese la nieve como un vasto edredón de pluma, echando a volar alrededor unas borlitas claras...

Muy abajo, en el lejano sur, el sol rozará la niebla con su varita de virtudes... ¡Magia!... La nieve cesará de tener color de malva... Cada una de las facetas de sus hexaedros se adornará con alguno de los colores del espectro... Si os paráis un momento para que puedan tomar aliento vuestros perros y para encender la pipa, veréis aquellos colores muy en su sitio: el rojo, opuesto al verde; el azul, al anaranjado; el violeta, al amarillo... Es como si sorprendierais la trampa del prestidigitador... Pero si no estáis atentos, no veréis más que las innumerables joyas prendidas de los árboles, bajo ese velo irreal y cambiante en que los seis colores se reproducen en un tono más suave... ¿Cómo se podría evitar, pues, la loca afición a este invierno magnífico, por cuya reconquista se trabaja tanto?



... Otros días vendrán luego, durante los cuales la nieve caerá, silenciosa, aumentando el peso de las ramas... Os hundiréis, sin ruido, en su blanco almohadillado, hasta dar de improviso con una manada de caribúes, que, sorprendida, desaparecerá en la espesura, haciendo revolotear unos copos ligeros como plumón de cisne.

... Después, volverá el frío. La nieve crujirá bajo vuestras raquetas y bajo vuestro tobogán. El aliento producirá alrededor de la cara esa bruma que se condensa luego en la barba mal afeitada. En vuestros labios se prenderá un hielo asqueroso. La resistencia de la nieve se hará más intensa... Notaréis que estáis adelgazando y que rápidamente quemáis vuestras valiosas reservas... Entonces, si los azares de la caza han sido favorables, construiréis un albergue provisional de ramas y cortezas, bien calzado de nieve, y permaneceréis días enteros acurrucado junto a una lumbrecilla que parece que no es nada, pero que os alimenta con su precioso calor, y, rodeado de vuestros perros, comeréis hasta que la noche bienhechora os empuje hacia las mantas.

* * *

Aquélla era una región más habitada que la del Noroeste. Frecuentemente se cruzaban en mi camino las huellas recientes de otras raquetas. O, en la semiclaridad un tanto fantástica de los bosques, veía pasar, como un espectro vestido de lanas abigarradas, algún indio que iba a recorrer su línea de trampas de caza. Eran hombres de raza chipewaya, los mejores habitantes de bosques que existen y también los más diestros constructores de canoas... Pero era en la época en que las canoas de corteza, de espaldas al viento, duermen colgadas entre dos ramas, y los rápidos que los chipewayos hacen saltar a sus esquifes forcejeaban rabiosos (se les oía), pero impotentes, bajo su prisión de duro hielo.

Aquellos hombres trabajaban para las antiguas firmas de la Bahía de Hudson y Revillon Hermanos, a las que estaban ligados por sus deudas. No hay ejemplo de chipewayo que no pague fielmente en pieles las deudas de tabaco, harina, tejidos y pólvora, contraídas durante el verano anterior. Ello reducía considerablemente mi esfera de acción comercial. Pero aun quedaban muchos mercados pequeños para rebuscar, en todo caso, algo con que preparar el porvenir.

* * *

Eran unos encuentros que ponían a prueba enormemente mi diplomacia de hombre blanco. Porque yo sabía lo que hacían allí los indios. En tanto que él, que lo ignoraba todo, inclinado a considerarme como un ciudadano indeseable en su reducido reino, necesitaba formar opinión antes de otorgarme su confianza.

Cuando, después de saludarme con un doble «¡B'jou! ¡B'jou!», que chasqueaba como disparado por una escopeta vieja de dos cañones, el salvaje se sentaba a mi lado en un tronco de árbol caído, aceptaba en seguida el tabaco que yo le ofrecía en prueba de amistad. Yo bajaba humildemente los ojos mientras él llenaba su pipa. Cosa que hacía lentamente, interrumpiéndola para dirigir una ojeada a mis trazas, al estado de mis perros, al cargamento de mi tobogán, a mis vestidos, al corte de mis mocasines, a la forma de mis raquetas. Y al cabo de un prolongado silencio, coronado de humo, durante el cual su fisonomía impasible me impedía seguir la evolución de su pensamiento, me preguntaba de pronto:

—¿De dónde venir?

Después, cuando ya había contestado a las preguntas pertinentes respecto a mi punto de partida y a mi destino, se callaba procurando imaginarse él mismo qué asunto podía llevarme allí, pero rehuyendo dirigirme la pregunta.

Entonces tenía yo, prudentemente, que llevar la conversación a tal capítulo, y procurar enterarme de cuánto pagaban las Compañías rivales por las pieles; poner de manifiesto, discretamente, el interés que una competencia más podía tener para un cazador abrumado por una familia numerosa; evitando, no obstante, el hacer comentarios desfavorables acerca de nuestros rivales en negocios...

El indio comenzaba poco a poco a interesarse, y mi corazón brin-

Un hombre recuerda su pasado

caba de gozo ante la idea de que acababa de apuntarme un tanto en la partida que jugaba contra las antiguas casas dominantes en el Bosque.

* * *

Heme aquí, al finalizar marzo, en un sitio en donde los ríos, bajo su caparazón de hielo, procuran reunirse para lanzarse a la Bahía de Hudson. Las lluvias calientes rizan la nieve, le hacen tomar un tono gris amarillento, la disuelven, la precipitan en todas las hondonadas, libertan repentinamente a los ríos de su cárcel, forman torrentes improvisados, arrastran los árboles casi arrancados por las tormentas del otoño, desnudan las rocas. Son la primavera, joven y arrolladora.

... En su choza de ramas y cortezas, un salvaje viejo me dió hospitalidad, esperando que pudiera cambiar los perros por una canoa de corteza, para emprender el regreso. Al cabo de algunos días, se volvió, confiado, de pronto, y me dijo:

—Al noroeste de aquí hay otro blanco que hace lo mismo que tú... Es el segundo invierno que pasa en el bosque, y ya empieza a recoger bastantes pieles... El año pasado nos reíamos de él, viendo que no las conocía... Pero no se puede decir que todos los blancos sean unos imbéciles... ¡No! ¡Te aseguro que no puede decirse tal cosa!... Ese de quien te hablo aprendió muy pronto... ¡Vas a tener en él un competidor activo! Te lo digo porque eres mi huésped y porque te quiero.

—Y a él, ¿no le quieres?

—Sí. No es mal hombre. No es un *matchicounash* (granuja)... Pero tú eres más amigo mío... ¡Y además conoces el bosque!... Pero, ya te digo, ese hombre blanco no es antipático, y la gente de mi nación le quiere mucho.

—¿Qué clase de hombre es?

Mi amigo el piel roja tendió la mano, y yo le dí tabaco inmediatamente. Me guiñó un ojo, a guisa de gracias, y me dijo: Es un hombre con cabellos de color fuego y los ojos semejantes a un trozo de cielo de primavera... Es de esa clase de ingleses que se llaman *Irish* (irlandeses)... Viven, con él, su mujer y dos niños... El más pequeño nació en el bosque a principios de invierno...

Hay muchos irlandeses en el mundo; pero, así y todo, sentí una punzada en el corazón, mientras preguntaba al salvaje:

—¿Sabes su nombre? ¿Cómo le llaman?

—Nosotros le llamamos el Bosque rojo, a causa del color de sus cabellos... Pero los blancos le llaman de otro modo. Hay algunos que le dicen O'Donagüe (recobré la indiferencia)... Su mujer le llama *A...a...achié* o algo así.

—¿Y él? ¿Cómo llama él a su mujer?...

—¡Espera! Le dice: *Da...a...ling* (querida).

—Pero eso no es un nombre. Eso es una palabra cariñosa...

—No le he oído llamarla de otro modo... Espera, sí..., una vez ha dicho, con tono de cólera: Ha...a...annah...

—¿Estás seguro de que se llama O'Donagüe?

El indio me miró.

—¿Cómo quieres tú que yo lo sepa? Aquí se llama uno como quiere. Yo, desde que tengo uso de razón—y el sol ha dado muchas vueltas en torno del mundo desde entonces—, he cambiado cuatro veces de nombre. Los nombres, ¡ya ves!, son como los mocasines. Cuando están gastados, hay que ponerse otros. No veo por qué vosotros los blancos estimáis tanto vuestros nombres. Desde que está aquí él se llama O'Donagüe, no sé nada más... Puedo decirte otra cosa si quieres... La chiquillla, la mayor, no sé su nombre, pero seguramente *no es hija suya*...

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo puede ser su hija? El hombre que yo te digo, y su mujer, tienen los ojos de color de cielo. Y también el pequeño, que nació a principios de invierno. Pero la chiquilla tiene los ojos de color... Espera, ¿cómo te lo diría yo?... ¡Sí, de color de corteza!... Mira, tiene los mismos ojos que tú. No había ocurrido ningún cataclismo, pero todas las cosas, el indio, una sartén, las pieles que estaban puestas a secar en sus moldes, la lumbrecilla sin humo, los palos de la cabaña, y muchas cosas más con varias personas casi olvidadas, empezaron a dar vueltas vertiginosamente ante mis ojos, como si una explosión las hubiera lanzado al aire.

Y, a fuerza de preguntas anhelantes, dirigidas al salvaje viejo, un poco desconcertado por mi repentina extravagancia, supe, sin ningún género de duda, que la casualidad, más hábil que Mr. Snooby, el detective, acababa de revelarme al fin dónde se ocultaban Archer y Hannah.

X

Hasta para los que conocen la facilidad con que viajan los indios tiene algo de desconcertante la rapidez con que circulan las noticias en un país aparentemente desprovisto de todo recurso.

A pesar de mi diligencia para atravesar millas y millas de terreno caótico, franquear torrentes desbordados, internarme en los bosques chorreando agua, escalar cimas cubiertas de nieve amontonada y blanda a la vez, en la cual me hundía hasta la cintura, sólo encontré una cabaña abandonada. La precipitación de la fuga se revelaba en mil detalles pequeños, el más conmovedor de los cuales era, evidentemente, el olvido de aquel peine con dos o tres hermosos cabellos rubios, que me gustó acariciar con mano amorosa, y que despertaron en mí un sentimiento que yo creía ya muerto...

Me encontré demasiado bruscamente sorprendido; viajé excesivamente de prisa para que pudiera darme perfecta cuenta de lo que pasaría cuando me encontrase cara a cara con la que había desertado de mi hogar y con su raptor. Tampoco sabía lo que hubiera de hacer. De repente, todo se aclaró. ¿Qué viejo antepasado me trasladaba su brutal sabiduría? Sí, reñiría con Archer en un duelo a muerte, y, cuando le hubiese matado, ¡sí!, ¡matado! (repetía esta palabra con bárbara satisfacción), me llevaría como un bien reconquistado a aquella mujer, cuyo destino sería estar sometida para siempre a mi voluntad. Notaba en estas ideas un sabor que me traía a mi memoria delicioso sabor de la sangre cuando se la bebe en la herida de una bestia degollada, después de sufrir hambre durante largos días, y de sentir que la bulimia nos tritura y nos abrasa las entrañas. Me satisfacía mucho también vengarme de Archer (y de Hannah) matando al rojo, para gozar, después, del amor—¿o del deseo?—de aquella mujer. No dudé ni un segundo: hasta en la palma de mis manos había de buscar ella el olor de la sangre del hombre a quien amó lo bastante para destrozar todas las vidas que estaban unidas a la suya. No puede negarse que era perversa tal manera de pensar, pero también yo tenía derecho—¿verdad?—a mi parte de felicidad en este mundo. ¡Tanto peor para quien me obligaba a reconquistarla así!

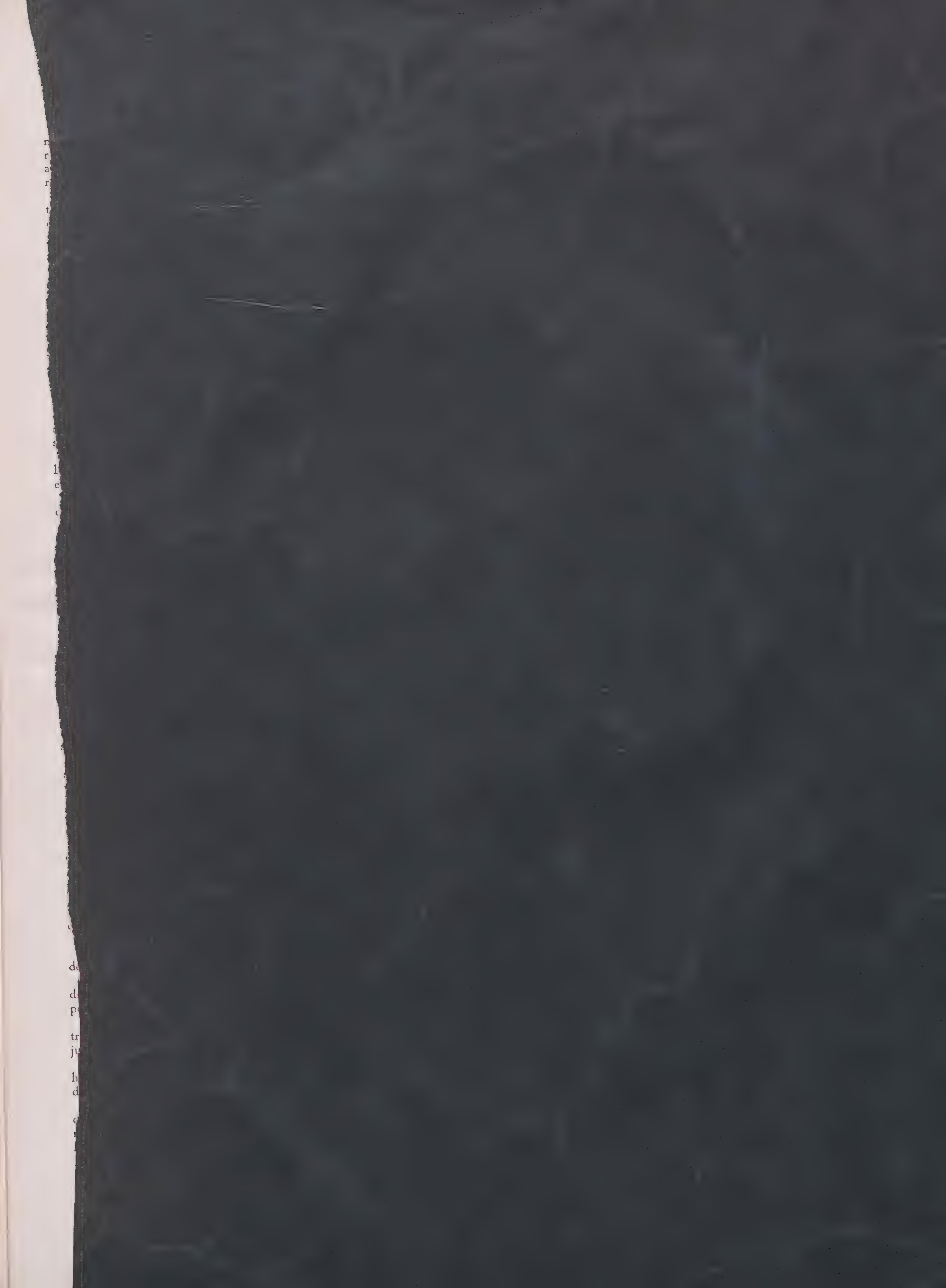
El río borbollante, a causa de las crecidas de primavera, bajo la bóveda de los pinos, los cedros y los tsugas, era el camino de su evasión. Hasta la canoa grabó en la arena la historia de aquella fuga. Por consiguiente, yo también necesitaba una embarcación.

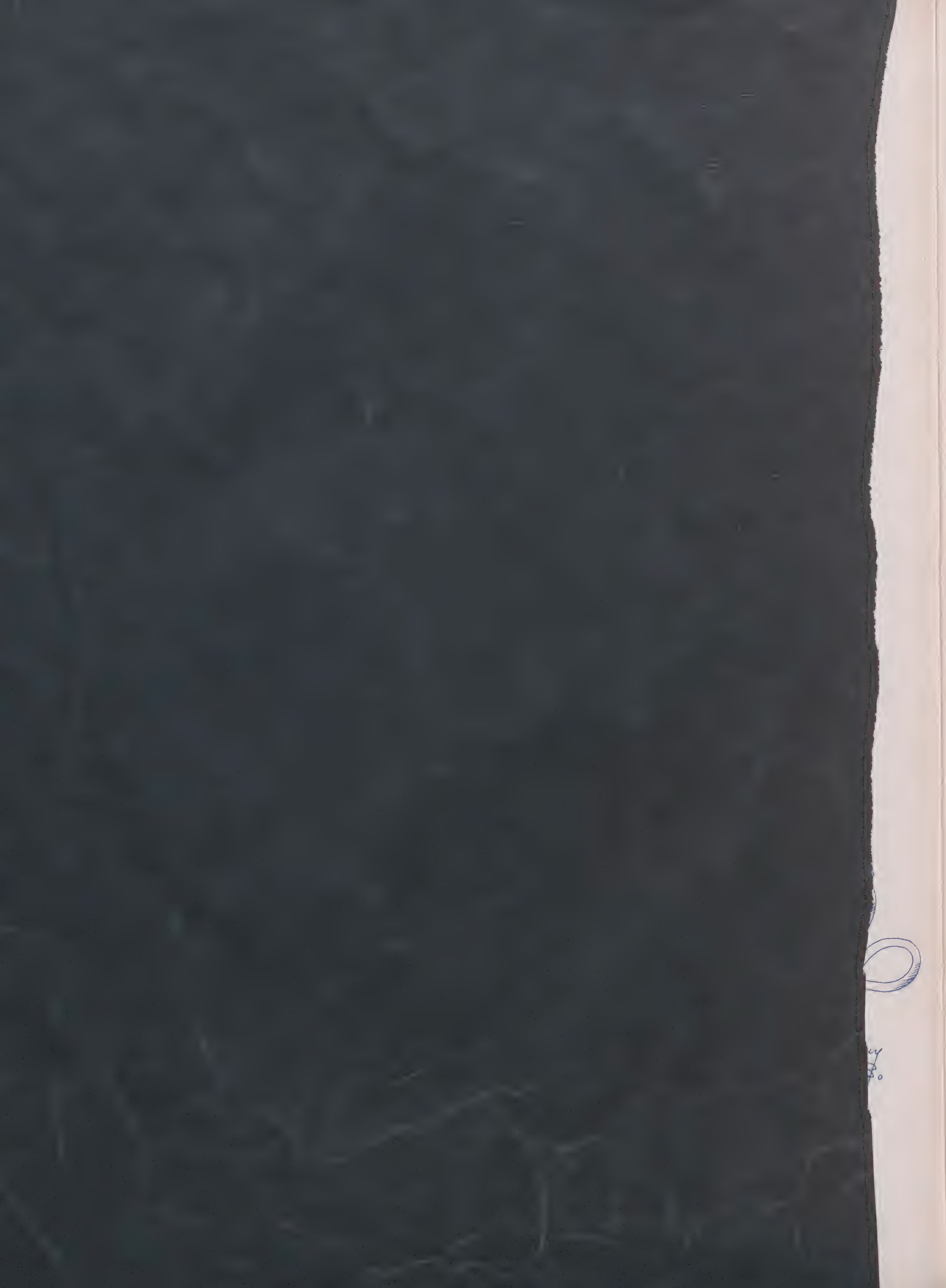
Comprar una a los salvajes que vi acampados a algunas millas de allí, me parecía una hazaña diplomática imposible de realizar. Para que hubieran avisado a Archer tan pronto, era menester que el rojo fuese verdaderamente estimado por los indios de aquel distrito. A no ser por esto, y recordando que no tenían ellos nada que ver en los conflictos entre hombres blancos, se hubiesen limitado a presenciar desde lejos los acontecimientos, sin decir una palabra, con una imperceptible y jovial sonrisa en el pliegue de sus oblicuos párpados. Pero no era cosa imposible para mis fuerzas hacer rápidamente una embarcación aceptable, y puse en seguida manos a la obra. Por medio de un hacha y de una hoguera se trabajan y encorvan fácilmente las raíces del espino rojo que los indios llaman *tamarac*. Una vez preparado el armazón y bien atado con piel fresca—no fué menester mucho tiempo, en aquel país donde la caza abunda, para obtener la de un corzo—corté y cosí la envoltura de abedul que había de cubrir el esquife. Un arce me proporcionó madera para una pagaya. En quince horas hice una canoa, no tan bien equilibrada, ¡claro es!, como si la hubiera hecho un chipewayo, pero suficiente para llevarme al través de cualquier corriente. Yo viajaba solo, en tanto que la canoa de Archer iba recargada con el peso de una mujer y de dos niños. A pesar de todo, yo llevaba las de ganar.

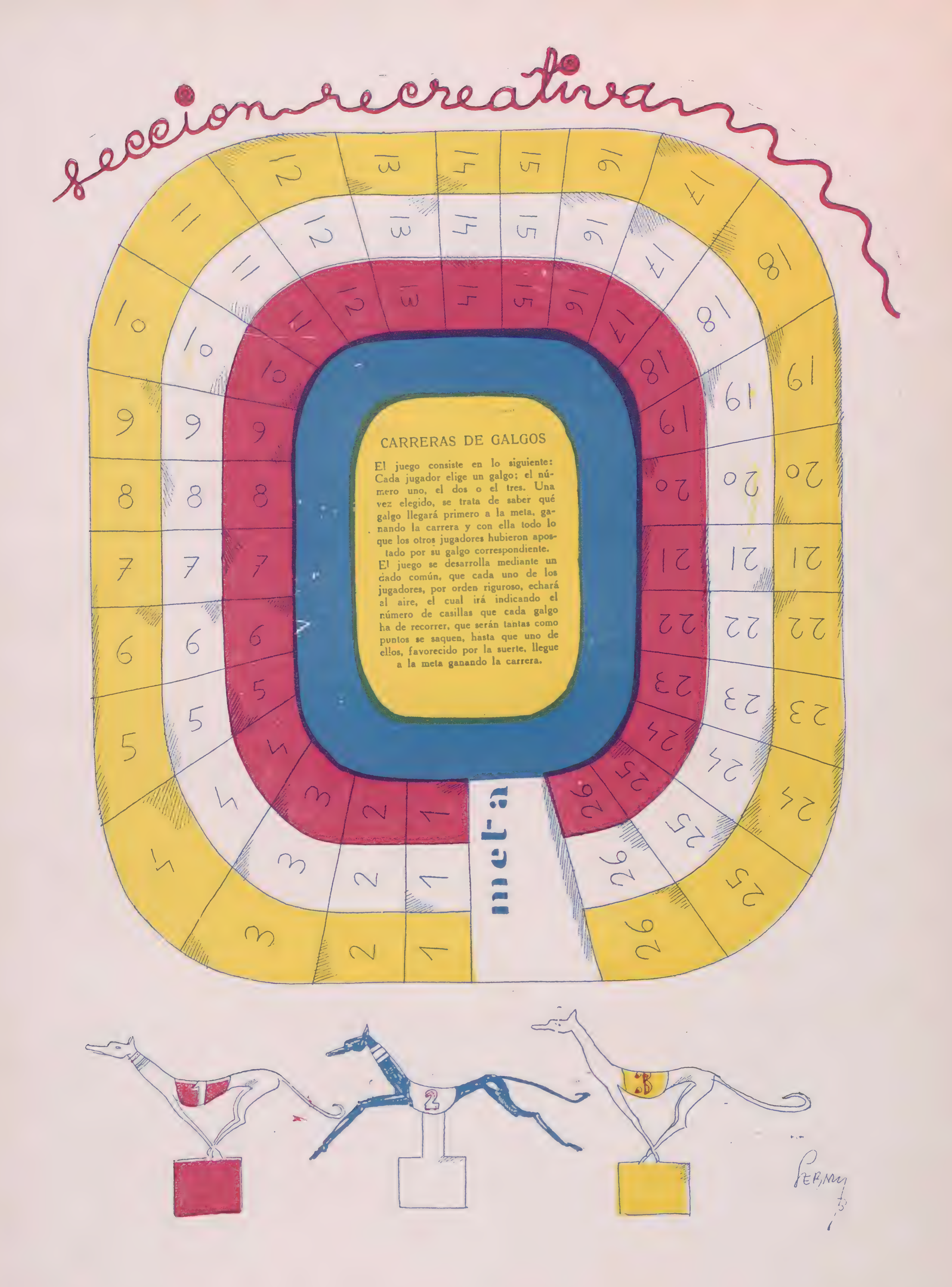
Era una venganza inocente la de quemar la cabaña de Archer, pero también le satisfacía esto al hombre nuevo que se revelaba en mí, y que me ordenó destruirla. Cuando las llamas rasgaron bruscamente el techo con deslumbrador estrépito, prorrumpí en un grito de triunfo y hasta tuve ganas de bailar. Pero esto último... ¡no!, ¡no debía hacerlo!... Me contuve... ¡No! ¡No! ¡Y no!

El río se deslizaba sobre un lecho rocoso y no era posible recorrer tres millas—navegando velozmente—sin encontrar un rápido. Un chipewayo hubiera hecho saltar su canoa sobre ellos, pero ni Archer ni yo éramos pagayeros de tanta fuerza como un chipewayo. La historia de su paso quedaba escrita en todos los rápidos, lo cual me producía una emoción extraordinaria... Al lado de los pasos de Archer y de Hannah —¡los de Hannah muy hundidos por el peso del niño... ajeno!— se veían unas huellas pequeñísimas, como las que puede estampar una nena, Lucía, de cinco años... ¡Ah!...

No tenía derecho a retrasarme. En cada recorrido les ganaba yo a los fugitivos un tiempo considerable. En el que ellos tardaban veinte minutos, yo sólo empleaba diez. Al final del tercer día, comprendí que estaba muy cerca de ellos... La esperanza, el odio y el deseo danzaron en mi corazón fantásticamente.






seccion recreativa
CARRERAS DE GALGOS
El juego consiste en lo siguiente: Cada jugador elige un galgo; el número uno, el dos o el tres. Una vez elegido, se trata de saber qué galgo llegará primero a la meta, ganando la carrera y con ella todo lo que los otros jugadores hubieron apostado por su galgo correspondiente.
El juego se desarrolla mediante un dado común, que cada uno de los jugadores, por orden riguroso, echará al aire, el cual irá indicando el número de casillas que cada galgo ha de recorrer, que serán tantas como puntos se saquen, hasta que uno de ellos, favorecido por la suerte, llegue a la meta ganando la carrera.
meta

1, 2 y 3

SECCION INFANTIL

1 CUENTO

La niña y la del espejo

Cristalina, la chiquilla rubia de Don Bote, tenía su cuarto para ella sola. La cama, el tocador y, sobre el tocador, un espejo grande.

Don Bote había ido a vivir con su familia a una finca, y en la finca Cristalina no tenía amigas. Se aburría. Pasaba grandes ratos con su madre, que la quería mucho, pero también necesitaba amigas de su edad para divertirse.

En los ratos que debía jugar con ellas, se cerraba en su cuarto y se ponía a leer novelas un poco románticas y un poco tristes. Y, como es natural, en el espejo se reflejaba otra niña, que estaba tan triste y tan romántica como ella.

Era igual que Cristalina; podía decirse que era Cristalina misma; perc como la niña no tenía amigas, se imaginaba que aquélla era otra niña que se aburría como ella. Por eso la miraba como a una compañera en aquella soledad.

Y he aquí que un día se acercó al espejo, se miró, y después de un hondo suspiro exclamó, hablando sola:

—¡Cómo nos aburrimos!...

Entonces la figura del espejo contestó:

—Pues yo me aburro mucho más que tú, porque cuando no estás en el cuarto, yo estoy dentro del espejo, sin vivir. Las figuras de los espejos sólo vivimos cuando aparecen ante ellos nuestros iguales.

—¿Y se da mucho este caso de que hablen las personas con sus propios reflejos?

—Casi nunca. Yo te he contestado porque me da lástima verte tan aburrida. Pero mi obligación es estarme en el espejo sin hacer más que lo que tú hagas y sin hablar más que lo que tú hables, pero sin ruido al mover la boca.

—Pues vente a jugar conmigo a la huerta—dijo Cristalina.

—¡Nunca! Yo no puedo moverme del espejo. No debo moverme de él. Tengo esa obligación. Tus mismos padres nos regañarían por encontrarse con una niña de más.

—¿Y no puedes ni jugar conmigo en este cuarto?

—No debía; pero si te empeñas...

—Sí, sí; sal aquí, y hablamos, jugamos y te enseño labores.

—Bueno; pero cierra la puerta con pestillo, por si vienen que dé tiempo a meterme en mi sitio.

Así lo hicieron. Corrieron un poquito el tocador, para que la nueva niña descendiera mejor, y así lo dejaron.

Pasaron la tarde alegremente. La niña del espejo estaba contentísima, porque se había aburrido mucho dentro del espejo, cuando se pasaba semanas y meses enteros sin que Cristalina fuera a la finca, y, por consiguiente, sin poder asomarse a ver la vida desde el espejo.

Cristalina también lo pasó bien. La del espejo se atrevió a decir:

—Te agradecería que de cuando en cuando te pongas el traje gris y el collar de perlas, porque como yo tengo que ir exactamente igual que tú, quisiera ponerme algunas veces esas cosas, que a mí me gustan mucho.

—Yo te prometo que lo haré—contestó Cristalina.

Sintieron pasos. La niña del espejo se fué a su sitio, y Cristalina descorrió el pestillo para que entrara la mamá.

Nadie notó nada.

Y la entrevista se repitió un rato todas las tardes, sin que las fuera difícil disimular.

Pero una tarde, animadas y alegres las dos, cogieron las raquetas de Cristalina y jugaron al *tennis*, aunque de un modo un poco contenido. El dormitorio era espacioso. Sonaba la pelota en el suelo, que era el

SECCION INFANTIL

techo del comedor. Su madre lo oía, pero no quería regañar a su hija única. Decía:

—La pobre se aburre sola, y solita juega con la raqueta.

Pero una vez le echó la niña del espejo la pelota; cogióla bien y fuerte Cristalina al lanzarla, y la pelota, como con mala intención, fué a dar en medio de la luna y la hizo mil pedazos, mil rayas, que iban a parar a un punto, sin que casi cayera un solo cristal al suelo. Como que no lo oyó la madre.

Las dos niñas, pálidas como el marfil, dejaron caer las raquetas al suelo y quedaron mudas de espanto.

La niña del espejo fué a entrar en su sitio, pero era imposible. Se cortaba, se deshacía las manos, los trajes. No podía entrar de ninguna manera...

—¡Qué horror, Cristalina! ¿Cómo entro yo ahora?

—Pues... no entres.

—Eso no es posible. En el mundo se armaría un gran escándalo. «Una niña que no ha cumplido con su obligación», dirían. Además, tus padres no tendrían por qué admitirme en familia, porque ellos quieren a su hija... ¡Qué horror, qué horror!... Tendré que irme a vivir a un bosque...

Se quedaron meditando las dos, casi llorosas; pero la misma niña del espejo lo resolvió:

—Vamos a quitar con cuidado todos esos cristales. Tú los sacas al camino, para que cada labrador coja su espejito, si quiere, y se lo lleve a sus niñas. Hacemos una barba de algodón, parecida a la de tu padre, y me empolvo el pelo, para que se me quede del color del de tu madre. Como tú eres una hija que se parece a los dos papás, yo sabré imitarlos, si se miran a tu espejo, porque estoy muy acostumbrada a imitar movimientos...

—¿Y dónde te pones?

—Detrás del tocador, y dejando mi cabeza entre el cuadro del espejo. Si entra alguno de ellos, procuraré hacerlo bien.

Así lo hizo, y salía bien, ciertamente. Lo mismo el padre que la madre se encontraban más jóvenes en aquel espejo, y gustaban de mirarse con frecuencia. La niña nueva lo disimulaba maravillosamente, y Cristalina pasaba un mal rato; pero malo de veras.

Mas como la felicidad no es duradera, sucedió que el día en que



Cristalina cumplía los quince años entraron los papás a felicitarla. La llevaban bombones, una muñeca de preciosos colorines de trapo, para adornar la cama hecha, y un sombrerito al que ella había echado el ojo al pasar por un escaparate.

La chiquilla se acababa de tirar de la cama, y estaba en camisón.

De pronto, el padre echó amablemente los brazos a los cuellos de su esposa y de su hija, y llevándolas hacia el espejo las iba diciendo:

—Hoy, para celebrar este día, nos vamos a hacer una foto en esta postura.

Y en esto llegaron al espejo, aunque Cristalina se resistía suavemente a ir.

Un poco extrañados los padres al no verse en el reflejo, advirtieron de pronto que Cristalina se echaba a llorar, y que la niña del espejo hacía igual. Parecían reflejo la una de la otra, como debiera ser, y eso no les chocó. Pero pronto vieron que no había tal reflejo; que lloraba cada una de por sí, y que en la luna no había otro papá y otra mamá.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó un poco asustado Don Bote.

—Pues... pues... que... que esta niña ha sido muy buena conmigo.

Y Cristalina contó lo que había pasado, sin mentir nada absolutamente.

La niña del espejo, llorando aún, se arrodilló pidiendo perdón. Pero los padres de Cristalina la hicieron levantarse, y la prometieron que sería para ellos como otra hija, gemela de la que ya tenían.

—Serás como una hija zurda, ya que las figuras de los espejos son zurdas.

Lloró más, de agradecimiento, y luego se puso muy contenta, muy contenta. Jugaba por la huerta con Cristalina, y acabó por no ser zurda, porque ése es un vicio feo para verlo los demás.

Y al no tener esa diferencia con la niña de la casa, le quedó otra, la única diferencia ya: un lunar pequeño. Cristalina lo tenía en la mejilla izquierda, y Espejo—porque desde entonces a la otra niña la llamaron la señorita Espejo—lo tenía en la derecha.

Por lo demás, eran las dos iguales de bonitas, iguales de buenas e iguales de alegres.

ANTONIORROBLES.

2 CURIOSIDADES

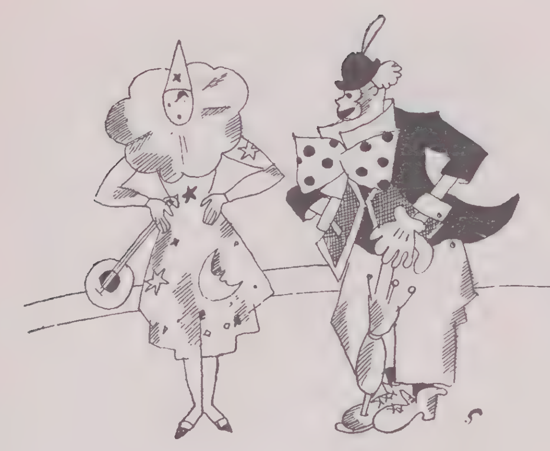
1.—Unos gatos muy largos.

En las costas de Méjico abundan los ratoncillos de un modo imponente. Invaden las casas, las agujerean, las viven sin pagar al casero, sin dar una propina a la portera.

Ensayados todos los medios de cepos y ratoneras, han demostrado que todo era insuficiente. Los animalitos no se acercaban a sus verdugos de alambre, porque se dieron cuenta de lo que



SECCIÓN INFANTIL



se tramaba contra ellos.

Entonces los habitantes de aquellas regiones han dado en llevar a sus domicilios un huésped destructor de ratones. Se trata de un gato muy largo, muy largo y sin patas... Se trata... de una serpiente especial, que se los come con mucho gusto.

Claro es que yo me pregunto: ¿pero cuál de los dos bichos es preferible?... Pero, en fin, allá ellos.

2.—Automóviles antiguos.

Yendo en un *taxi* nos damos cuenta de cómo va brincando, con brincos de saltamontes, el cuentakilómetros. Va en el 40, y de pronto salta al 50, y en seguida al 60, etcétera, etc.

De ese modo salta ya el número de automóviles matriculados en las ciudades importantes: 38.792, y en seguida el 38.793, y de pronto salta al 38.794, etcétera, etc. Y son miles, y miles, y miles de *autos* rodando sobre la bola del mundo.

¡Qué diferencia de cuando, hace tres siglos, von Haustach construyó en Nuremberg el primer automóvil, con un motor que era un gran aparato de relojería!... Recordad cómo vestían los hombres del siglo XVII, y veréis qué extraño os hace pensar en que hubiera automovilistas.

Después, en 1770, Cugnot inventó el automóvil de vapor, y aun se conserva en París un coche de este sistema.

Por último, Amadeo Bollée construyó el primer *auto* del sistema moderno, hace poco más de medio siglo: sólo cincuenta y cinco años. Y ya véis cómo en ese tiempo su sistema se ha ido mejorando, y lo que mejorará, porque acabaremos teniendo cada uno un silloncito motor para guardar en casa, o cosa por el estilo.

3 CHISTES



1.—Tremenda comparación.

Unos amigos almuerzan en un restaurante que da frente a la serranía. Y uno pregunta:

—¿Por qué te vuelves de espaldas a las montañas para comer?

—Porque comparadas las raciones con los montes, me parecen muy chicas.

2.—Cómo viajan los duros.

—Oye, amigo, ¿tú sabes en qué se parecen los duros a los aeroplanos?

—No lo sé. Yo creo que más se parecerán a los *autos*, en que ruedan.

—No lo creas. Se parecen a los aviones, en *que se van volando.*

3.—La esposa que amenaza.

El marido.—Me voy a la calle.

La esposa.—Bueno, pues ten cuidado de no beber, Lutgardo, que ya sabes que eso te hace *perder la memoria.* Y te aseguro que si te la vuelve a hacer perder..., te vas a *acordar* de mí.

CONCURSO INFANTIL

LA REFORMA DE LA BARAJA

Don Timoteo y sus hijos Tomás, Torcuato y Teodoro juegan todas las noches unos garbanzos crudos a la brisca. Don T. ha dicho a sus pequeños T., T. y T. que quiere reformar la baraja; que ya está harto de que siempre sean oros, copas, espadas y bastos.

Entonces se han encargado cada uno de los cuatro de hacer un *as* distinto. Y nosotros hacemos el mismo encargo a nuestros lectores. Cada uno, pues, nos debe enviar, si le parece, uno o dos *ases* dibujados, que no sean de oros, copas, espadas ni bastos; que sean de lo que les parezca *gracioso.*

Avisaremos el cierre del concurso cuando tengamos elementos de estudio suficientes, y entonces premiaremos con admirables libros de buena literatura los cuatro *ases* que, *por su gracia,* sean dignos de tenerse en cuenta.

Los dibujos han de tener exactamente el tamaño de un naipe, han de venir en tinta negra, y acompañados del cupón que se publica en esta página, advirtiendo que con cada cupón no admitiremos más de dos *ases.*

Dirección: Cosmópolis.—*Concurso infantil.—Apartado 33.—Madrid.*

Concurso infantil de ‹Cosmópolis›
LA REFORMA DE LA BARAJA

CUPÓN para el envío de uno o dos proyectos de ASES

CRIPTOGRAFÍA

15.° Certamen

—o—

Mayo - Junio - Julio

Trabajos publicados en el anterior número: Del 445 al 450

Por FRAMARCON

La criptografía es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aun era desconocida la caligafía; proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalísticoartificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos. La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apreciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jeroglífica o criptográfica. Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

Premios a otorgar en este concurso con arreglo a las bases en nuestro número de abril.

1.° **Cien pesetas en metálico.**
2.° **Ochenta.**
3.° **Sesenta.**
4.° **Cuarenta.**
5.° **Veinte.**
6.° **Una suscripción anual a nuestra revista.**
7.° **Una suscripción semestral.**

Independientemente de estos premios, y una vez hecha su adjudicación, se sortearán entre todos nuestros concursantes, incluídos aquellos cuyos pliegos hubieren resultado con faltas, errores, u omisiones, seis suscripciones trimestrales.

Núm. 453. Silábico framarconista.



Núm. 451.

NOMBRE, DOS APELLIDOS Y DESTINO.



CORRESPONDENCIA

En el próximo número se publicará el resultado del certamen correspondiente al bimestre febrero-marzo, y la adjudicación de premios; en el mismo número se publicarán también las soluciones a los problemas del mentado concurso.

Núm. 454.
Máxima sobre Cupido.

EL SEÑOR
TORO EL YEL
500 500 500
ALÁ

Solución: ....

Núm. 455.

SOBRE) NOMBRE, DOS APELLIDOS Y DESTINO.

(SALAMANCA)
SR DON
6 500 2
ACTOR LADRON

Solución: ....

Núm. 456.
¿Trajo muchas?

1
111111
111111111111
S.

Solución: ....

Núm. 457. Charada.

¿Quieres decirme, Andrés,
por qué **tres dos una**
rompió contra la cuna,
el cuadro de **un dos tres**?

Solución: ....

Núm. 458.

ARTICULO
NOTA
0
PENDIENTE.

Solución: ....

Núm. 459. Charada.

Por qué **tercera-segunda-cuarta**
una cuatro-cuatro una-tres,
celosas están Inés y Marta.

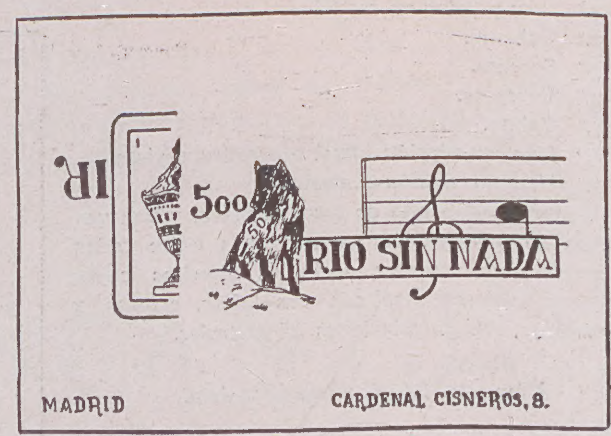
Solución: ....

Núm. 460. Veterano e inteligente solucionista.

500 LOCO
H
MADRID PALAFOX, 21

Solución: ....

Núm. 461. Un buen amigo mío.



Solución: ....

Núm. 462.
Zarzuelas españolas.

EL AraNIMAL

Solución: ....

Núm. 464.

MINERAL PAJAROS

Solución: ....

Estos dos trabajos han sido remitidos por don I. Mañes, de Barcelona.

Núm. 463.

CORRIÓ PELIGRO.
O D
LETRA LOCA

Solución: ....

Núm. 465. Carta charadística.

Inolvidable Juan: Ya está entre nosotros Mariquita; llegó ayer de *todo* (Salamanca); trae consigo la niña, que, por cierto, está desconocida de gruesa; cuando se *tercera primera-segunda*, *tercera-sexta* el *primera*, tanto, que para evitar tan molesta *tercera-segunda* nos vemos obligados a echar a éste en *tercera cuarta-tercera* del pozo; claro está que dicha Maniobra va siempre precedida de una *cuarta-segunda* fenomenal por parte de Luisín, pues no ignoras el cariño que le tiene.

Días atrás, cuando presenciábamos *tercera segunda-tercera* que están realizando en nuestro monte, una *cuarta-quinta-sexta*, no sabemos por quién lanzada, dió en el *cuarta-quinta* malo a Pedrito; de la impresión, sin duda, se me han presentado unas manchitas verdosas en la cara; me *cuarta-primera* enormemente, y por ello estoy desesperada.

Ven, pues, cuanto antes, pues, como no ignoras, soy muy aprensiva.

Besos y abrazos.

CONCHI

Solución: ....

CONCURSANTE
Nombre: D. ....
Pueblo: ....
Provincia: ....
Calle: ....
Núm.: ....

Cartier



EL PERRO TRESPELOS

el perro, el ratón y el gato...

el semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas

La historieta del perro Trespelos
Las aventuras del ratón Bombón
Los concursos del gato Adivino



EL RATÓN BOMBÓN

Muchas historietas, muchos colorines, cuentos, preciosas novelas encuadernables, los domingos de una chiquilla y su muñeca, deportes y "cine", los tres alumnos curiosos y traviesos, todo el pueblo de VILLACABALLOS DE CARTON en muñecos recortables, con autoridades, futbolistas, paseantes, colegiales y colegialas, Casa de Fieras, etc.

Concursos de dibujos infantiles y de pasatiempos sencillísimos. Regalos mensuales por valor de CIEN PESETAS en juguetes y CIEN PESETAS en libros, y, además, el concurso del QUIJOTE, que se premiará con una soberbia bicicleta, y en la bicicleta una preciosa muñeca de trapo, y en la muñeca un bolsito, y en el bolso MIL PESETAS

40 CTS.

Precios de suscripción en España: Año, 20 pesetas; semestre, 10 pesetas; trimestre, 6 pesetas.

Librería Fe Puerta del Sol, 15 Apartado núm. 33 **Madrid**

comen en el mismo plato.



EL GATO ADIVINO

C.ª Gral. de Artes Gráficas (S. A.).—Madrid.

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm